

EVELYN
WAUGH
ELENA



EL PAIS
NOVELA HISTÓRICA

Evelin Waugh

ELENA

(Helena, 1960)

Prefacio

Se dice (y yo, por mi parte, lo creo) que, hace unos años, una dama eminente por su hostilidad a la Iglesia volvió de un viaje a Palestina en un estado de alborozo. «Al fin me he enterado de la verdad —dijo a sus amigos—. Todo lo que se cuenta de la crucifixión lo inventó una inglesa llamada Ellen. El guía me mostró el mismísimo sitio donde ocurrió. Hasta los curas lo admiten. Llaman a su capilla “la Invención de la Cruz”».

No ha sido mi propósito fundamental el desilusionar a esa famosa dama, sino recontar un viejo relato.

Esto es una novela.

El novelista trata de las experiencias que le excitan la imaginación. En este caso la experiencia fueron mis desordenados estudios de historia y arqueología. El libro resultante no es, claro está, ni historia ni arqueología. Allí donde las autoridades dudan, yo he elegido a menudo lo pintoresco antes que lo verosímil; una o dos veces, donde han callado, he inventado libremente; pero nada hay, creo yo, contrario a la auténtica historia (salvo ciertos caprichosos y obvios anacronismos que he introducido como ardid literario), y poco que no esté apoyado por la tradición o por documentos antiguos.

El lector puede preguntar con razón: ¿cuánto es cierto? La era de Constantino es extrañamente oscura. La mayoría de datos y hechos que las enciclopedias dan confiadamente se ablandan y disuelven al examinarlos. La vida de santa Elena empieza y termina en conjeturas y leyenda. Podemos aceptar como cierto que fue madre de Constantino, a quien tuvo con Constancio Cloro; que su hijo la proclamó emperatriz; que estaba en Roma en 326 cuando Crispo, Liciniano y Fausta fueron asesinados; que poco después fue a Jerusalén y tuvo que ver con la construcción de iglesias en Belén y en el monte de los Olivos. Es casi seguro que dirigió las excavaciones en que se encontraron trozos de madera que ella y toda la cristiandad aceptaron al punto como la cruz en que murió Nuestro Señor; que se llevó algunos de esos trozos, con otras muchas reliquias, y dejó otra parte en Jerusalén; que vivió parte de su vida en Naissus, Dalmacia, y Tréveris. Algunos hagiógrafos han imaginado que estuvo en Nicea en 325. Esto no lo sabemos.

No sabemos dónde nació ni cuándo. Es tan probable que naciera en Britania como en cualquier otra parte, y los historiadores británicos decían siempre que era nuestra. No sabemos si Constancio visitó Britania en 273, pues no tenemos detalles de los primeros años de su vida. Su posición y capacidad lo hubieran calificado para ir de emisario ante Tétrico, pero el representárnoslo en tal empleo es una mera conjetura. Helenópolis (Drepanum), lugar situado a orillas del Bósforo, alegaba ser el lugar de nacimiento de Elena basándose en su nombre, pero Constantino era caprichoso en esos alardes de sentimiento familiar. El nombre de su madre se lo puso por lo menos a otra ciudad (en España) y con el de su hermana Constancia renombró el puerto de Maiouma en Palestina, donde no es concebible que naciera. Al preferir Colchester a York me ha guiado lo pintoresco. La fecha — como todas en esta era— es incierta. El panegirista de Elena cuenta que tenía más de ochenta años cuando fue a Jerusalén, pero esto me ha parecido una exageración piadosa.

No sabemos si la madera que encontró Elena es la Verdadera Cruz. No hay por qué pensar en la difícil posibilidad de su conservación, pues el tiempo que media entre Elena y Nuestro Señor no es mayor que el que hay entre nosotros y el rey Carlos I, pero, si aceptamos su autenticidad, creo que debemos admitir un elemento milagroso en su descubrimiento e identificación. Sabemos que la mayoría de las reliquias de la Verdadera Cruz que actualmente se veneran en diversos lugares tiene una clara descendencia de la reliquia venerada en la primera mitad del siglo IV. El vulgo solía opinar que había, de esta «Verdadera Cruz», trozos suficientes para construir un acorazado. En el siglo pasado un sabio francés, Charles Rohault de Fleury, se tomó el gran trabajo de medirlos todos. Le resultó un total de cuatro millones de milímetros cúbicos, mientras que la cruz en que sufrió Nuestro Señor se compondría probablemente de unos ciento setenta y ocho millones. En cuanto al volumen se refiere, por lo tanto, la credulidad de los fieles no es exagerada...

Son absolutamente ficticios los siguientes nombres: Marcias, Calpurnia, Carpicio y Emolfo.

El Judío Errante no ha tenido hasta ahora relación con Elena. Yo los he juntado a modo de ardid para conciliar dos relatos discrepantes de la invención: uno, que Elena fue llevada al lugar en un sueño; la segunda y menos creíble versión, que la información se la sacó a un rabino entrado en años a quien puso en el fondo de un pozo y dejó allí una semana.

De un modo un tanto parecido he dado a Constancio Cloro una amante, aunque tuvo fama de ser desusadamente casto. Un historiador hace de Elena una concubina, con bastantes años, de Drepanum. He imaginado la ahogada de Bitinia como una insinuación, para los enterados, de que no creo en la verosimilitud de ese cuento.

Dispersos en las páginas siguientes hay otros ecos y reflexiones de ese género, pero sería tedioso señalarlos. Los encontrará cualquiera a quien le diviertan.

El relato no es sino algo para ser leído; en realidad es una leyenda.

I

Recuerdos de la Corte

Una vez, hace mucho tiempo, aun antes de que tuvieran nombre las flores que resistían y se agitaban al pie de las murallas barridas por la lluvia, cerca de una ventana del piso alto de una casa estaban sentados una princesa y un esclavo que le leía un cuento que ya entonces era viejo; o mejor dicho, para ser enteramente prosaico, en la húmeda tarde de las Nonas de mayo del año de Nuestro Señor de 273 (como se computaría más tarde), en la ciudad de Colchester, Elena, pelirroja, hija menor de Coel, jefe principal de los trinovantes, contemplaba la lluvia mientras su maestro le leía la *Iliada* de Homero en una paráfrasis latina.

Refugiados en la fortaleza podían parecer una pareja incongruente. La princesa era más alta y de tez más clara que la requerida por el gusto general. Su cabello, a veces dorado a la luz del sol, tenía más a menudo, en su nubosa ciudad natal, un tono cobrizo mate. Sus ojos tenían una melancolía de chico. Su estado de ánimo —resentido, abstraído y con un vago tinte de asombro— era el de una joven britana en contacto con los clásicos. En los siete siglos siguientes habría décadas en que se la hubiera tenido por hermosa; nacida demasiado pronto, su gente, allá en Colchester, decía que era vulgar.

Su maestro la miraba indudablemente con aversión porque era el símbolo de su baja condición y de la tarea cotidiana que hacía que aquella condición fuera fastidiosa. Se le conocía por el nombre de Marcias y estaba entonces en lo mejor de lo que parecía su edad viril: su tez cetrina, su barba negra y sus ojos de nostalgia por su país denotaban su origen exótico; en invierno y verano su tos reumática protestaba contra su exilio. Los días de caza eran su solaz, cuando la princesa se ausentaba desde el amanecer hasta la puesta del sol y él, dueño absoluto del cuarto de lecciones, podía escribir sus cartas. Estas cartas eran su vida; elegantes, esotéricas, especulativas, rapsódicas, recorrían el mundo desde España hasta Bitinia, desde el retórico libre hasta el poeta servil. Las cartas daban que hablar y habían traído a Coel más de una oferta para comprarlo. Marcias era un joven intelectual, pero el destino lo había llevado a ser, entre lloviznas y corrientes de aire, propiedad de un reyzeuelo sociable y diaria compañía de una adolescente. En su relación con ella no había la menor nota de falta de decoro, pues una precoz y transitoria afición de Marcias al *ballet*, siendo chico, lo había llevado al mercado oriental y un cirujano lo había podado convenientemente.

—*Y Helena la de los blancos brazos, bella entre las mujeres, derramó una redonda lágrima y veló su rostro con un lienzo relumbrante; y Etra, hija de Piteo, y Clímene, la de los ojos de buey, la acompañaron a las puertas Esceas. ¿Cree Su Alteza que leo esto para divertirme?*

—Son los pescadores —dijo Elena— que vienen del mar para la fiesta de esta noche. Traen cestos llenos de ostras. Dispensa: sigue con lo de Clímene, la de los ojos de buey.

—*Y Príamo, sentado entre los mayores de su Corte, dijo: No es de extrañar que troyanos y griegos empuñen las armas por la princesa Helena, que respira el aire del alto Olimpo. Siéntate, niña querida; esta guerra no es tuya, sino de los Inmortales.*

—No sé si sabes que Príamo tenía algún parentesco con nosotros.

—Se lo he oído frecuentemente al padre de Su Alteza.

En un día claro, desde aquella resguardada habitación se podía divisar el mar, pero ahora la distancia se perdía en una niebla que, mientras Elena la contemplaba, se iba cerrando rápidamente sobre la ciénaga y los pastizales, sobre casas y chozas, sobre los baños donde acababan de entrar el comandante de distrito y su nuevo huésped, hasta que acabó por llenar el foso y lamió las murallas. En un día así, pensó Elena no por primera vez —pues días así eran corrientes en su brillante primavera—, en un día así, la ciudad asentada sobre la colina que se erguía tan modestamente sobre las ciénagas podía estar en las nubes entre los vientos de las alturas, y los bajos bastiones parecían estar suspendidos sobre un ilimitado abismo; y mientras la mitad de su atención oía la voz detrás de ella: *«Porque ella no sabía que éstas, mellizas suyas, yacían en Esparta, en su propio país, bajo la tierra que da vida»*, le pareció ver que un águila ascendía del blanco vacío que tenía a sus pies.

Luego cesó el corto chaparrón y la niebla se abrió y llevó de nuevo a Elena a pocos metros del suelo. Lo único que seguía oscuro era la cúpula de ladrillo de los baños, envueltos en su propia exhalación de vapor y humo. ¡Qué cerca del suelo estaban!

—¿Las murallas de Troya eran más altas que las nuestras de Colchester?

—Sí; creo que sí.

—¿Mucho más?

—Muchísimo.

—¿Las has visto?

—Quedaron completamente destruidas hace mucho tiempo.

—¿No quedó nada, Marcias? ¿Ni rastro de dónde estaban?

—Hay una ciudad moderna a la que acuden los turistas en bandadas. Los guías enseñan todo lo que uno pida: la tumba de Aquiles, la cama tallada de Paris, la pata de madera del gran caballo. Pero de Troya misma no queda más que poesía.

—No veo cómo pudieron destruir una ciudad —dijo Elena mirando el sólido aspecto de la mampostería.

—El mundo es muy viejo, Elena, y está lleno de ruinas. Aquí, en un país joven como Britania, se le puede hacer difícil a Su Alteza comprenderlo, pero en Oriente hay montones de arena allí donde hubo en otro tiempo grandes ciudades. Dicen que traen mala suerte. Hasta las tribus nómadas se mantienen a distancia por temor a los fantasmas.

—Yo no tendría miedo —dijo Elena—. ¿Por qué no excavan? Todavía tiene que quedar algo de Troya oculto bajo la ciudad de los turistas. Cuando termine mis estudios iré a encontrar la verdadera Troya, la de Helena.

—Allí hay muchos fantasmas, Elena. Los poetas nunca han dejado dormir en paz a aquellos héroes.

El esclavo se volvió hacia el manuscrito, pero antes de que pudiera reanudar la lectura Elena le preguntó:

—¿Crees tú que podrían destruir Roma?

—¿Por qué no?

—Espero que no; por lo menos por ahora. No antes de que yo haya tenido la oportunidad de ir a dar una vuelta por allí. ¿Sabes que en mi vida he conocido a alguien que haya estado en la Ciudad?

—Desde que hay jaleos pocos cruzan de Galia a Italia.

—Yo iré un día. Los prisioneros bárbaros luchan con elefantes en el Coliseo. ¿Has visto alguna vez un elefante, Marcias?

—No.

—Son tan grandes como seis caballos.

—Lo creo.

—Un día iré a verlo todo yo misma, cuando termine mis estudios.

—Hija mía, nadie sabe adónde irá. En un tiempo yo esperaba ir a Alejandría. Tengo allí un amigo a quien no he visto nunca, uno muy sofista. Tenemos que decirnos muchas cosas que no se pueden escribir. El Museo me iba a comprar. Pero me mandaron al Norte, me vendieron en Colonia al inmortal Tétrico y el inmortal Tétrico me mandó aquí como regalo para el padre de Su Alteza.

—Acaso cuando yo termine mis estudios, papá te dará libertad.

—A veces habla de eso, después de comer. Pero ¿qué es una libertad que se puede dar y quitar? ¿Libertad para ser soldado y que le ordenen a uno ir aquí y allí y al fin lo sieguen los bárbaros en una ciénaga o en un bosque; libertad para amasar una fortuna tan grande que la codicie el inmortal emperador y mande al verdugo para apoderarse de ella? Yo tengo mi propia libertad secreta, Elena. ¿Qué más puede darme vuestro padre?

—Un viaje a Alejandría para ver a tu amigo el sofista.

—La mente del hombre no tiene estado legal. ¿Quién puede decir quién es más libre, yo o el inmortal emperador?

—A veces pienso —dijo Elena dejando a su maestro expansionarse en el frío vacío en que se sentía a gusto— que la condición de inmortal era más agradable en tiempos de Helena. ¿Sabes lo que le ha ocurrido al inmortal Valeriano? Anoche me lo contó papá como algo de mucha gracia. Lo están exhibiendo en Persia, *relleno*.

—Quizá todos seamos inmortales —dijo el esclavo.

—Quizá todos seamos esclavos —dijo la princesa.

—A veces, hija mía, hacéis unas observaciones sorprendentes por lo inteligentes.

—Marcias: ¿has visto al nuevo oficial de Estado Mayor que ha llegado de Galia? En su honor da papá esta noche el banquete.

—Todos somos esclavos... de la tierra, «la tierra que da vida». Ahora hablan de una manera y una palabra; una manera de purificarse, una palabra de ilustración. He oído que no se habla de otra cosa

en Antioquía, donde tienen más de veinte auténticos sabios indios dedicados a enseñar una nueva manera de respirar.

—Está muy pálido y serio. Estoy segura de que trae alguna misión muy secreta e importante.

Entretanto, en la cámara de vapor, el comandante de distrito estaba ocupado, con menos complacencia, con el mismo pensamiento. Salvo donde numerosas cicatrices registraban sus servicios en la frontera, el general tenía rojo todo el cuerpo y sudaba sanamente. Era un cuerpo duro y viejo con muchos cortes, aquí le faltaba un dedo de una mano y allí un dedo de un pie, y en otra parte el libre uso de un tendón, pero la cara bajo su cabeza calva y perlada de sudor conservaba la perpleja inocencia de su primera juventud. Frente a él en el tórrido crepúsculo, como un cadáver en un depósito, yacía Constancio tan pálido como cuando entró, húmedo, blanco y nervudo y sin cesar de hacer preguntas. Las había hecho desde que llegó dos días antes, respetuosamente, como correspondía a un oficial joven, pero con la insistencia de quien tenía derecho a saber; preguntas pertinentes y delicadas sobre temas que, de plantearse entre un jefe superior y un subalterno, debía haber planteado el general.

—Muy desagradable lo del divino Valeriano —dijo el comandante de distrito tratando de desviar la conversación hacia temas más generales.

—Muy desagradable, mi general.

—Primero montadero, después pedestal, ahora muñeco despellejado, curtido y relleno de paja, que se columpia de las vigas para que se rían los persas. Hasta hace unos días no me lo habían contado todo.

—Sí, ha repercutido de un modo desastroso en nuestro prestigio en Oriente —dijo Constancio—. Estuve en Persia el invierno pasado y encontré que la cosa iba mal. ¿Cree usted que si la noticia circula producirá algún efecto en las legiones de la frontera, en la Segunda Augusta, por ejemplo? ¿Qué tal anda de moral la Segunda Augusta?

—Son unos hombres espléndidos. Ojalá hubieran tenido que vérselas con los persas. Les hubieran dado una lección.

—¿Ésa es su opinión? Es muy interesante. De esa legión teníamos informes un tanto intranquilizadores. ¿No hubo dificultades en noviembre por sus cuarteles de invierno?

—No —dijo el general.

—Bueno, los persas se los podemos encomendar con seguridad al inmortal Aurelio —y levantándose de su bloque de mármol Constancio añadió—: Nos veremos en el cuarto tibio, mi general.

El general se dio la vuelta para quedar tumbado de cara, contento de librarse de aquel individuo, pero disgustado por su manera de irse. Cuando él inició su carrera bajo el divino Gordio, los oficiales jóvenes tenían deferencias con los superiores o conocían las razones para tenerlas.

«Se puede tener la seguridad —pensó el general, disgustado a aquella hora que por larga costumbre era la más feliz del día, cuando las molestias carnales se hinchaban y se las llevaba el

agua, cuando los viejos músculos rígidos descansaban y muy dentro de sí sentía que fluían los jugos digestivos frescos a la espera de la comida—, se puede tener la seguridad de que ese individuo se trae algo entre manos».

Los papeles de Constancio estaban en orden, estampados con el sello personal de Tétrico. Era un oficial de enlace en gira de rutina por la provincia. Lo de rutina es un cuento, pensó el general. ¿Quién era este «nos» que sabía tanto y quería saber más? «No será Tétrico, o yo soy un picto». ¿Cómo había llegado «nos» a enterarse del desdichado asunto de la Segunda Augusta en Chester? El general dio unas palmadas y el esclavo le llevó, ya preparada, la bebida que siempre tomaba a aquella hora: cerveza celta fría sazonada con jengibre y canela, bebida que el general le había enseñado a preparar y que tenía la propiedad de dar sed y simultáneamente saciarla. El general bebió un largo trago y se frotó sus viejos flancos.

Cuando al fin fue al cuarto tibio, Constancio, que había terminado con el masaje, le dijo:

—Nos veremos en el cuarto fresco, mi general —y se lanzó al agua fría, no, como el general, siseando y resoplando mucho, sino descendiendo tranquila y parsimoniosamente los escalones uno a uno como en una ceremonia de purificación religiosa, para emerger después, envolverse en toallas calientes y proceder dignamente a caminar hacia su diván del vestíbulo como si fuera vestido para un altar.

El esclavo conocía cada pulgada del cuerpo del general, pero los frotos de la tarde rara vez acababan sin cierta cantidad de palabrotas. El general, que estaba de mal humor, pero callado, chapaleó brevemente en el agua fría y después, resuelto, buscó el diván contiguo al de Constancio. Antes de que se instalara del todo le esperaba una pregunta:

—Ese Coel con quien vamos a comer esta noche, ¿qué clase de sujeto es?

—Ya lo verá. No está mal. Quizá le falte gravedad.

—¿Es importante en la política local?

—Política... —replicó el general—. Política... —y después de una pausa dijo lo que se había decidido a decir cuando estaba solo en el cuarto caliente—: Ya verá usted que Britania goza de una situación muy próspera, más, me atrevo a decir, que ninguna otra provincia del imperio, y la razón es que aquí no hacemos política. Dependemos de Galia y de allí tomamos las órdenes siempre que no nos den demasiadas. Si nos dan demasiadas nos limitamos a olvidarlas. Póstumo, Lolliano, Victorino, Victoria, Mario, Tétrico..., todos son uno y el mismo para nosotros.

—¿Diría usted, mi general, que Tétrico tiene muchos partidarios entre...?

—Un minuto, joven; no he terminado lo que estaba diciendo. Toda mi vida, hasta que me retiraron aquí, he sido soldado de regimiento. Nunca me he metido en política ni en servicios de espionaje o misiones especiales. Desde hace dos días me está usted haciendo muchas preguntas y yo no le he hecho ninguna. No le he preguntado quién es ni qué quiere. Sus credenciales dicen que es miembro del Estado Mayor de Tétrico y me bastan. Como le he dicho, nunca he prestado servicios secretos y ahora es demasiado tarde, pero todavía no estoy atontado del todo. Permítame que le dé un pequeño consejo. La próxima vez que quiera pasar por miembro del Estado Mayor de Tétrico no se jacte de hacer viajes a Persia, y si me quiere hacer creer que viene de Colonia no elija su guardia personal en

una legión que lleva quince años sirviendo en el Danubio. Y ahora, si disculpa la flaqueza de un viejo, me propongo dormir.

Y Afrodita atrapó a Paris en una nube de oscuridad y se lo llevó a su propia y fragante cámara de alto techo. Luego buscó a Helena donde estaba entre las mujeres encima de las puertas Esceas, y, dándole un tironcito de su perfumado vestido, le dijo: «Ven; Paris, radiante, delicadamente vestido, como si descansara del baile, te espera en su cama tallada». Y Helena, hija de Zeus, se escabulló de entre las mujeres que la atendían y se plantó en la cámara de Paris envuelta en su velo brillante. Afrodita, amante de la risa, le puso una silla junto a la cama y Helena dijo: «Ojalá hubieras caído en la batalla». Pero Paris replicó: «También nosotros tenemos aliados inmortales. Ven. Mi amor es dulce y cálido como el día en que tú y yo nos embarcamos en Esparta, como la noche de Cránae, rodeada de mar, en que te conocí». Y yacieron juntos en la cama tallada mientras Menelao merodeaba detrás de la muralla como una fiera, en busca de Paris, sin poder encontrarlo en el cuerpo de guardia. Ningún griego ni troyano hubieran ocultado a Paris, pues lo odiaban como a la muerte negra, y mientras yacían sin saber lo que ocurría, el rey Agamenón proclamó vencedor a Menelao y Paris había perdido a la bella Helena.

—¡Qué gracia! —dijo la princesa Elena—. ¡Qué éxito! ¿Te imaginas a Menelao escandalizando furioso mientras todos le daban palmaditas en la espalda y Agamenón lo declaraba pomposamente ganador? Y Helena, mientras tanto, bien arropadita con Paris. ¡Qué tontos!

—Es un incidente que no concuerda con las virtudes heroicas —dijo Marcias—. Por eso el gran Longino lo considera como una interpolación introducida posteriormente por otra mano.

—Ah —exclamó Elena—. El *gran Longino*.

Aquel estupendo sabio era el segundo mito heroico para Elena, a quien le parecía medio ridículo, medio intimidante. El primer mito era el padre de su niñera, un sargento de zapadores muerto por los pictos. En su niñez Elena no se cansaba de oír relatos de su valor e integridad, y cuando la trasladaron desde el cuarto de niños al de las lecciones, Longino ocupó inapropiadamente un lugar junto a aquél. Marcias le tributaba un homenaje más que filial y el nombre de Longino sonaba cada hora en cada lección. Omnisciente, polígrafo, entronizado en los remotos esplendores de Palmira, Elena lo había revestido en su mente con las leyendas de su raza, lo había identificado con aquellos hombres de la hoz y el muérdago, envueltos en sus blancas togas, cuyas mutiladas leyendas se seguían comentando en voz baja en las dependencias de la cocina. Aquellos dos modelos de perfección tan poco parecidos habían sido divinidades gemelas en la adolescencia de Elena. Tuvo con ellos una hogareña y humorística intimidad, pero también la intimidaban.

Los ronquidos del comandante de distrito seguían resonando en la cúpula cuando Constancio se vistió minuciosamente y a través de la lluvia y el barro se dirigió solo hacia las puertas de la ciudad.

—Allá va el hombre misterioso, el bello —dijo Elena.

Al llegar a su alojamiento, Constancio llamó al jefe de su guardia:

—Cabo mayor: los hombres deben quitarse inmediatamente de la ropa el número del regimiento.

—Muy bien, señor.

—Y, cabo mayor: grábales bien la idea de que es necesaria una absoluta seguridad. Si les hacen preguntas, que digan que vienen del Rin.

—Ya se les ha dicho, señor.

—Bien; repíteselo. Si me entero de que alguien ha hablado, quedará arrestado en el cuartel.

Constancio llamó luego a su criado y a su peluquero y se puso, para ir a comer, todos los adornos que le eran posibles a un oficial en campaña que viajaba con poco equipaje y por asuntos confidenciales.

Las damas no comieron con los caballeros, pero sí extraordinariamente bien. El saloncito íntimo quedaba entre el vestíbulo y la cocina, y la tía de Elena, que gobernaba la casa, eligió personalmente los manjares antes de que los sacaran de las brasas de carbón vegetal y vigiló su traslado sin perderlos de vista, succulentos y bien calentitos, mucho menos adornados que los que aparecían ante el rey, pero sin perder ninguno de sus puros aromas. Además, en vez de repantigarse como los hombres entre los almohadones, las damas se sentaron a una mesa baja, se arremangaron y metieron a gusto las manos en las cazuelas. La comida, sencilla, pero abundante, se compuso de ostras cocidas con azafrán, cangrejos cocidos, lenguados fritos en manteca, lechón, capones asados, trocitos de cordero entre rodajas de cebolla, un sencillo dulce de miel, huevos y crema, y una honda jarra de Samos llena de aguamiel hecho en casa. No era una comida como las de Italia o Egipto, pero era un festín para el gusto y las circunstancias de aquellas damas britanas.

—¡Cuánto plato! —dijo Elena cuando se hartó—. ¡Qué comilona!

Las damas se arreglaron para el concierto. Elena, a quien el pelo le caía en espesas trenzas cobrizas durante la lección, lo tenía ahora peinado y adornado como una persona mayor. Vestía una túnica de seda bordada que le había llegado desde la lejana China a lomos de dromedario, en barco, en carro de mulas y sobre hombros humanos; sus estrechos zapatos brillaban de piedras e hilos de oro, y cuando se hubo lavado las manos y los blancos antebrazos con agua caliza, mientras pensaba en *Helena la de los blancos brazos, bella entre las mujeres*, se puso firmemente en sus frescos y fuertes dedos las dieciséis variadas sortijas que le habían correspondido a la hermana más joven en el joyero de su madre.

—Estás encantadora, hija mía —le dijo su tía ajustándole la cintita en la frente—. No entraremos todavía. Los señores acaban de salir para vomitar.

Poco después hicieron su entrada las damas de la casa real. *Helena, bella entre las mujeres, hija del portaescudo Zeus*, pensó Elena mientras, la última pero también la más alta de la fila, detrás de su tía, de las tres amantes de su padre y de sus tres hermanas casadas y dos solteras, saludó a su padre. Coel les hizo un ademán cariñoso desde su diván y las mujeres ocuparon sus puestos en un lado de la cámara y se sentaron en diez duras sillas. Entonces empezó a tocar la orquesta —tres instrumentos de cuerda y un indisciplinado instrumento de viento— y se le unieron los cantores,

primero uno y luego otro, al parecer al azar; y finalmente entraron los ocho patriarcales bajos que cantaron a pleno pulmón la primera lamentación.

—Me figuro que estará acostumbrado a esta clase de cosas —dijo en voz baja el comandante de distrito a Constancio.

—No he visto nada parecido.

—Aquí lo vemos siempre que Coel da una fiesta. Dura horas.

Los primeros tristes sonidos llevaron al rey, que ya había mostrado lo contento que estaba de la fiesta que ofrecía, a evidentes transportes de satisfacción.

—Es mi pieza favorita —explicó—. La lamentación por mis antepasados. Generalmente empezamos con ésa. Como todas las obras verdaderamente artísticas, tiene el mérito de su prodigiosa longitud. Claro está que, como es en nuestro idioma natal, se le escapará algo a usted. Yo le avisaré cuando se diga, algo especialmente hermoso. Por el momento tratan de la fundación de mi familia en tiempos remotos, casi legendarios, tiempos de la irregular alianza del río Escamandro con la ninfa Ida. Escuche.

Altos, finos y exangües sonaron los violines y el cantor; con voz profunda, túrgida y lacrimosa cantaron los barbudos coristas. Derrengados y en postura supina yacían los militares; rígidas y erectas estaban sentadas las mujeres reales. Suavemente caminó el paje de diván en diván con el jarro de aguamiel; tambaleándose fue una vez más al vomitorio el comandante de distrito.

Extrañas, hipnóticas, las voces llenaban el salón desde el techo artesonado hasta el suelo de mosaico y llevaban lejos en la noche su relato de muerte.

—Bruto, bisnieto de Eneas, ha llegado ya a Britania —dijo al fin Coel—. Hemos llegado, se podría decir, a los tiempos modernos. Él es el verdadero padre de nuestra raza. Encontró la isla muy desierta, ya lo sabe usted, sin contar unos cuantos gigantes viejos. Después de Bruto la historia es mucho más detallada.

Ninguno de la familia del rey Coel había muerto, al parecer, de muerte natural; pocos siquiera plausiblemente. Uno tomó de manos de su hijastra un vino adulterado y se puso a correr enloquecido en el bosque, desnudo, destrozando árboles jóvenes y espantando a los lobos y osos. Y no fue su caso, nada de eso, el más alarmante de todos. Todas las aflicciones de aquella antigua e inmelodiosa familia —el mito clásico, el cuento de hadas céltico y la crónica negra— se mezclaron e hincharon inarmónicamente entre los olores de cocina, los olores de lámparas y el fuerte olor del aguamiel.

Constancio era un hombre de hábitos sobrios; más de una vez había visto cómo un oficial echaba a perder un brillante porvenir a causa de los excesos en la mesa en tiempos del divino Galieno; pero aquella noche había bebido copiosamente, por lo que, suavizado lo penoso del entretenimiento, fuera de sí por los vapores de las bebidas, yacía abotargado mirando con desdén a sus propias cualidades, gemas talladas claramente desplegadas como en una bandeja de grabador, y se veía a sí mismo casi como era. Constancio tenía poco amor propio; a otros, no a él, les había consumido en los dos últimos siglos aquella pasión avasalladora; otros, ahora pares y compañeros de juego de los dioses, habían muerto de aquella enfermedad. A sus propios ojos, Constancio llegaba casi a la perfección. Sus cualidades abarcaban todo lo que se necesitaba, no más; eran una colección representativa, no

única, pero adecuada, con la que llegaría muy lejos. Lo que necesitaba era simple; no hoy, no mañana, pero pronto, antes de que fuera demasiado viejo para utilizarlo adecuadamente, Constancio quería el mundo.

—Ahora cantan la flagelación de Boadicea —dijo Coel—, tema un tanto delicado para nosotros los romanos, pero muy querido por mi sencillo pueblo.

El recital le era a Elena apenas menos familiar que a su padre, por lo que se retiró del despliegue de mortalidad y se entregó eupépticamente a una fantasía que había acariciado desde la niñez. Quizá cada una de las mujeres tenía un pasatiempo secreto, interior, tan quietas estaban sentadas en sus diez severos tronos. Elena jugaba a caballos, juego que empezó con su primer caballito; a una emocionante y callada carrera de saltos a través de infranqueables y superequinos obstáculos espléndidamente salvados, y largos trechos de suave césped. Elena galopaba así en innumerables horas de soledad, pero en los últimos años, cuando su feminidad floreció, el juego adquirió una excitación más profunda. Ahora jugaban dos. Había la voluntad del jinete que hablaba a lo largo de las riendas desde la enguantada mano hasta la lengua, caliente y tierna bajo el freno; voluntad expresiva, persuasiva, ordenadora, tan pronto apenas sensible, leve como un párpado, tan pronto dura como el acero y dominadora, que hablaba en la puñalada de la espuela y en el brusco y doble restallido de la fusta. Y había la voluntad del animal, a la que subyugar y despertar prescindiendo de la coerción de las riendas, la silla y las firmes piernas a horcajadas, para sacudir la confiada ecuanimidad equina despertándola a la vida intensa y a la voluntad de combatir que llevaba dentro, y, dejándole sin nada de lo que tomaba como si fuera la cosa más natural, sacar más de él hasta que se diera por entero a la lucha. Después, en la culminación del juego, entre sudores y espumas sanguinolentas, venía el dulce momento de la entrega, la fusión, y los dos seguían la marcha siendo uno solo sobre la tierra resonante, como habían corrido en la niñez, cuando no se les oponía más que el viento. A aquel tordo era necesario saber manejarlo.

Así galopó Elena mientras en el aire hipocáustico resonaba y gemía la canción mortuoria de sus antepasados.

—Ahora cantan a Cimbelino —dijo el rey.

Pronto la mano con las riendas contuvo a la yegua, la obligó suavemente a ir al paso y le acarició el cuello, y, en respuesta, la yegua sacudió los plateados adornos del arnés. Caminaron juntos, de la mano, por decirlo así, hasta que un leve cargar el peso, una presión de la pierna, un concentrar la atención en el electrizante toque en el labio, la llevó otra vez a marchar a paso vivo en los claros de su espíritu joven y lleno de vida.

Terminó la melopea y las gargantas de los cantores gorgotearon con aguamiel; el gaitero sacudió la baba de la boquilla y los violinistas aflojaron y estiraron cuerdas. El aplauso del rey despertó momentáneamente de sus diversas ensoñaciones a los auditores. Momentáneamente nada más; hubo un intervalo más o menos breve de brindis y bebidas y empezó de nuevo la música.

—Esta es una canción muy moderna —dijo Coel—. La compuso el bardo principal en el cumpleaños de mi abuelo, en conmemoración de la aniquilación de la Legión IX —y en el fondo de su toga, que contra la moda metropolitana usaba siempre a la mesa, el viejo rey se estremeció de risa.

Trotando a través del límpido aire de la altura de sus pensamientos, braceando alto y delicadamente, tascando el freno, sacudiendo las hebillas y los brillantes tachones de la brida, haciendo que las riendas sonaran como una cuerda de arpa con una nota de asentimiento y exultación, desplegando tierna y dulcemente ante el mundo la caballerosidad de su jinete; así iba Elena.

Y Constancio cabalgaba también; no iba en su carroza entre el sudor y vaharadas de ajo de la ciudadanía, no detrás de subyugados soberanos y exóticos animales, de limosneros y augures y titiriteros y tropas ceremoniales, no en la pantomima del triunfo oficial; sino a la cabeza de victoriosas legiones fatigadas de batallar, en plena fuerza, al entrar a tomar posesión; cabalgaba entre multitudes en parte hoscas, en parte tímidas, en parte encendidas de gratitud por su inmediata salvación, todas atisbando en él, cuando pasaba, una señal de lo que les esperaba. Ése era el triunfo de Constancio cuando avanzaba lentamente, vistiendo su uniforme de servicio, hacia un mundo conquistado y angustiado.

Mientras yacía miró a la fila de mujeres y, sin apenas observarlas, sus ojos se deslizaron de una absorta cara a otra hasta que en el sitio de menos categoría, pero el más alto, Elena levantó los suyos y sus miradas se encontraron. Sin saber, separados, se miraron y luego corrieron juntos como gotas de vapor condensado en el aguamanil, deteniéndose y empujándose uno a otro hasta que de pronto se hicieron uno solo y descendieron en una sola cascada diminuta. Elena siguió trotando y Constancio la protegió triunfante.

Constancio había hecho algo sin precedentes e impremeditado, algo para lo que sus facultades no le habían preparado; se había enamorado.

II

La renuncia de la bella Elena

A la mañana siguiente al banquete, Constancio se despertó temprano e indispuesto —así era como la bebida le afectaba siempre hasta en tierras de viñedos— y, como el oficial bien adiestrado que era, trató de descargar cuanto antes en sus subordinados la carga de su malestar. Hacía ya varias semanas que había encomendado a su cabo mayor la primera inspección de los establos; las mañanas grises y de náuseas, como aquélla, se habían hecho para la disciplina.

Como esperaba, todo estaba atrasado; lo vio en la mirada del cabo mayor al saludar; lo vio en los hombres cuando se cuadraron, lo vio en los caballos a medio limpiar y en la paja desordenada. Más aún; en los establos había una chica. Por la puerta del cuarto de arneses vio la espalda de una pelirroja que, cosa rara, tenía puesta una brida. La chica se volvió hacia él sacándose el bocado y sonrió.

—¡Qué tarde viene! —dijo Elena—. Espero que no le importará que haya dado un vistazo a su brida; el encargado pensó que no le gustaría, pero le he dicho que no se preocupara. No entiende nada de caballos. Cree que éstos son galos.

—Así son, señorita —dijo el cabo mayor, al fin contento de pisar terreno firme—. Todos somos de Galia, caballos y hombres. Lo dicen las órdenes.

—Apuesto a que no. Yo conocería a éstos en cualquier parte. Proceden del sur, de los establos de Alecto. Una vez me mandó a mí uno. Son especiales, ¿verdad? —preguntó Elena a Constancio.

—Está en lo cierto —dijo Constancio—. Remontamos en Silchester. ¿Qué hace usted aquí?

—Oh, siempre doy una vuelta para ver los nuevos caballos.

—¿Y se prueba el arnés?

—Si tengo ganas, sí. Caramba, ¡qué mala cara tiene usted!

—Bueno, cabo mayor, siga.

—Está verde.

—En cierto modo, usted y yo nos conocimos anoche.

—Sí.

—¿Qué hace usted aparte de andar por los establos?

—Todavía estoy estudiando. Soy la hija del rey, ¿sabe?, y nosotros los britanos damos mucha importancia a la instrucción. ¿Cómo se llama usted?

—Constancio, ¿y usted?

—Elena. Constancio el de la cara verde.

—Elena la palafrenera.

Y así los dos nombres, «Clorus» y «Stabularia», empujados por un leve soplo, se alejaron en la aurora y al fin se posaron entre las páginas de la historia.

Constancio no había reservado tiempo para galanteos en su itinerario. Su visita a Britania era supererogatoria, algo subsidiario en su misión principal; algo que, si se sabía, iba a requerir explicaciones. Le había parecido fácil, una vez terminados rápidamente sus otros asuntos y contando aún con un mes, cruzar el canal, ver por sí mismo aquella dependencia poco frecuentada, aumentar el conocimiento que pacientemente iba adquiriendo de la vasta estructura del gobierno imperial y añadir uno o dos nombres más a los hombres importantes con quienes tenía relaciones personales. No había contado con enamorarse.

Pero como la cosa había ocurrido, había que zanjarla rápidamente. Hizo su petición a Coel.

—Sí, muy bien —dijo el rey enojado—, pero yo no sé nada de usted.

Había probado a Constancio sereno y borracho y no le había gustado; le parecía soso y taimado; soso cuando estaba borracho y taimado cuando estaba sereno. No respondía en absoluto al concepto que Coel tenía de un caballero, y el comandante de distrito, a quien consultó en cuanto se planteó la cuestión del casamiento de Elena, le dijo exactamente lo que Coel decía ahora: «No sé nada de ese individuo». Constancio replicó:

—Hay muy poco que saber..., por ahora.

—¿Su familia?

—En ese aspecto puede estar tranquilo.

—¿Sí?

—Tengo razones para permanecer incógnito.

—¿Sí?

—Le puedo asegurar que no necesita temer que la alianza que sugiero tenga, en ese aspecto, nada de indigno.

Coel esperó a que le informara un poco más, pero la información no llegó. Al fin dijo:

—Es posible que los britanos parezcamos un poco anticuados, pero todavía damos mucha importancia a esas cosas.

—¿Sí?

Constancio dio vueltas en su mente a la cuestión que le llevaba importunando varios días y que ya creía resuelta. Había tenido la intención de guardar el secreto hasta salir de Britania, hasta estar al otro lado del Rin, pero era evidente que al rey no se le podía dejar de lado; según la simple tradición de Coel, el hombre con una genealogía de que enorgullecerse, alquilaba una orquesta y lo decía en música.

Constancio habló al fin:

—Tiene usted derecho a la información que pide, pero le ruego que respete mi confidencia.

Cuando se lo diga comprenderá usted mis titubeos. Hubiera preferido que aceptara mi palabra, pero ya que insiste... —y al decirlo hizo una pausa para recalcar debidamente su declaración— le diré que pertenezco a la familia imperial.

La declaración no produjo ningún efecto.

—¿De veras? —dijo Coel—. Es la primera vez que oigo que exista tal cosa.

—Soy sobrino nieto del divino Claudio... y también del divino Quintilio, cuyo reinado, aunque breve, fue enteramente constitucional.

—Sí —replicó Coel—, y aparte de su divinidad, ¿quiénes eran? De algunos de los emperadores que hemos tenido últimamente no se puede cantar, ya lo sabe usted, absolutamente nada. Una cosa es quemarles incienso y otra muy distinta tenerlos en la familia. Eso debe usted comprenderlo.

—Por el lado de mi padre soy de la vieja nobleza danubiana —dijo Constancio.

—Sí, todos los danubianos que he conocido lo son —replicó Coel sin interés—. ¿De dónde procede?

—Las fincas de la familia son enormes, pero están en manos de otra rama. Yo no tengo nada que valga la pena mencionar.

—No —asintió Coel, y se quedó callado.

—Soy un soldado. Vivo allí donde me mandan.

—Sí —dijo Coel, y después de una pausa, añadió—: Bueno, hablaré con mi hija. Aquí no se conciertan las bodas como me figuro que las conciertan en el Danubio. Elena decidirá.

Constancio, al oír esto, se sonrió leve pero confiadamente y se despidió del rey.

—Aguamiel y música —rugió Coel, y cuando los bardos aparecieron en tropel, añadió—: No, vosotros no. Nada más que los tres violinistas y la gaita. Tengo que pensar.

Poco después, ya de mejor humor, hizo llamar a Elena.

—Siento interrumpir tus lecciones.

—Era el «descanso», papá. Acabo de ir al establo a ver la distensión de *Pylades*. Para el martes estará bien.

—Elena: ese joven oficial de Estado Mayor de cara enfermiza acaba de hacerme una descarada petición. Quiere casarse contigo.

—Sí, papá.

—Es pariente del divino cómo-se-llama, el espantoso individuo que fue emperador no hace mucho tiempo. Dice que es oriundo de no sé qué parte de los Balcanes. Tú no quieres realmente casarte con él, ¿verdad?

—Sí, papá.

—Callad y largo de aquí —dijo de pronto Coel a los músicos—. Llevaos el aguamiel —la música se extinguió entre las vigas; hubo un arrastrar de zapatillas y la habitación quedó en silencio—. Y tú

deja de jugar con eso —dijo a Elena.

—Es una cadena de chimenea. Se le ha torcido el gancho.

—Déjala en alguna parte. No ahí —dijo Coel al ver que Elena se la metía en su túnica.

—Ya está —replicó Elena, y después meneó los hombros para que le quedara más cómodo el acero entre los pechosy se irguió. Con las manos cruzadas detrás, siguió moviendo los dedos—. Con alguien tenía que casarme algún día, *como* puedes figurarte.

—No sé por qué. Nunca he visto en ti a una chica.

—Oh, papá.

—Con tus hermanas, chicas hermosas, rollizas, que saben cocinar y coser, es distinto. Pero de ti, Elena, nunca esperé esto. Tú pareces un chico, cabalgas como un chico. Tu madre dice que tienes un espíritu masculino, aunque no sé lo que quiere decir con eso. Yo creí que al menos tú te quedarías en casa con tu viejo padre. Y si tienes que casarte, ¿por qué elegir un extranjero? Ah, sí, ya sé que todos somos ciudadanos romanos y todo eso; también lo son muchos judíos y egipcios y germanos repugnantes. Para mí no son sino extranjeros. Ya verás como no te gusta vivir en el extranjero.

—Debo ir con Constancio, papá, dondequiera que vaya. Además me ha prometido llevarme a la Ciudad.

—¡A la Ciudad! Pregúntaselo al comandante de distrito. Conoció a un individuo que estuvo allí y se lo contó todo. Es un sitio *espantoso*.

—Debo verla por mí misma, papá.

—Nunca llegarás allí. Hoy no va allí nadie que pueda evitarlo, ni siquiera los divinos emperadores. Te vas a ver encerrada toda tu vida en algún cuartel de los Balcanes.

—Debo ir con Constancio. Después de todo, papá, todos los troyanos estamos siempre en el destierro. ¿No somos los pobres hijos desterrados de Teucer?

El rey Coel tuvo entonces un cambio de estado de ánimo que en un hombre menos optimista se hubiera podido llamar desesperación, y volvió su atención a la celebración de la boda.

Constancio estaba ansioso por irse, por cruzar el mar para cumplir su tarea; no hubo tiempo para que las costureras prepararan la ropa de la hija de un rey, no hubo tiempo para que los heraldos reunieran a los parientes; no lo hubo sino para que los augures fijaran un día afortunado, un día de viento fuerte y salado y con sol de vez en cuando. El buey fue sacrificado debidamente y las primaverales flores de su guirnalda yacieron con él en el patio del templo, aplastadas y sanguinolentas en el suelo enarenado; en el porche los novios cortaron la torta de trigo y, cuando entraron en el santuario para quemar incienso a los dioses y al divino Aureliano, los bardos reales cantaron el epitalamio que se había transmitido de padres a hijos antes de que los dioses de Roma fueran conocidos en la isla.

Los novios estuvieron sentados en tronos en el salón hasta la puesta del sol mientras la Corte y la guarnición festejaban a su alrededor. A la luz del crepúsculo los llevaron al aposento de Constancio,

quien tomó en sus brazos a Elena y franqueó el umbral del hogar que no era de él ni de ella, sino el campamento de un soldado. Su equipaje, preparado ya para el viaje, estaba amontonado junto a la cama.

La música y las voces del banquete les llegaron con toda claridad.

—He dado permiso a la guardia hasta el toque de diana —dijo Constancio—. Espero que sabrán sacarle partido. Les espera un viaje duro.

Poco después los festejantes salieron fuera con antorchas y cantaron en torno a la casa. Elena encontró, descalza por entre el equipaje, el camino a la ventana. Desde allí no vio más que los dorados globos de llama que se movían abajo en la neblina.

—Los trovadores, Cloro. Ven a verlos.

Pero Constancio se quedó quieto tras ella, invisible en la habitación sin lámparas.

La canción llegó a su fin. Elena vio que las antorchas iban apagándose en la oscuridad hasta extinguirse, oyó que las voces morían en un murmullo y que al fin quedaban en silencio. La casa de la boda pareció de pronto solitaria en la noche y la niebla.

—Es como estar solo en una isla, ¿verdad? Como en «Cránae rodeada de mar».

—¿Cránae? —exclamó Cloro—. ¿Cránae? Me parece que no conozco ese sitio. ¿Es una de las islas de Britania?

Elena volvió al lado de su marido.

Al día siguiente, mientras Constancio despachaba a la vanguardia y distribuía la carga en las bestias, Elena fue a cazar una vez más, por última vez, en el campo que le era familiar. Alrededor de Colchester habían talado los árboles, primero por seguridad, más tarde para combustible; desde las murallas se extendían los matorrales y arbustos de reciente crecimiento que iban clareando, en sucesivos cinturones, hasta desaparecer a medida que se acercaban al bosque; también las carreteras las habían despejado contra las emboscadas; hacia el mar había grandes fincas de tierra labrada y ciénagas que dejaban paso libre al ágil juego, pero en las que se hundían el jinete y el caballo; allí había que desviar del rastro a los podencos a latigazos. Era un terreno difícil que requería habilidad y una larga experiencia con moneros y perros; a veces las piezas de caza caían bajo las jabalinas en sus guaridas; a veces los perros las sacaban y las empujaban al bosque; la habilidad del monero estaba en llevarlas al campo abierto.

Era un día prometedor. La neblina se disipó pronto dejando un terreno mojado y sin viento y con rastros claros.

—Es exactamente el día que estábamos pidiendo, señorita, debiera decir señora —dijo el monero mayor.

Elena, la fusta en una mano, las riendas en la otra, cabalgaba en *Pylades* a horcajadas y el arzón le aliviaba el dolor cuya causa era un hombre. El aire de su tierra natal tenía para ella un dulce aroma. El olor de caza, mezcla de sudor de caballo y calor de arnés y hojas nuevas y hojas viejas pisoteadas juntas; el son del cuerno; la vida equina bajo ella, entre sus muslos, en la punta de sus dedos; todo en aquella punzante y británica mañana contendía con los recuerdos de la noche y en aquellas últimas

horas de libertad parecía curarle su virginidad.

La caza fue variada: dos viejos jabalíes grises que dieron saltos, se revolvieron, atacaron y cayeron ante los jabalineros; un gamo a quien los perros siguieron lentamente, cerrándole muchas veces el paso, y que al fin los llevó a una buena carrera hasta caer muerto en un terreno pelado; y, después del mediodía, un ciervo, raro en aquella comarca, espléndido animal en su mejor momento, erguido sobre sus cuatro patas, que corrió hacia el mar en un gran semicírculo y cayó abatido por los perros en la brillante arena de la orilla.

La única que permanecía con los monteros en el momento de rematar fue Elena. Los seguidores romanos se habían perdido y quedaron olvidados. La pequeña cabalgata se dirigió hacia casa a la puesta del sol; dos de los perros renqueaban pero *Pylades* trotó valientemente hacia su establo; y mientras trotaba por aquel paisaje querido en que iba oscureciendo, del alborozo de la mañana no quedaba nada. Era de noche cuando llegaron a la ciudad.

Aquella noche Elena dijo a su padre:

—Me figuro que mi educación ha terminado ya.

—Sí —replicó Coel—, ha terminado.

—¿Qué va a ser de Marcias?

En la cara del rey hubo una vaga y bondadosa expresión:

—¿Marcias? Siempre le he estimado mucho. Inteligente individuo. Desperdiciado como maestro de una chica.

—Tú solías decir que en cuanto terminara mi educación le darías la libertad.

—¿De veras que dije eso? No creo que dijera nunca nada tan preciso. Además, ¿cómo iba yo a saber que tu educación terminaría tan pronto? Marcias puede aún dar mucho de sí.

—Creo que quiere ir a Alejandría, papá.

—Estoy seguro de que sí. Pienso en lo malo que sería para él. De Alejandría me lo han contado todo. Es un sitio horrible; no hay más que sofistas y estetas. Marcias me gusta. Tenemos obligaciones para con él. Yo lo retendría para mí, pero no es exactamente hombre de mis aficiones.

—¿Me lo darás a mí, papá?

—Querida mía, en una ciudad militar estaría completamente fuera de su sitio. En Galia darán por él un buen precio, ya verás.

III

Nadie más que mi adversario será mi guía

Constancio Cloro, mal marino, yació abajo arropado en su capote militar mientras Elena se paseó toda la noche por cubierta, vio cómo las estrellas —brillando, apagándose y encendiéndose de nuevo— aparecían en el cielo encima de las velas inclinadas; vio cómo el cielo se iluminaba en toda su extensión y la línea de arco de fuego se elevaba hasta que el sol entero se destacó claramente sobre el agua y se hizo de día; observó a los marineros afanados con las lonas, entró en conversación con ellos, les echó una mano, se sentó en el suelo con ellos en torno al brasero del castillo de proa y compartió su pescado a la parrilla. «¿Fue así —se preguntó limpiándose de escamas los dedos en un balde de agua de mar y secándoselos después en el regazo—, fue así, quizá, como Paris trajo a Ilion a su reina raptada?».

Al mediodía vieron tierra; Elena pudo distinguir pronto la resplandeciente ciudadela del puerto extranjero y un palio de humo sobre la orilla; pronto estaban junto al faro, y el barco, repentinamente silencioso en su crujiente arboladura, se deslizó en las tranquilas aguas del puerto; una voz autoritaria les dirigió desde el muelle a su fondeadero; recogieron velas, largaron ancla, y un enjambre de botes se les acercó; los mástiles se convirtieron en parte del bosquecillo de naves silenciosamente ancladas al sol de la tarde.

Constancio Cloro salió a cubierta y miró al sol con ojos de entendido.

—Boulogne, al fin. Hemos tenido una buena travesía. Estos barcos deben de ser parte de la flota de Carausio, los más veloces del canal. Ningún pirata los puede alcanzar. Esta noche tengo que buscar a Carausio si está en la ciudad.

—Hemos estado hablando de él. Ben dice que en cualquier momento que quisiera podría apoderarse de toda Britania.

—¿Y quién es, por favor, el astuto Ben?

—El contramaestre. Dice que quien domina el Canal domina Britania.

—Elena, no quiero que empieces a hacer amigos al azar y a chismorrear.

—¿Por qué no? Siempre lo hago.

—Bueno, una de las razones es que no quiero que se sepa dónde he estado o de dónde eres tú.

—Todo el mundo sabe de dónde soy.

—No, Elena, aquí no, y menos aún al otro lado del Rin. Tenía intención de decírtelo. En cuanto crucemos el Rin y entremos en Suabia no hay que hablar de Galia o Britania. ¿Entiendes?

—Pero ¿no vamos a Roma?

—Todavía no.

—Tú dijiste que...

—Todavía no. Ya llegará el día. Irás a Roma, pero todavía no.

—¿Y adónde vamos ahora?

—Tú vas a Naissus.

La palabra, inerte, pesada, amorfa, cayó entre ellos.

—¿Naissus?

—Seguramente habrás oído hablar de Naissus.

—No, Constancio, nunca.

—Allí es donde el tío Claudio combatió en la batalla más grande contra los godos.

—Sí.

—Una de las cinco victorias más gloriosas, no hace todavía cinco años.

—Dices que *yo* voy a ese lugar. ¿Tú no vienes?

—Pronto. Primero tengo unos asuntos en otra parte. Tú estarás mejor en Naissus.

—¿Está lejos?

—Un mes o seis semanas. Los correos solían hacerlo en una quincena. Eso era en los viejos tiempos, cuando las postas estaban adecuadamente organizadas con los mejores caballos del imperio, que esperaban frescos cada veinte millas, y en las carreteras había seguridad de noche. Las cosas no están tan bien ahora, pero pronto las vamos a arreglar. Tú tardarás un mes, o puedes esperar en Ratisbona y seguir conmigo después. Dentro de uno o dos días estaré mejor informado.

—¿Y... Naissus está lejos de Roma?

—Está en el camino a Roma —dijo Constancio—. No directamente, tal vez. A Roma no se viaja directamente.

—Dicen que todos los caminos llevan allí.

—El mío lleva, pasando por Naissus.

El cabo mayor se presentó a recibir órdenes. Constancio se apartó de Elena, quien dio unos pasos y apoyándose contra la amurada contempló la vista —tan parecida a la de la víspera cuando miró por última vez la costa natal—, las tabernas y almacenes del muelle, el humeante montón de chozas detrás, los muros de piedra de la ciudadela y el templo de columnas que lo coronaba todo; todo tan extranjero, el portón a una nueva vida, el punto de partida de la tersa carretera, tan recta, tan desviada, que llevaba a Naissus, a Roma, ¿y adonde, más lejos?

Viajaron velozmente, cabalgando antes del amanecer, acampando al borde de la carretera para comer al mediodía, durmiendo en la posta más próxima cuando los alcanzaba la oscuridad. Constancio evitaba las ciudades. La noche en que llegaron a Châlons la pasaron en una posadita incómoda situada fuera de las murallas, y al romper el alba, antes de que la ciudad despertara, galopaban ya por el puente. En el castillo fronterizo de Estrasburgo, Constancio tenía amigos en la

Legión VIII; se hospedaron en el alojamiento del comandante, pero a Elena la mandaron pronto a la cama y Constancio pasó la noche conversando serenamente. A la mañana siguiente tenía la cara más pálida y más demacrada por la fatiga; apenas habló hasta que hubieron cruzado el Rin; entonces, de pronto, se le pasó el mal humor. El cambio lo notaron los hombres y a través de ellos los caballos, que trotaron casi alegremente al sol. Los soldados cantaban trozos de canciones obscenas; pronto hicieron alto, desensillaron, pusieron los caballos a pastar y se tendieron en el suelo mientras el humo de su fogata se elevaba derecho en el cielo sin viento.

—Voy contigo hasta Ratisbona —dijo Constancio—. Tengo tiempo. Después tengo que volver a Châlons. Me esperan allí unos asuntos.

—¿Te llevarán mucho tiempo?

—No creo que sea mucho. Todo está preparado.

—¿Qué clase de asuntos?

—Algo que hay que arreglar.

La carretera a Ratisbona yacía a lo largo de la muralla de Suabia, tosco foso con una empalizada de madera, donde había frecuentes blocaos de troncos.

—Nuestra muralla britana es de piedra.

—Ésta será de piedra algún día. Los planos están ya trazados. Se ha ido demorando, primero por una cosa, luego por otra, una incursión aquí, un motín allí, un corrompido contratista de esclavos, un comandante demasiado viejo para su función, siempre algo más urgente que hacer, nunca con tiempo u hombres o dinero para nada excepto la tarea inmediata. A veces siento como si el imperio fuera un barco poco marinerero; se le abre una brecha en un sitio, la calafateamos, achicamos el agua, y antes de estar en condiciones de navegar, el agua irrumpe por otro sitio.

Así se sentían abatidos algunos días cuando encontraban a los caballos de posta con mataduras y mal alimentados y a los guardas mal vestidos; cuando en sus paradas se tropezaban con hombres quejosos y difundidores de rumores, con historias feas y desleales sobre los altos jefes, pero, en general, Constancio se fue animando a medida que penetraba en la zona militar, adonde viajaron en etapas más cómodas, se presentaron pundonorosamente en cada jefatura de zona y hablaron largo y tendido y confiadamente con todos los que encontraron.

Para Elena la escena, invariable desde la mañana hasta la noche, carecía de interés; la carretera de arcilla; a un lado viñas y trigo y acantonamientos, al otro tierra fragosa, sin labrar, desperdiciada por generaciones de luchas fronterizas, asolada en todo lo que alcanzaba la vista, desnuda de trigo; y entre unos y otros el foso y los terraplenes; pero Constancio estaba animado; la situación de las casas de guardia, los problemas de suministro de agua y víveres, las variadas amenidades de las guarniciones —una gallera aquí, un tosco estadio allí—, la mayor o menor limpieza de los garitos y tabernas; los templetos de las deidades regimentales, la chismorrería sobre ascensos y retiros en los refectorios; nuevos métodos de instrucción militar, martingalas para alargar la vida de armas viejas, martingalas para obtener nuevos suministros de los depósitos; todo lo que excitaba a Constancio y lo llevaba al borde del entusiasmo, dejaba a Elena completamente indiferente; hasta los establos, instalados normalmente, uniformemente equipados, empezaron a dejar de tener interés; sólo acá y

allá en la carretera, cuando se encontraban con un grupo de germanos, arrogantes y desnudos —que habían cruzado la frontera para hacer trueques—, y cuando de vez en cuando, en las paradas, la conversación era de zorros y osos, se despertaba el interés de Elena. Una vez dijo:

—¿Siempre tiene que haber una muralla, Cloro?

—¿Qué quieres decir?

—Realmente, nada.

—Yo no soy sentimental —dijo Constancio—, pero me gusta la muralla. Piensa en que milla tras milla, desde la nieve hasta el desierto, forma un gran cinturón único alrededor del mundo civilizado; dentro, paz, decencia, leyes, altares a los dioses, industria, artes, orden; fuera, bestias y salvajes, bosques y ciénagas, un revoltijo sangriento, hombres como manadas de lobos; y a lo largo de la muralla, velando sin dormir, defendiendo la frontera, el poder armado del imperio. ¿No te hace ver lo que significa la Ciudad?

—Sí —dijo Elena—, supongo que sí.

—¿Qué quieres decir, entonces, con lo de «siempre tiene que haber una muralla»?

—Nada; pero a veces me pregunto si Roma irá alguna vez más allá de la muralla. Más allá de los germanos, más allá de los etíopes, más allá de los pictos; quizá más allá del océano puede haber más gente y aún más, hasta que tal vez se pueda viajar a través de todos ellos y encontrarse de vuelta otra vez en la Ciudad. En vez de que penetren los bárbaros, ¿no podría un día irrumpir la Ciudad hacia afuera?

—Has estado leyendo a Virgilio. Eso es lo que se pensaba en tiempos del divino Augusto. Pero quedó en nada; de vez en cuando, en el pasado, empujamos un poco más hacia el Este y nos apoderamos de una o dos provincias más. Pero no dio resultado. En realidad tuvimos que abandonar toda la orilla izquierda del Danubio. Los godos se pusieron contentísimos y nos evitamos muchas dificultades. Parece haber una división de la especie humana justamente en donde corre la muralla actual; más allá son incurablemente bárbaros. No tenemos tiempo más que para mantener la línea actual.

—No me refería a eso. Me refería a si no es posible que la muralla esté en el límite del mundo y todos los hombres, civilizados y bárbaros, compartan la Ciudad. ¿Estoy diciendo muchas tonterías?

—Sí, querida mía.

—Sí, me figuro que sí.

Al fin llegaron a Ratisbona, la ciudad más grande que había visto Elena; se hospedaron en la casa de gobierno, la casa más grande en que Elena había entrado en su vida.

—Tengo que dejarte aquí una semana o dos —dijo Constancio—. Estarás en buenas manos.

Las manos fueron las de la mujer del gobernador, matrona de Italia, de Milán, patricia, que le llevaba a Elena media cabeza en estatura y la saludó amablemente.

—Constancio es un gran amigo —dijo la mujer del gobernador— y espero que nos permitirá usted serlo de usted también. Tiene usted que adquirir ropa. Tiene que arreglarse el peinado y las uñas. Ya veo que Constancio no tiene ni idea de cómo cuidar a una recién casada.

A primera hora de la mañana mandaron a un criado al mercado y volvió con media docena de comerciantes y un tren de esclavos. Pronto el salón parecía un rincón de bazar con telas y cintas extendidas por todas partes, y todas las mujeres de los altos jefes participaron en la adquisición de la vestimenta de Elena.

Después se quedaron sentadas en la habitación de Elena mientras el peluquero cumplía su tarea y el raro esplendor del cabello de Elena se realzaba y ondulaba y tomaba un aspecto extraño bajo sus manos.

—Querida, se muerde usted las uñas.

—Últimamente; en mi casa no me las mordía.

Nadie le preguntó de dónde venía, y, obediente a Constancio, lo calló cuando se le presentó delicadamente la ocasión.

—Va a ser perfectamente presentable —dijo la mujer del gobernador cuando las damas se reunieron después de comer y parecía que Elena, entretenida con un perrito, no podía oírlas.

—Sí. ¿En dónde cree usted que la encontró Constancio?

La dama que lo preguntó se había casado bien, nadie sabía dónde.

—Yo sigo la norma de no preguntar nunca el origen de las mujeres de los militares —dijo la mujer del gobernador—. Me contento con que se porten bien después de casadas. Los jóvenes sirven varios años de un tirón en sitios muy apartados y no tienen oportunidad de conocer a chicas de su clase. No hay que reprocharles que a veces hagan bodas raras; hay que ser condescendientes y tratar de ayudar.

Cuando Constancio y Elena se quedaron solos aquella noche, Elena dijo:

—Constancio, ¿por qué no les dices quién soy?

—¿Y quién eres?

—La hija de Coel.

—No les impresionaría —dijo Constancio—. Tú eres mi mujer. Eso es todo lo que necesitan saber. ¿Qué te has hecho en el pelo?

—Yo, nada. Me lo ha hecho el peluquero griego. Me ha obligado la mujer del gobernador. ¿No te gusta?

—No mucho.

—Ni a mí, Cloro; ni a mí.

La víspera de la partida de Constancio, varios funcionarios de Moesia, antiguos asociados suyos, comieron en la casa de gobierno y después de comer lo acompañaron a su alojamiento. Elena los

dejó para irse a la cama, pero les oyó hablar hasta altas horas de la noche en la habitación contigua, tan pronto en latín como en su propio idioma, de chismes y recuerdos. Después dormitó un poco y al despertar seguían conversando, esta vez en latín.

—Hemos oído que has recorrido toda Galia.

—No, no. No ha sido más que un viaje de rutina hasta la muralla de Suabia.

—Bueno, pero en todo caso has traído una chica inconfundiblemente britana.

—Nada de eso —dijo la voz de Constancio—. Si queréis saberlo, la encontré el invierno pasado en Oriente, en una posada, cuando volvía de Persia. No la pude traer entonces conmigo y dispuse que la mandaran a Tréveris. Acabo de recogerla.

—No tiene cara de asiática.

—No. No tengo la menor idea de dónde la sacaron. Es una buena chica.

Luego se pusieron a hablar en su propio idioma y Elena siguió despierta en la oscuridad. Era cerca de la hora del canto de los gallos cuando Constancio los despidió y fue a la cama.

Constancio partió al día siguiente en importante misión secreta y Elena se quedó en Ratisbona. El verano floreció deliciosamente a lo largo del Danubio; Elena languideció en salones demasiado lujosos para su gusto y en una compañía demasiado numerosa. Ninguna de las damas de Ratisbona parecía salir de casa más que en encortinadas literas para hacer visitas de calle en calle, o, alguna rara vez, para ir en coche cerrado a alguna de las casas de campo de la orilla del río. Hablaban sin cesar en un latín veloz y lleno de alusiones que parecía tener para ellas más significado que para Elena; se reían sin cesar de chistes que a Elena se le escapaban. Las damas de Ratisbona, sobre quienes imperaba serena e indiferentemente la mujer del gobernador, estaban divididas en dos grupos: las interesadas en asuntos amorosos y las religiosas. A Elena no le eran extrañas las leyes del deseo del hombre; en casa había visto que los cambiantes y exuberantes caprichos de su padre traían cambio tras cambio en el orden de precedencia en el hogar; en sus lecturas había seguido las absurdas transmuciones del deseo, el incesto, los besos-nubes, las galantes lluvias de monedas y los cisnes y toros de la antigua poesía; pero aquí, en las confidencias susurradas bajo el pórtico, no encontraba parte alguna de su firme y dolorida pasión. También el grupo de damas religiosas la confundían. En su país se honraba a los dioses en sus estaciones; Elena había orado año tras año devotamente y con el alma tranquila ante los altares de su casa y su gente, había recibido con sacrificios el retorno de la primavera, había tratado de aplacar a los poderes de la muerte, había honrado al sol y a la tierra y a la fértil semilla. Pero las damas religiosas de Ratisbona hablaban de citas secretas, consignas, iniciaciones, trances y extraordinarias sensaciones, de asiáticos que flotaban en el aire en habitaciones a media luz, de voces enigmáticas, de estar desnudas en un foso mientras un toro moría desangrándose sobre el enrejado techo.

—Todo eso es una bobada, ¿verdad? —dijo a la mujer del gobernador.

—Es repugnante.

—Sí, pero también es una bobada, ¿no?

—Nunca he preguntado nada.

Elena había llegado a estimar en su corazón, casi a querer, a aquella gran dama. A ella fue a quien, trémulamente, le confió el secreto de su parentesco real, de su origen troyano. Como lo vaticinara Constancio, a la mujer del gobernador no le impresionó.

—Bueno, todo eso pasó ya —contestó, como si Elena le hubiera confesado un pecadito—. Ahora tiene que aprender a adaptarse a ser la mujer de Constancio. Ya verá que eso la va a tener ocupada todo el día. Constancio es muy importante. A veces me pregunto si usted se da cuenta. El divino Aureliano tiene una gran opinión de él. ¿Qué hacía usted todo el día en Britania?

—Me estaba ilustrando. Leía poesías. Cazaba.

—Ya no podrá hacer nada de eso. De ninguna dama se espera que cace, aunque yo misma solía cazar cuando estábamos destinados en España, y me avergüenza decir que me gustaba muchísimo.

—Cuéntemelo.

—No, por cierto. Nunca tendrá hijos si caza.

—Creo que ya tengo uno —dijo Elena.

—Así es como debe ser. Espero que sea varón. Puede resultar alguien de la mayor importancia.

En toda la exuberante pompa de sus nuevas circunstancias, nada deprimía a Elena tanto como esas predicciones. No era la mujer del gobernador la única que la asustaba de esa manera. Una mujer rica, a quien su vulgaridad física y mental excluía tanto del círculo religioso como del elegante de Ratisbona, fue más explícita. Desde el momento en que conoció a Elena se interesó mucho por ella; un día que Elena se negó a acompañarla a una fiesta particular, le dijo:

—Creo que hace bien al mantenerse distante.

—¿Yo *distante*? —replicó Elena, sorprendida.

—Oh, *madame* Flavio, no he querido decir nada desagradable. Pero usted mantiene a la gente a distancia, ¿no es verdad? Y tiene usted razón. En la primera juventud es un gran error atarse a amigos con los que quizá haya que dejar de tratar más tarde.

—¿Por qué voy a tener que dejar de tratar? ¡Si supiera cuánto ansío tener una amiga!

—Querida *madame* Flavio, no finja conmigo, por favor. Admiro mucho la forma en que va resolviendo la situación. No finja que no sabe que ha hecho una boda brillantísima.

—Lo sé; pero ¿qué tiene que ver eso con dejar de tratar con amigos?

—¿Es posible, *madame* Flavio, que no haya oído que a su marido le van a dar cualquier día el mando de todo el Oeste? No me diga que no lo sabía.

—No lo sabía, de veras que no lo sabía. Pido a Dios que no sea cierto.

—Lo sabe todo el mundo. En Ratisbona todos hablan de eso.

Y de pronto Elena comprendió que los silencios que se producían cuando ella entraba en una habitación, las miradas, que a veces interceptaba, para ver si estaba escuchando, no eran debidas,

como había supuesto, a su juventud y a que era una forastera, sino a aquella causa más alarmante.

Era como si se hubiera quedado dormida en su seguro cuarto de niñez en Colchester —aquella habitación de vigas bajas que había sido la suya desde que empezó a dormir sola, donde sentada en el bargueño podía tirar su camisa a la percha de la pared opuesta, donde al vestirse la había recorrido incontables veces a lo largo y a lo ancho, dos pasos desde el bargueño hasta el espejo, cuatro pasos desde el espejo hasta la puerta— y desde entonces viviera en una pesadilla en que las paredes y el techo se alejaban constantemente y todo, menos ella misma, se hinchara hasta un tamaño monstruoso y en todos los remotos rincones la acecharan sombras oscuras.

Los días y las noches se fueron haciendo pesados con el calor; las damas de Ratisbona agitaban abanicos de marfil y plumas, conversaban en voz baja y fisgaban, mientras Elena no hacía más que aguardar el regreso de Constancio.

Llegó a principios de agosto con el polvo y el entumecimiento del camino y la delgadez de la vida del campamento. Fueron muchas las deferencias y felicitaciones, pues le precedieron, muchos días antes, noticias de una decisiva batalla en Châlons, de la destrucción del ejército de Galia y de que Tétrico estaba encadenado. Se mostró discreto en el triunfo, llenó de elogios a los generales de Aureliano y se calló sobre la parte que le correspondía en el asunto. Elena, para quien el verano había llegado en vano a su plenitud, lo recibió como a la primavera.

—Todo ha salido bien según el plan. Ahora, a Naissus.

Viajaron por el río, pues Constancio se mostró muy solícito cuando se enteró del embarazo de Elena, en una embarcación del Estado, tallada y pintada, muy cargada de muebles y provisiones de los ricos mercados de Ratisbona. Los esclavos remaron con lentitud. Constancio no tenía ya prisa, y Elena y él yacieron como príncipes de la India bajo un toldo de seda amarilla; ociosos todo el día, contemplaron cómo pasaban las orillas llenas de juncos, arrojaban golosinas a los desnudos granujillas que nadaban para saludarlos, a los pájaros que les seguían y se posaban a veces en la proa dorada; a la noche eludían las ciudades y amarraban a orilla de islitas verdes, encendían una fogata en tierra y festejaban a los pueblerinos que a menudo se congregaban para bailar y cantar a la luz de la fogata. Los guardas y los remeros dormían en tierra, dejando que todo el espléndido barco fuera un lecho matrimonial para Elena y Constancio. A menudo, por la mañana, al levar ancla, sus invitados de la víspera llegaban con guirnaldas de flores que morían al mediodía y que Constancio y Elena tiraban al agua para que les siguieran lentamente hacia Naissus.

El amor de Elena, que había brotado entre neblinas y lluvia, se fue haciendo tierno con una dulzura de verano mientras la nueva vida maduraba imperceptiblemente dentro de ella; en aquellos lánguidos días de vacaciones de Constancio, una luna de miel tardía, Elena gozaba de sentirse amada.

Llegaron al remolino de Grein, donde, para divertir a Elena, Constancio ordenó al timonel que se dirigiera al centro del agua agitada; a los cachazudos esclavos les cogió de improviso y la embarcación se inclinó violentamente a un lado al pasar por el vórtice; durante un minuto hubo confusión a bordo, el timonel, el patrón y el piloto se gritaron mutuamente, los remeros despertaron de sus sueños de libertad y remaron con furia, y Elena se rió clara y sonoramente como solía reírse en Colchester. Por un minuto pareció que habían perdido el dominio de la nave y que se iban a poner a girar como las maderas que giraban a su alrededor; luego se restableció el orden, la nave se

enderezó, salió y siguió su curso.

Pronto llegaron a la sombría garganta de Semlin, donde, impresionados por los vastos precipicios, que momentáneamente les hicieron recordar el ambiente de Ratisbona, Elena dijo:

—Cloro, ¿es verdad lo que dicen en Ratisbona: que vas a ser César?

—¿Quién dice eso?

—La mujer del gobernador, la viuda de un banquero, todas las señoras.

—Quizá sea verdad. Aureliano y yo ya habíamos hablado de eso. Después de la batalla volvió a hablar de eso. Ahora tiene que ir a Siria a resolver unas dificultades. Después volverá a Roma para su triunfo. Entonces veremos.

—¿Tú quieres?

—No es lo que *yo* quiero, palafrenera, lo que importa, sino lo que quieren Aureliano, el ejército y el imperio. No hay que intimidarse, no será más que otro mando nuevo, grande: Galia, el Rin, Britania, posiblemente España. El imperio es demasiado grande para un hombre; eso ya está demostrado. Y necesitamos una sucesión segura, un segundo jefe preparado para su tarea, que sepa mover los hilos y que ocupe su puesto inmediatamente en cuanto el mando quede vacante, sin dejar que cada ejército se manifieste por su propio general y combata como ha hecho últimamente. Aureliano va a hablar de eso a los senadores cuando vayamos a Roma.

—Ay, Cloro, ¿qué va a ser de mí entonces?

—¿De ti? La verdad es que no lo he pensado, querida. La mayoría de las mujeres darían cualquier cosa por ser emperatrices.

—Yo no.

—No, no creo que tú lo hicieras.

Constancio le dirigió una larga mirada escrutadora. Elena seguía llevando un peinado a la última moda; con ese único fin habían agregado a la comitiva un esclavo de Esmirna; todo lo que modistas y comerciantes podían hacer se había hecho para transformarla; su habilidad había descubierto nuevas bellezas, ocultado otras antiguas; pero Constancio, al mirarla, sentía todavía la fuerza de los lazos del hechizo britano, se sentía seducido contra sus frías intenciones y transfigurado de nuevo como en aquella misteriosa noche de la sala del banquete de Coel.

—No hay necesidad de preocuparse todavía, palafrenera. Aureliano puede durar mucho.

Más tarde Elena le dijo:

—Háblame de la batalla. ¿Corriste mucho peligro? En ningún momento he sentido ansiedad cuando estabas fuera. ¿Debía haberla sentido?

—No había necesidad. Todo estaba arreglado de antemano.

—Cuéntame.

—Aquel día no tuvimos nada que hacer. Tétrico se presentó con su Estado Mayor y se entregó. Había colocado su ejército donde nosotros queríamos. Lo único que tuvimos que hacer fue irrumpir y

destruirla cuando quisimos.

—¿Murieron muchos?

—De los nuestros no, aunque los galos pelearon sorprendentemente bien. Los teníamos cercados.

—¿Y Tétrico?

—No le pasará nada. Cumpliremos nuestra palabra.

Elena no hizo más preguntas. Le bastaba, estando al sol, que Constancio estuviera con ella y complaciente; pero aquella noche, cuando el dorado toldo se volvió negro contra las estrellas y el agua lamía plácidamente los costados de la nave; cuando el centinela en tierra caminaba de un lado para otro a la luz de la fogata y Constancio yacía dormido, satisfecho después de dejarla bruscamente como hacía siempre, sin ternura o gratitud, helando el creciente ardor de Elena y dejándola a su lado tan sola como en el vacío dormitorio de Ratisbona; entonces, y a menudo más tarde en Naissus cuando habían caído las hojas y los guardas bajo la ventana pisaban fuerte y se frotaban las manos ante los primeros vientos fríos del invierno, entonces el sombrío relato la obsesionaba. En su corazón había muerto algo que vivía en él desde sus primeros recuerdos. El padre de su niñera, el temible sargento, había muerto en vano, y su tumba había sido deshonorada. Esa era la victoria de Cloro, ése su misterio; para eso había sido su viaje, sus furtivas entrevistas, su borrar pistas como un zorro, sus mentiras y silencios; para esa matanza de un ejército traicionado, para ese convenio con el traidor; eso y ella misma eran los premios para Cloro.

Llegaron al confluente Morava y, doblando hacia el sur, navegaron contracorriente hacia las montañas. Al acercarse a su tierra Constancio se sintió otra vez impaciente, forzó la velocidad, pasó horas y horas a proa buscando los hitos familiares. Los hombres se esforzaban y sudaban, los suboficiales se volvieron perentorios y Elena sintió regresar a su corazón el frío de la soledad.

Del ramal principal se desviaron otra vez a otro secundario; las colinas fueron cercándoles hasta que un anochecer llegaron a la ciudad que iba a ser el hogar de Elena. Dignatarios, funcionarios y una muchedumbre pobremente vestida se congregaron para recibirlos. Al salir de Estrasburgo Constancio había prescindido de su supuesto y modesto rango; pero antes de desembarcar se adornó con todas las galas de su autoridad. No todo estaba preparado para su recepción. Unos funcionarios subieron a bordo y conversaron obsequiosamente mientras en el muelle tendían una alfombra; llegó la guardia de honor, resplandeciente, pero tarde; entre sus rígidas filas pusieron una silla de mano y, después de una demora, otra silla. Hasta entonces, al son de trompetas, no llevó a tierra Constancio a Elena.

La luz disminuía; la muchedumbre se acercó más para fisgar por entre la guardia; Elena vio poco de Naissus en el camino desde la orilla. Pasaron bajo un arco; por las ventanas de su silla y por encima de los hombros de los portadores vislumbró una calle con soportales, las bases de muchas columnas estriadas, una plaza llena de gente, estatuas oficiales; se sentía un olor a ajo y aceite de oliva mezclado a la brisa, más dulce, de las montañas; luego posaron la silla en tierra y Elena salió de su cerrada cabina a la gran plaza pavimentada del cuartel, subió un poco asombrada los escalones entre filas de guardas y entró en su casa, donde ya ardían las lámparas.

—No creo que el recibimiento te haya parecido gran cosa —le dijo Constancio.

—No he observado nada chocante.

—Los chocantes son los hombres; no hay sino reclutas y viejos extenuados. En los últimos seis meses Aureliano nos ha desangrado para el ejército que se forma para la campaña de Siria, llevándose leva tras leva de nuestros mejores hombres, más de diez mil. Les ha prometido que volverán, pero nunca se sabe. Entre Naissus y Tréveris no nos queda ahora más que una fuerza simbólica. Haríamos el ridículo si los godos emprendieran algo. Pero no lo emprenderán. Últimamente también ellos han tenido de qué acordarse. Si mañana tengo tiempo te enseñaré el campo de batalla del tío Claudio.

Le mostró con minuciosos detalles el campo de batalla, la línea donde estaban las legiones y se dispersaron ante el ataque godo, la barranca donde el tío Claudio ocultó hábilmente los refuerzos que lanzó contra la retaguardia enemiga, las laderas donde el tío Claudio volvió a concentrar a sus hombres dispersos, les hizo dar la vuelta y los guió a la victoria, el campo abierto donde al fin cincuenta mil godos fueron espléndidamente destrozados. Se había recuperado pacientemente lo que se pudo recuperar y, entre los huesos a los que no se guardaba consideración, las viñas pisoteadas y replantadas eran ahora objeto de vendimia.

—La uva medra con la sangre —dijo Constancio.

Le enseñó también las principales bellezas de la ciudad; la estatua del tío Claudio, de siete toneladas y media de mármol con adornos de bronce, que estaba en el cruce en que todas las carreteras de la provincia convergían y se unían a la gran carretera que iba del Rin al mar Euxino; el monumento al tío Quintilio, más modesto, un busto en la sala de fresco de los baños públicos; el macizo templete y el altar doméstico de la familia Flavia; el mercado de carne, a medio terminar, proyectado por el propio Constancio —la obra había languidecido en su ausencia y ahora la reanudaban furiosamente—; el juzgado donde Constancio dictaba sentencias; la silla en que se sentaba en tales ocasiones; su palco en el teatro.

Constancio se sentía en su casa en Naissus; allí, en su propia jefatura, entre su propio pueblo, su preciso lenguaje revelaba el acento local; sus modales en la mesa eran más groseros; se reía, sin alegría, pero con una especie de contento, con los chistes de sus subordinados a las horas de comer.

Varios parientes bajaron de las colinas circundantes para visitarlos. Elena no entendía a veces su mediocre latín. Hacían groseros comentarios sobre el embarazo de Elena, ya evidente, y después de sus cumplidos se ponían a hablar otra vez, con aire de satisfacción, como un hombre que se suelta un cinturón demasiado prieto, en su idioma materno. Elena no encontró entre ellos nadie a quien querer; eran una raza prosaica; algunos cultivaban sus fincas ancestrales; otros se habían aprovechado de sus parentescos para conseguir pequeños monopolios comerciales y sinecuras; muchos no se habían molestado aún en adoptar el caprichoso y nuevo patronímico «Flavio».

Pisaron las uvas, se secaron y cayeron las hojas, la primera y prematura nieve se fundió al tocar el suelo; después, al cabo de varias semanas brumosas se afianzó el invierno, duro y blanco, con helados vientos de las montañas. Elena soportó pacientemente su creciente carga, salió poco de casa, pidió prestados en la biblioteca del gerente del banco los pocos rollos de poesías que tenía, y soñó con Britania y el son del cuerno de caza en los bosques desnudos.

IV

La carrera abierta al talento

Antes de que mediara el invierno llegaron noticias del Este; primero por un correo, en una breve notificación oficial de la victoria; poco después, con mucho detalle, a través de uno de los innumerables primos militares, un joven y jactancioso centurión de infantería que llegó del campo de batalla con licencia especial.

—Todo salió conforme al plan. Hay que confiar en Aureliano. El peso de la batalla lo llevaron nuestros chicos, como de costumbre.

—¿Viste a Zenobia?

—Una vez, a distancia. En verdad es algo especial. Dicen que Aureliano no será muy riguroso con ella.

—¿Por qué? —preguntó Constancio.

—Ya que lo preguntas, te diré que el viejo se está ablandando un poco. Dejó Palmira casi intacta. No hubo matanza. Ni saqueo privado. Eso no gustó mucho a la tropa. Le cortó el pescuezo a un viejo llamado Longino.

—¿Quién era?

—No sería el gran Longino, el filósofo, ¿eh? —preguntó Elena.

—Filósofo o algo parecido. Según Zenobia, fue el inspirador de todos los disturbios. ¿Por qué me lo preguntas? ¿Tú sabías algo de él?

—En un tiempo, sí.

—Oye —dijo el pariente a Constancio—, me parece que has traído una intelectual a la familia.

—¿Qué puedes saber tú de un filósofo? —preguntó Constancio a Elena.

—No mucho. En realidad, nada.

Sin embargo, la muerte de aquel viejo lejano cuyos libros no había leído abrió otra herida en el corazón de Elena. Longino se unía ahora al sargento de zapadores en la perdida Britania de su juventud y le pareció que ahora era cuando su educación había llegado trágicamente a su fin.

—¿Y qué hay del triunfo? —preguntó Constancio.

—Todo está preparado para cuando se puedan mover las tropas. Es cuestión de transportes. ¿Tú no vas? Todos los personajes van a estar allí.

—Todavía no tengo ninguna noticia oficial.

—Aureliano se lleva todo el ejército a Roma. Eso no me gusta mucho. Los chicos nunca volverán a ser los mismos.

—Me sorprende que no me hayan informado.

—Me figuro que alguien tiene que quedar detrás para hacer el trabajo sucio. Además, tú no estuviste en la campaña, ¿verdad?

—No. No, supongo que no. De todos modos, creía que Aureliano me querría allí.

Constancio Cloro estuvo malhumorado varios días después de esa visita. Luego llegó el correo imperial y se puso de mejor humor; iba a Roma. Era su primera visita.

—Cloro, también a mí me gustaría ir.

—De eso, ni hablar.

—Ya sé que es imposible, pero siempre he querido ver un triunfo.

—Habrá muchos más —dijo Constancio.

—Recordarás todos los detalles y me los contarás cuando vuelvas, ¿eh?

—Si no me equivoco sobre Aureliano, habrá mucho que recordar.

Elena lloró aquella noche y medio reprochó al hijo de sus entrañas su vida y su poder de tenerla encarcelada. Lloró de nuevo amargamente cuando Constancio y su reducida escolta se alejaron a caballo en la nieve; después aguardó el momento.

Su hijo nació en el año nuevo. Constancio había dejado órdenes de que lo llamaran Constancia si era hembra y Constantino si era varón. Fue varón; un robusto niño aclamado como notablemente hermoso por todos los parientes de su padre.

Las madres britanas de la clase superior seguían la costumbre gala e italiana y daban sus hijos a criar; no así los ilirios, como se apresuraron unánimemente a informar a Elena los parientes de Constancio. Elena se sometió alegremente a aquella primitiva costumbre, dio de mamar al niño, le cantó canciones y lo quiso entrañablemente.

Vivía en la promesa del regreso de Constancio. Así vivía también la guarnición y la región vecina. Casi todas las familias tenían un hombre en el ejército; muchos eran veteranos de las guerras góticas que ya habían cumplido su tiempo y cuando los reclutaron para el Este estaban aguardando con ansiedad su licencia y un trozo de tierra; otros eran jóvenes, recién casados; el niño Constantino era uno de miles, de Naissus y sus alrededores, a quienes sus padres no habían visto todavía.

Constancio volvió en primavera, cuando la llanura estaba blanca de flor de ciruelo. Primero llegó un correo con órdenes para el recibimiento y preguntas por su hijo. Grupos de gente lo rodearon en el patio y le pidieron noticias de amigos y parientes, pero el correo se volvió a las montañas sin contestarles. En la guarnición se temió que algo malo hubiera ocurrido, que al ejército se lo llevaran otra vez a Oriente, que la columna estuviese azotada por una plaga. Ni una palabra de esos rumores llegó a oídos de Elena, que siguió criando al niño y repitiéndole en su cuna el mensaje de que dos días después vería a su padre.

Cuando llegó el día cabalgó a través de las huertas en flor y de las viñas para recibir a Constancio, lo encontró a cinco millas de distancia y dio la vuelta y trotó a su lado. Hablaron de Constantino y después Constancio se quedó silencioso. Detrás, también en silencio, les seguía la vanguardia del ejército del Danubio.

—¿Pasa algo malo? —dijo Elena.

—Sí. Una desgracia. Nada fatal. Una de las cosas que un soldado debe esperar.

—Dime qué es.

—Más tarde.

Y cabalgaron en silencio hasta Naissus.

La noticia, y más que noticia en cien fantásticas versiones desfiguradas, se difundió por toda la ciudad. Constancio, para rectificar los rumores, emitió una proclama. La verdad era por sí sola bastante grave. En parte hoscamente, en parte con balcánicas expresiones de dolor, los vecinos de la ciudad derribaron los floridos arcos con que habían adornado la calle y se entregaron a su duelo. Aquella noche, a solas con Elena, Constancio dio al fin rienda suelta a su dolor.

—Siete mil de mis mejores soldados, hombres que lucharon con el tío Claudio, carne y sangre de esta provincia, hechos trizas en las calles de la Ciudad... No sé qué agravio local en la Casa de la Moneda, una reyerta ciudadana... Hombres que habían combatido contra godos y sirios que pesaban tres veces más que ellos, atrapados y asesinados en los barrios bajos por una hez de esclavos y peones del circo...

Poco a poco contó Constancio el sombrío relato; el relajamiento de la disciplina después del triunfo, los soldados abriéndose paso alegremente a codazos en los mercados, viendo todo lo que había que ver, jactándose en las tabernas y baños; de pronto la revuelta concertada de media ciudad contra ellos...

—¿Qué había detrás de todo ello? No fue un mero disturbio. Los atacantes tenían armas y estaban adiestrados, contaban con dinero. ¿Qué buscan? Hay algo que no entiendo, algo subterráneo, planeado... Algunos dicen que son los judíos. En Roma hay sociedades secretas en todas partes. Nunca se sabe con quién se está conversando; el vecino de mesa en una comida puede pertenecer a una de ellas. Todas las clases están mezcladas en esas sociedades; las mujeres también; y los esclavos, los eunucos y los senadores. Quieren destruir el imperio, Dios sabe por qué. Aureliano dice que son los cristianos... Nada de eso tiene pies ni cabeza.

Se lo dijo a Elena porque era su única compañía, pero en su vergüenza y perplejidad no se dirigió a ella en busca de consuelo. No era el hombre que había salido de Naissus lleno de esperanzas. En los días siguientes, olvidada la fatiga del viaje y apagado el primer dolor de la pérdida, cuando volvió a sentirse más sereno y calculaba confiadamente en sus probabilidades de que se le prefiriera, siguió siendo un extraño para Elena. Cuando permanecía a su lado mientras ella daba de mamar al niño, y cuando se le acercaba en la cama, seguía siendo un extraño. Roma, donde florecía y se derrochaba todo el tesoro del mundo, había despojado a Constancio. Lo que alguna vez tuvo de joven se le había secado; su amor a Elena se había enfriado; la gran sombra de Constancio, que Elena había vislumbrado, perseguido y disfrutado fugazmente, se había perdido para siempre. Era un hombre a quien no le habían enseñado a ser cortés; su alma pequeña y fría no había heredado un velo de amabilidad. Elena vio todo eso en los primeros días del regreso de Constancio y lo aceptó. Como el chico espartano a quien tan a menudo —tan absurdamente, le había parecido entonces— le habían exaltado en su niñez, apretó al mordiente zorro contra sus entrañas y lo retuvo escondido.

Pero como estaban solos noche tras noche, y Constancio estaba trastornado y ofuscado por los acontecimientos de Roma, habló mucho de ellos.

—El triunfo fue algo que nunca olvidaré, algo que nunca hubiera imaginado.

—¿Hubo elefantes?

—Veinte, y cuatro tigres. La carroza de Aureliano iba tirada por cuatro ciervos; había avestruces y jirafas y animales para los cuales no hay un nombre, que nunca se han visto. A Zenobia el peso de sus joyas le hizo doblar las rodillas y apoyar las manos en el suelo... Tétrico iba tan contento, con sus pantorrilleras de color mostaza, como si hubiera sido su triunfo... Seiscientos gladiadores. En tu vida has visto nada parecido.

—No —dijo Elena—, nunca.

—Tuvimos fiestas todas las noches. Los senadores más importantes nos abrieron sus palacios. Son tipos raros. Uno de ellos colecciona juguetes mecánicos que hacen para los harenes en Persia. No se les entendía ni la mitad de lo que decían. Yo tuve a veces la impresión de que nos trataban como si fuéramos parte de los animales salvajes del desfile, pero nos dieron unas comidas copiosísimas. Todo estaba preparado para que pareciera algo distinto, perdices de azúcar, melocotones de carne picada; uno no podía decir qué era lo que comía. ¡Y qué tamaño de ciudad! Se pone uno en la cumbre de una de las colinas, mira alrededor y hasta donde alcanza la vista no se ven más que tejados. Grandes bloques de seis y siete pisos de apartamentos; y hay gente de todas las razas y colores bajo el sol, y casi no se ve ni un verdadero italiano. A mis hombres les produjo una tremenda impresión, te lo aseguro.

Al fin la conversación volvía inevitablemente a su curso natural, a la carrera de Constancio:

—Durante el primer mes apenas vi a Aureliano. Estaba constantemente con Probo, uno nuevo que ha tenido suerte en el Este. Empecé a pensar que me eludía. Después de los festejos del triunfo me llamó y tuvimos una larga conversación. Todo se va a arreglar bien. Es un gran hombre, un segundo Trajano. Empezó por plantear todas las objeciones: el Senado se estaba poniendo un poco nervioso y opinaba que nosotros, los ilirios, estábamos tomando demasiada fuerza; el ejército del Este no me conocía, y así sucesivamente. Pensé que se preparaba para decirme que había cambiado de modo de pensar; pero me dijo: «Te digo todo esto para que veas que tu nueva tarea no va a ser fácil». Nada más, pero lo dijo en el tono de otros tiempos, amistosamente. Tenía preparada la proclama para mi nombramiento y otra poniendo fuera de la ley a los cristianos. Después, para que veas lo que son las cosas, cayó un rayo en su jardín. Aureliano, hombre raro, supersticioso, se puso a consultar a varios adivinadores y a demorar la firma de documentos. Luego vino la horrible revuelta en la ciudad. Entonces decidió bruscamente partir para Persia. Dijo que iba a traer el cuerpo de Valeriano, pero, si quieres saber la verdad, te diré que teme al ejército. Tiene que mantenerlo en movimiento por temor a que se amotine. Yo esperaba que me llevase con él. Intenté verlo una y otra vez. En el momento de partir me mandó un mensaje. Me decía que volviera a Naissus. Que no me preocupara. No me había olvidado. De modo que es cuestión de esperar. Esta vez no pasará mucho tiempo.

Pero el divino Aureliano no volvió. Apenas emprendió la marcha lo asesinó su Estado Mayor en la costa del Bósforo. La noticia del acontecimiento llegó pronto a Naissus y fue recibida con lamentaciones tan generales y amargas como las de la muerte de los parientes. Constancio se quedó

estupefacto y no dio un paso. Todo el ejército pareció perder momentáneamente la confianza en sí mismo. Ningún general dio un paso adelante. Pasó un mes tras otro y el imperio yacía inerte, sin emperador. Después el Senado nombró a uno de sus miembros, un irreprochable noble de cierta edad. Las únicas objeciones fueron las de él; sabía muy bien lo que significaba el nombramiento.

Pasaron unos pocos meses y un ilirio subió otra vez al trono. Aquella vez fue Probo. Constancio sirvió pacientemente y, ascendiendo lentamente un grado tras otro, fue al cabo de algún tiempo de gobernador a Dalmacia, mientras sus rivales Caro, Diocleciano, Maximiano y Galerio se disputaban envidiosamente el poder supremo.

Constantino acababa de cumplir tres años cuando se trasladaron a Dalmacia; a veces, por una hora o cosa así, fue a caballo con su madre, a horcajadas delante de ella; otros trechos, envuelto en pieles, en un canasto hecho especialmente para él, sobre un caballo llevado de la brida. Durmió mucho, rara vez se quejó, y contempló con un interés silencioso el cambiante paisaje. A causa de la nieve siguieron la ruta que daba una vuelta por el curso del Danubio y del Save, para cruzar las montañas por el paso del norte, más fácil. Al entrar en el alto valle del Lika reorganizaron la caravana, mudaron el equipaje de los pesados vagones militares a los carros ligeros y de ruedas altas de la comarca, tomaron nuevos guías y exploradores y formaron un grupo de vanguardia que les despejara la carretera.

Elena salió de Naissus sin pena y viajó sin esperanza. Le trajeron un trineo, pero prefirió cabalgar. Día tras día siguieron los pardos surcos abiertos en la blanda superficie blanca. Al pie del paso reunieron todos los trineos de las granjas cercanas. Los carros subieron vacíos, los dejaron en la cumbre, y los caballos volvieron para arrastrar el equipaje, ocho por cada trineo y una docena de hombres a los lados, detrás y a la cabeza de los caballos, empujando, tirando y gritando hasta que todo el equipaje llegó arriba. Entonces Constancio deshizo el campamento, desayunaron, emprendieron la marcha al amanecer, a la luz de antorchas, y siguieron cabalgando todo el día hasta llegar a la primera ciudad fronteriza de su nuevo dominio.

El placer de cabalgar aquel día sorprendió a Elena, que hacía ya tiempo que no se lo esperaba. Toda la mañana escalaron la montaña; los trenes del equipaje habían dejado pelada la carretera y los caballos caminaron con paso firme y valiente. La carretera zigzagueaba por un bosque de pinos que, aun en aquella mañana, el viento frío convertía en hielo; cada rama estaba adornada con estalactitas que temblaban y brillaban al sol de la mañana; cada aguja de pino estaba envuelta en brillante y vítrea envoltura, y cuando Elena golpeaba algún arbusto con su látigo, producía una tintineante ducha de hojas de hielo en que se veía la venosa impresión de sus rígidos y verdes moldes. El sol fue subiendo a la vez que ellos y poco después del mediodía llegaron a la cumbre del paso y Constancio tiró de las riendas para inspeccionar los carros cargados. Elena cabalgó hasta un pináculo de arcilla y se encontró con una vista inmensa y espléndida.

El hielo terminaba bruscamente; seis pasos llevaron a Elena fuera de aquel invierno lunar sin ruidos y sin olores. Los pájaros cantaban a su alrededor; la ladera boscosa descendía hasta llegar a claros bancales de viñedos, olivares y huertas. Al pie, más lejos, se deslizaba un río entre un fresco paisaje de casas de campo, templos y pequeñas ciudades amuralladas. Al fondo se veía un resplandor de agua iluminada por el sol, una línea de islas moradas y grises y, más lejos, el arco azul

del mar; y a través del balsámico olor de los bosques el olfato de Elena atrapó el lejano y penetrante olor del mar de su patria. El niño estaba a su lado. «Mira, Constantino, el mar». Y el niño, notando el placer de su madre, palmoteo y repitió sin saber lo que decía: «El mar. El mar».

Ahora les daba el sol en la cara; a cada paso del descenso el aire era más caliente y más rico; a medio camino Elena se desabrochó el corto saco de piel de oso de Dacia que había usado en el viaje y lo tiró alegremente a los carreros. Aquella noche se detuvieron en la fortaleza que guardaba el paso y acudió la gente a recibirlos con jarros de vino dulce y cestas de higos, azucarados y puestos capa sobre capa separados por hojas de laurel. Al día siguiente llegaron al mar.

La casa de gobierno estaba en una caleta resguardada del mar abierto por una boscosa isleta dedicada a Poseidón. No era una construcción oficial nueva. Había sido palacio de verano de los antiguos reyes de Iliria y antes, según la tradición, castillo de piratas griegos. Detrás de su nueva fachada de estilo Vitruvio subía la colina en una serie de terrazas irregulares y de jardines cubiertos con arcos donde los jardineros, al cortar clemátides, dejaban a la vista capitulios de mármol y placas talladas en tiempos de Praxíteles. Allí gobernó Constancio su provincia con justicia y moderación. Desarraigado de su país natal y alejado de sus parientes, asumió una actitud que entre sus súbditos pasaba por dignidad. El imperio estaba empeñado en guerras feroces en todas sus fronteras; Probo tuvo sus tropiezos, haciendo a través de arenas y ciénagas una carnicería de sármatas e isauros, egipcios y francos, borgoñones y batavios; sus hoscos jefes de Estado Mayor ilirios, Caro, Diocleciano, Maximiano y Galerio seguían a sus águilas, lo observaban y calculaban sus probabilidades. Una o dos veces el propio Constancio salió a pelear en batallas victoriosas en la frontera. Las noticias de esas victorias llegaron pronto a Dalmacia y fueron recibidas con el adecuado regocijo oficial. Pero en aquella fértil y populosa llanura entre las montañas y el mar sonreía la paz; se cumplían las leyes, se honraba a los viejos dioses, se tejían exquisitas alfombras, se adornaban con cariño las casas particulares, se fermentaba el mosto, el aceite caía a tinajas de barro; allí aprendió Constantino sus primeras letras, cabalgó su primer caballito, practicó con el arco y la espada; allí tomó Constancio una amante, una mala mujer de Drepanum que le llevaba diez años, y parecía satisfecho.

Y allí, tímida e impulsiva, en bruscas alternativas y pausas, como jugando con sus afectos el juego infantil de «los pasos de la abuela», Elena hizo una amiga, una viuda retirada de los desórdenes de Roma, benévola dueña de una casa tan grande como la suya, mecenas de las artes locales. Con ella, a su tiempo, llegó Elena a conversar casi sin reservas.

—Es raro —dijo un día— que Cloro se haya enredado con esa mujer que no tiene ni cara de buena. Ocurren muchas cosas que no se esperan. Yo sabía que, al envejecer yo, él buscaría otra mujer más joven. Eso suelen hacer los hombres. Papá también lo hizo. Pero no esperaba que me dejara tan pronto por alguien que me dobla los años. Me figuro que eso es lo que quería todo el tiempo, que no me quería a mí. Si la gente supiera lo que quiere...

—Elena, casi no has llegado a ser mujer y a veces hablas como si tu vida hubiera acabado.

—Y ha acabado; al menos, lo que yo creía que era la vida... Como la de Helena a la caída de Troya.

—Querida, ahora la gente se casa una y otra vez.

—Yo no —replicó Elena—. Ahora tengo a Constantino, pero crecerá y entonces todo habrá pasado mucho antes de lo que me figuraba.

—Hace veinte años que salí de Roma —dijo la amiga de Elena—. Desde entonces no he visto a ninguna de mis antiguas amistades; tengo nietos cuyos nombres no puedo recordar. Me figuro que en Roma todos me dan por muerta. Sin embargo, aquí estoy, bien y alegre, ocupada todo el día, sin hacer daño a nadie y haciendo bien a algunos, con el jardín más hermoso de la costa y una colección de bronce. ¿No llamas a eso una vida plena?

—No, Calpurnia; en realidad, no —dijo Elena.

De pronto, por primera vez desde que podía recordarse, el imperio tuvo paz. Los bárbaros fueron contenidos y castigados a todo lo largo de la frontera. Por primera vez se presentó una oportunidad para la restauración. El salvador del mundo civilizado era Probo, que dedicó sus energías a la paz. En las marismas de Sirmium se inició una gran empresa. Probo iba a desecarlas, plantarlas y colonizarlas con sus victoriosos y fieles veteranos. Dirigió las obras personalmente. Un día caluroso los hombres se aburrieron, persiguieron al emperador hasta lo alto de una torre y lo asesinaron.

Cuando llegó a Salona la noticia de este incidente, Elena dijo:

—Eso debiera hacer a Cloro más feliz de que no se acuerden de él.

—¿No se acuerdan de él?

—No; todos lo han olvidado.

Pero eso no era cierto. El nuevo emperador fue Caro y decidió atacar a los persas, pero antes de embarcar para allá cruzó el Adriático, visitó a Constancio y conversó largamente con él en el preciso latín de las universidades. Era un soldado calvo, viejo y endurecido, pero un caballero.

—Yo serví bajo tu tío abuelo Claudio —dijo a Constancio—. Él me dio mi primer mando. Conocí bien a Aureliano, quien tenía gran fe en ti. Claudio y Aureliano eran grandes hombres. Se diría que ya no hay en el ejército esa clase de hombres. Por una razón o por otra el molde se rompió hace sesenta años. Los jóvenes, Calerio, Diocleciano y Numeriano, sabes tan bien como yo cómo son. Yo no los puedo soportar. ¿Conoces a Carino, mi chico? A veces pienso que anda mal de la cabeza. ¿Y sabes lo que he tenido que hacer? Encargarle de Roma, simplemente porque no puedo encontrar otro mejor. Ya ves cómo andan las cosas. Me figuro que habrás oído que Carino no lo está haciendo bien.

Constancio observó cortésmente que había oído rumores, pero que no los creía.

—Digan lo que digan, no puede ser mucho peor que la verdad. Ha nombrado cónsul a uno que vive de las mujeres, y gobernador de la ciudad a su portero. Hasta emplea a un falsificador profesional para que firme sus cartas. No es que a los romanos les importe. Eso les hace mucha gracia, pero las cosas no pueden seguir así. En cuanto vuelva yo de Persia voy a poner remedio. Por eso he venido a verte. Te doy el Oeste. Has actuado bien aquí. Has actuado bien en todas partes. Eres el hombre para el puesto. Si en Roma las cosas van demasiado lejos o si ocurre algo, tienes que intervenir inmediatamente y *actuar*. Ya sé que puedo confiar en ti.

No era la primera vez que Constancio Cloro oía eso. Ahora lo oyó con menos alborozo, pero se

sintió contento. Su momento, demorado mucho tiempo, había llegado. Se lo dijo a Elena y Elena lo oyó con más indiferencia que de costumbre. Parecía no tener importancia ahora y, de todos modos, quizá no ocurriera.

Al día siguiente Caro se volvió a su ejército.

Pasaron los meses. Llegaron del Este y del Oeste noticias del constante avance y las repetidas victorias de Caro, de la relajada conducta de Carino; cayeron Seleucia y Ctesifonte; las águilas estaban a orillas del Tigris, lo cruzaron y siguieron adelante hacia Persia. Carino había organizado una batalla entre avestruces y cocodrilos.

Un día llegó el mensaje familiar, paralizador. El emperador había muerto, abrasado en su tienda por un asesino, por un rayo, nadie sabía cómo. En todas partes proclamaban a Carino y Numeriano.

Y Constancio no hizo nada.

En aquella oportunidad que le ofrecía su estrella cayó en un misterioso letargo. Fue solo a la costa, a una casita de campo que tenía, y semana tras semana no recibió a ningún mensajero. Ni su mujer ni su amante tenían noticias de él ni el menor indicio de lo que pudiera estar pensando.

Cuando salió de su escondite todo había pasado. Numeriano había muerto; Apar, el prefecto pretoriano, había muerto, asesinado en plena Corte por Diocleciano, y el ejército volvía hacia Roma bajo el mando de Diocleciano. Pronto iba a morir Carino también, apuñalado por un tribuno cornudo, y Diocleciano, hijo de esclavo, iba a gobernar el mundo.

Durante siete años más Constancio siguió siendo gobernador de Dalmacia. Constantino tenía un maestro de letras y de armas y los juegos de infancia se convirtieron en duros ejercicios de adolescencia; tenía una inteligencia despierta y era bien parecido y cariñoso. Lloró al leer la muerte de Héctor:

—*Odio* a Aquiles, ¿tú no, mamá? Ojalá ganaran los troyanos.

—Sí, también yo solía desearlo, aunque Paris no era muy simpático, ¿verdad?

—Oh, no lo sé. De todos modos, se salió con la suya.

—También Menelao, al fin.

—¿Tú crees que todavía la quería?

Constantino tenía su propia lancha y un pescador a su servicio; juntos salían a vela más allá de las islas y, al regresar a casa por la mañana, sonrosado, con el pelo enmarañado, se presentaba en el comedor a la hora de desayunar y, orgulloso como un perro con una rata, dejaba al lado de su madre su cesta goteante. El chico había salido poco a su padre, salvo por momentos de mal humor cuando no resultaban bien algunos de sus pequeños planes; cedía pronto ante las bromas de Elena.

—Eres un pequeño britano —le dijo Elena una vez.

—Que no te oiga papá eso.

—No, no conviene.

—Papá dice que soy ilirio y que ésa es una raza de emperadores. Yo seré emperador un día.

—Dios no lo quiera —replicó Elena.

—¿No quieres que lo sea? ¿Por qué no, mamá? Dime. No le diré nada a papá.

—El emperador tiene en su contra a todos los enemigos del mundo.

—¿Y qué? Ya les arreglaré yo. Papá dice que me lo vaticina mi estrella.

Elena contó a su amiga esa conversación.

—Ya ves que no ha abandonado su idea.

Pero Constancio ya no revelaba sus pensamientos. En aquella soledad, interrumpida únicamente por noticias de muertes, había pasado un periodo climatérico; algo le había ocurrido, una sacudida o redistribución interna, un mover el calidoscopio, algo como lo que había experimentado en Roma en el triunfo de Aureliano. (Aquellos «Flavios» tenían propensión a cambios súbitos. Así llegó Constantino a la gloria).

Constancio vivía ahora solo, salvo cuando estaba con sus tropas. Elena pasaba días sin oír su voz. Completamente solo; no se vio más en el patio el palanquín de la mujer bitinia. Constantino llegó un día muy impresionado de la pesca.

—Mamá, ¿qué crees que hemos pescado hoy? Un cadáver.

—¡Qué horrible!

—No puedes imaginarte lo horrible que era. Era una mujer. Marcos dijo que llevaba varias semanas en el agua; tenía completamente negra la cara y estaba hinchada como un pellejo de vino. Y, mamá, no se había ahogado; en el cuello tenía una cuerda muy prieta y hundida en la carne. Yo no la hubiera notado si Marcos no me lo hubiera dicho.

—Querido, hizo una bestialidad en decírtelo y haces muy mal en estar tan excitado. Debes procurar olvidarlo.

—Nunca lo podré olvidar.

Aquella noche, cuando Elena fue a darle el beso de buenas noches, lo encontró muy alerta y sin sueño.

—Mamá, Marcos y yo sabemos quién era aquella mujer. La dama de papá. Marcos lo supo por la pulsera que tenía puesta. Apenas se le veía porque tenía la muñeca muy hinchada.

Constancio se hizo muy raro para la comida y renunció a las judías y a la carne y a veces ayunaba un día entero. Iba a menudo a caballo, hasta dos veces por semana, a su casa de la costa. Pero su trabajo no padecía. Cualesquiera que fuesen los horarios que observaba, era puntual en el juzgado, justo y moderado; nunca firmaba un papel sin leerlo; corregía los informes de adiestramiento del ejército y examinaba las cuentas.

—¿Qué hace en aquella casa de la costa? —preguntó Elena—. Se me figura que tiene otra mujer vieja y antipática.

—A mí me hace el efecto, querida, de que le ha dado por la religión.

Era cierto, la sencilla explicación de la nueva vida de Constancio, de su aversión a las judías, del hinchado horror de lo que se enganchó en el anzuelo de Constantino.

Mucho antes, siendo subalterno, lo habían iniciado en el culto de Mitra. Se celebraban varias extrañas ceremonias regimentales a las cuales se sometían los nuevos oficiales. Constancio aceptó la iniciación como una de ellas. No le causó gran impresión. El ayudante lo llevó por apartadas callejuelas de la guarnición hasta una puerta que no tenía nada de aparatosa. Le vendaron los ojos, le ataron las manos con tripa caliente y lo llevaron escaleras abajo hasta un lugar silencioso y cálido. Allí juró aceptar los castigos más extremados si alguna vez revelaba lo que le iban a decir. Entonces le dijeron el Secreto y Constancio lo repitió como había repetido el juramento, palabra por palabra, siguiendo a su director. Para él no tenía ningún significado; fue un rosario de raras palabras persas, los nombres, según le dijeron después, de siete diablos menores, esbirros de Arimán, nombres especiales con cuyo uso se les podía aplacar. Luego le quitaron la venda y vio una cámara alumbrada por una lámpara, un bajorrelieve de lidia de toros y, en su inmediata proximidad, las caras familiares y amistosas de media oficialidad. Mientras estuvo con su regimiento asistió de vez en cuando a las ceremonias, vio cómo iniciaban a otros como le habían iniciado a él, oyó hablar de grados más altos de ilustración y de secretos más profundos. Después anduvo de un lado para otro, aislado, y no volvió a acordarse de aquellas reuniones fraternales.

Todavía no había cumplido veinte años. Su camino lo veía recto y despejado. No pedía guía ni sostén en el viaje que le esperaba. Ahora, cuando ya iba a dejar atrás la juventud, escaso de pelo, solo, un poco dejado de lado, cuando las pasiones se le iban avinagrando dentro, atrapado como en un sueño por la red del gladiador, helándose en su propio y perpetuo invierno, buscó la oculta ayuda que se le ofreció en su libre juventud.

Cerca de su casita de campo había una cueva muy conocida como lugar de misterios. El terreno, en unas hectáreas alrededor, estaba rodeado por un muro y dejado sin labrar, salvo una huertita situada detrás de la casa sacerdotal; un sendero sin pavimentar conducía a través de pinos y peñas a la boca de una cueva a la orilla del mar. Allí se reunían ciertas noches del mes los encapuchados devotos que procedían de cuarteles y almacenes, hombres de todas categorías y que no se conocían entre ellos en otra parte y después de los ritos se dispersaban de nuevo silenciosamente para dedicarse a sus asuntos.

Durante el interregno, un día en que Constancio caminaba de un lado para otro en la agonía de la indecisión, le visitó en la casita de campo el sacerdote para pedirle una ayuda económica. Constancio lo recibió con la debida condescendencia.

—En un tiempo yo fui Cuervo en Nicomedia, padre.

—Ya lo sé —al sacerdote le incumbía saber esa clase de cosas—. ¿Cuánto tiempo hace que no asiste a los misterios?

—Debe de hacer unos diecisiete años; más, dieciocho.

—Creo que ahora está en condiciones de volver.

El sacerdote había asumido autoridad; ya no eran el gobernador general y un súbdito, sino un discípulo y el catequista, un penitente y el confesor. El sacerdote habló, en términos abstrusos y

alegóricos, de cuestiones que Constancio nunca había considerado; mucho de lo que dijo carecía de sentido, pero por todo ello corría un solo hilo inteligible. Luz, liberación, purificación; una salida.

Día tras día fue el sacerdote a la casita de campo. Poco después Constancio se unió a la congregación en la cueva. Ayunó y se bañó; aceptó el velo de Crifio y la marca del Soldado. Y no pasó de ahí. El sacerdote le exhortó a que se preparara para la miel y las cenizas.

—No ha pasado usted del umbral. Lo único que ha hecho hasta ahora es una simple preparación. Está todavía muy lejos en la oscuridad. Más allá del León está el Persa, más allá el Cortesano del Sol, más allá el Padre, eso lo sabemos, pero más allá hay otro grado del que no hablamos, que no conocemos más que por su exterior, donde no hay materia ni oscuridad, donde no hay sino luz y está el Inefable.

—Esas cosas no son para mí, padre.

—Son para todos los que las buscan.

—Yo estoy satisfecho.

Constancio había encontrado lo que buscaba, aquello sin lo cual su talento no le servía para nada; no pedía más.

Asistió a la cueva con regularidad. Persistía en su única oración por la liberación, la purificación, por el poder a través de la libertad y la pureza. En la misma noche que a él admitieron como Soldado a un pañero que a las primeras encantaciones rítmicas se ponía invariablemente rígido, con los ojos saltones y los dientes castañeteantes, y se retorció espasmódicamente en unas atroces convulsiones profiriendo unos gritos agudos sin decir palabra. Aquel hombre ascendió rápidamente a planos más altos y dejó de aparecer en las reuniones a las que asistía Constancio. Muchos dejaron a Constancio atrás en la carrera hacia la ilustración. Constancio no compitió; un mes tras otro siguió extrayendo fuerza del divino torero para la sencilla y terrenal tarea que se había propuesto a sí mismo.

Cuando Constantino tuvo catorce años su padre lo llevó al *mitraeum*.

—¿Te gustó, hijo? —le preguntó después Elena.

—De estas cosas no hablamos a las mujeres, ¿verdad, padre? —le contestó su hijo.

—¿Qué es lo que *hacen*? —le preguntó Elena más tarde a Calpurnia.

—Creo que se visten aparatosamente. A los hombres les gusta eso. Y se representan una especie de comedias unos a otros y cantan himnos y celebran sus sacrificios habituales.

—¿Y por qué hacen tanto secreto de eso?

—Ésa es la mitad del atractivo. Con eso no se hace ningún daño.

—Espero que no. Todo eso me suena muy raro. Constantino ha venido a casa diciendo que es un Cuervo.

Elena insistió en que su marido le informara.

—No hay inconveniente en que lo sepas en términos generales —le dijo Constancio—. Es muy hermoso —y le habló de Mitra. Se lo contó bien y Elena le escuchó con mucha atención, y cuando

Constancio terminó, le preguntó:

—¿Dónde?

—¿Dónde qué?

—¿Dónde ocurrió eso? Dices que el toro se escondió en una cueva y que el mundo fue creado con su sangre. ¿Dónde estaba la cueva cuando no existía el mundo?

—Ésa es una pregunta muy infantil.

—¿Te parece? ¿Y *cuándo* ocurrió eso? ¿Cómo lo sabes, si allí no había nadie? Y si el primer pensamiento de Ormuz fue el toro y hubo que matarlo para crear el mundo, ¿por qué no empezó Ormuz por pensar en primer término en el mundo? Y si el mundo es sinónimo del mal, ¿por qué mató Mitra al toro?

—Si no te propones más que ser irreverente, lamento habértelo dicho.

—Me limito a preguntar. Lo que quiero saber es si realmente tú crees todo eso. Si crees que Mitra mató al toro, como crees que el tío Claudio venció a los godos.

—Veo que hablar de eso contigo no sirve para nada.

Y Constancio siguió su vago camino, sin buscar ni la simple verdad ni el éxtasis, amansando a los acechantes poderes de la oscuridad con la continencia y una dieta de huevos, y Constantino se fue haciendo un hombrecito valiente, y Elena fue perdiendo su juventud sin pena y en etapas imperceptibles.

Diocleciano había dividido el imperio con Maximiano, dejándole las batallonas fronteras del Oeste y envolviéndose en el intrincado caparazón del protocolo cortesano en Nicomedia. Al fin llamaron a Constancio allí.

Llevaba ya un año esperando hosco, tranquilo y esperanzado. La llamada fue como si una larga gestación, complicada al principio con alarmas y caprichos, acabara al fin en un parto feliz.

—Esto es indudablemente algo muy importante —dijo al recibir el despacho del emperador.

—Sí —dijo Elena tristemente—, otro traslado.

—Tengo verdadero interés en ver todos los cambios ocurridos en Nicomedia. Diocleciano la ha modernizado totalmente. Ahora la llaman Nueva Roma.

—¿De veras? —replicó Elena tristemente. Le parecía un nombre de mal agüero.

Constancio volvió pronto, resplandeciente, demasiado aparatoso en su vestimenta imperial.

—¡Cloro, la púrpura!

No le iba bien al color de su tez.

—Sí, al fin.

—Siempre quisiste tenerla, ¿verdad?

—Ha tardado mucho tiempo en llegar y ahora todo ha ocurrido con tal rapidez y suavidad que me cuesta trabajo creer que es cierto. Nunca creerías cómo vive Diocleciano. La gente solía decir a veces que Aurelio exageraba las cosas, pero deberían ver a Diocleciano vestido con todas sus galas de Corte. Hay que caminar a gatas para ir a besarle el borde de su túnica. En mi vida he visto a nadie tan azarado como el viejo Maximiano con una piña de oro en la mano y vestido con un ropaje tan rígido con su encaje de oro y joyas, que casi no podía moverse. Tuvimos que estar de pie detrás de Diocleciano durante dos o tres horas mientras llegaban arrastrándose más y más individuos —funcionarios y embajadores—, todos con discursos que evidentemente habían tardado varias semanas en preparar. Tan fantásticos, tan floridos eran, que al principio no podía yo creer que los dijeran en serio. No creo que Diocleciano entendiera ni una palabra. Parecía disecado, como Valeriano. Después nos llamó a tres de nosotros, a Maximiano, a Galerio y a mí, a su despacho. Debías haber visto el cambio. Se quitó su manto, se sentó en mangas de camisa y dijo: «Ordenes, señores», como si estuviera en una reunión del Estado Mayor en el campo de batalla. Lo tenía precisado todo hasta el último detalle. A nosotros no nos quedaba más que aceptar. Diocleciano y Maximiano han adoptado un César, yo para el Oeste, Galerio para el Este. Cuando ellos mueran seremos emperadores automáticamente. No habrá más sucesiones disputadas. Tanto aguardar, y cuando ocurre es tan sencillo como ascender a un nuevo centurión.

Constancio, envuelto en su purpúreo manto, estaba como en un trance por el misterio del éxito. Y recurriendo sin intención, como fruto de su felicidad, al antiguo y cariñoso apelativo que le dirigía, añadió:

—Hubo épocas, palafrenera, en que creía que no llegaría nunca.

—Me alegro por ti, querido. ¿Cuándo nos vamos?

—¡Ah! —exclamó Constancio—. No te he dicho todavía una parte del plan. Me he vuelto a casar.

Elena se quedó estupefacta. Constancio hizo una pausa y, como Elena no dijo nada, prosiguió afablemente:

—No le des importancia. En eso no hay nada personal. También Galerio tenía mujer, una chica a quien quería mucho, y se ha tenido que divorciar. Diocleciano tenía preparados los documentos de divorcio para que los firmáramos; todos perfectamente legales y sin tacha. Yo me he casado con Teodora, la hija de Maximiano. No sé qué cara tiene; no la he visto todavía. Se va a reunir conmigo en Tréveris.

Elena no dijo nada tampoco y siguieron sentados en silencio, aparte, cada uno con sus propios pensamientos; cuán aparte estaban se vio en cuanto Constancio habló de nuevo:

—Si hubiera ocurrido antes o de cualquier otra manera, quizá estuviera yo muerto ahora —dijo reverentemente.

Al fin Elena dijo:

—¿Ha decidido Diocleciano lo que va a ser de mí?

—¿De ti? Lo que quieras. Yo, en tu lugar, me casaría y me instalaría en alguna parte.

—En ese caso, ¿puedo volver a Britania con Constantino?

—Eso es imposible. En este momento hay en Britania una rebelión muy fea. Además voy a mandar al chico a otro sitio.

—¿Que lo vas a mandar? ¿Adónde?

—A Nicomedia. Ya es hora de que empiece su instrucción política.

—¿Podría ir yo con él?

—No, imposible. Pero puedes ir a cualquier otra parte. Tienes todo el imperio para elegir. Mira, están encendiendo una fogata. Es conmovedor. ¡Tan espontáneamente!

En la isla de Poseidón, frente al palacio, se encendió y difundió una luz anaranjada; los guardas se habían puesto a erigir una pira en cuanto llegaron los jinetes de vanguardia con la noticia de la elevación de Constancio. Elena los había visto trabajar aquella tarde y no sabía lo que pudieran estar haciendo. Contra la luz se perfilaban grupos que alimentaban las llamas. Lanchas llenas de gente cantando cruzaban desde la costa oscura hasta la fogata. El primer humo resinoso llegó a la terraza donde estaban sentados Constancio y Elena. Ramas de pino y mirto se encendían y crujían; pronto prendieron troncos grandes y las llamas, amarillas en la raíz, rojas más arriba, ocultas por el humo punzante y retorciéndose, rompieron en lenguas de fuego y una lluvia de chispas.

Los criados del palacio, aplaudiendo y riéndose, corrieron a la terraza inferior, al borde del mar; los hombres de la isla profirieron vítores; de la orilla se destacaban más lanchas.

—¿Qué has dicho? —preguntó Constancio.

—Nada. Estaba conversando conmigo misma.

—Me pareció que hablabas del incendio de Troya.

—¿De veras? No lo sé. Quizá lo haya dicho.

—Es una comparación muy poco adecuada —dijo Constancio Cloro.

El puesto de honor es un puesto privado

Elena vivió sola durante trece años. Su cabello perdió su encendido color, y como Elena despreciaba los tintes, lo llevó siempre cubierto por un chal de seda. Engordó de miembros y cuerpo, se tenía más firme, se movía más resuelta, hablaba con autoridad y decisión, contó cuidadosamente cuánto poseía, dio órdenes y se ocupó de que las cumplieran. Al elevarse Constancio se mudó de la casa de gobierno a la casita de campo de aquél, compró e hizo cercar una gran finca y la hizo prosperar. Conocía a cada hombre y bestia del lugar y lo que daba cada plantación; su vino obtenía un buen precio en el mercado de Salona. Hacia el oeste, por el lado del mar, las grandes olas golpeaban y rompían contra las islas que abrigaban la costa; hacia el este, en invierno, en los altos bosques dináricos había unas terribles tempestades de nieve que los habitantes de la llanura nunca sentían y de las que no veían más que una intensa mancha azul en la cumbre de las montañas y los destrozos que venían arrastrados por el canal, al que no llegaba la marea para que los recogieran los chicos. Allí, entre adelfas y mirtos, lagartos y cigarras, depositó suavemente Elena la carga de su ser de mujer. Allí, lejos de su patria, creía que se moriría cuando le llegara su momento.

Constancio reinó sosegadamente en Galia. Constantino siguió la fortuna de Galerio en el ejército del Este. El feroz Maximiano galleó ante italianos y africanos. La obra del imperio prosperó, en todas partes se restauraron y extendieron las fronteras, se acumularon tesoros. Pero apartado de miradas en las costas del Propontis, allí donde los chambelanes se tenían como muñecos inmóviles como aquel ser disecado que pendió en la corte persa, y los eunucos se escurrían como hormigas en cuanto pasaba un soldado; en la celda más interna del fétido termitero del poder, Diocleciano, consumido por un enorme aburrimiento, pensaba enfermizamente en el hogar de su infancia.

Ordenó que le construyeran una casa refugio en la costa del Adriático. En toda la provincia se sintió la fiebre del trabajo, en una ladera talaron todos los árboles, en la bahía entraron barcos de suministros. Las murallas crecieron a una velocidad sorprendente.

Elena y Calpurnia hablaron del nuevo palacio como del «adefesio». Cuando ya estaba casi terminado fueron en coche a inspeccionarlo. Tenía el tamaño de una ciudad militar; habían vaciado las granjas vecinas y los campos quedaron apisonados y yermos. El palacio estaba situado en un nuevo desierto producido por su construcción. El polvo de las obras, pisado hasta convertirse en una pasta con las lluvias recientes, se les pegó a Elena y Calpurnia en los pies cuando siguieron al jefe de obra a lo largo de túneles abovedados y cavernas de piedra recién tallada. Caminaron penosamente durante una hora por el barro blancuzco. Les enseñaron las cabrias, las mezcladoras de argamasa, el sistema de calefacción central, todo ello del último modelo. A su alrededor y sobre sus cabezas se afanaban cuadrillas de obreros con cuerdas y montacargas, arrastrando grandes bloques sobre rampas y rodillos, columpiándolos para ponerlos en su sitio; hábiles artesanos, a horcajadas en los andamios, tallaban hora tras hora, vara tras vara, las regulares volutas de adorno. Las dos mujeres hicieron los correspondientes comentarios sobre la escala y la eficiencia del trabajo, se despidieron graciosamente y cuando se vieron a solas en el coche se miraron una a otra consternadas.

—Este estilo no lo aprobarían nunca en Britania —dijo al fin Elena.

—Me figuro que es muy moderno, querida.

—No hay ni una ventana en todo el palacio.

—¡En esta costa tan hermosa!

—No he conocido a Diocleciano. Mi marido lo respetaba mucho, pero no creo que pueda ser muy simpático.

—La costa nunca volverá a ser la misma si viene a vivir aquí.

—Quizá no venga nunca. A menudo los emperadores no hacen lo que quieren.

Pero Diocleciano llegó antes de lo que esperaban, antes de que estuviera amueblado el palacio; sin música, con una legión de hombres silenciosos que rodeaban una litera en torno a la cual trotaban secretarios y médicos. Todos desaparecieron en el nuevo palacio como los gnomos en la roca del cuento que a Elena le contara muchos años antes su niñera en Colchester. Según rumores, el emperador estaba muriéndose; pero al cabo de seis meses la procesión emergió del palacio y se dirigió hacia el este por la carretera de Nicomedia. Otros rumores dijeron que Diocleciano no volvería; los dálmatas observaron, escucharon y siguieron ceñudos.

—Creo que me voy a ir de aquí. No podría ser feliz si ese hombre se instala tan cerca. Vámonos juntas a Italia —dijo Calpurnia.

—Yo no pienso moverme más. Se me ha pasado ya el tiempo de eso. En un tiempo quise viajar a Troya y Roma. Más tarde lo único que quería era volver a Britania. Ahora, emperadores o no emperadores, he echado raíces aquí.

—Dicen que Constancio va a ser emperador de Occidente. Por eso ha ido Diocleciano a Nicomedia. Diocleciano y Maximiano se retiran.

—¡Pobre Cloro! —dijo Elena—. Ha tenido que esperar mucho tiempo. Ahora debe de ser ya un soldado viejo. Espero que todavía pueda disfrutarlo. ¡Lo ha deseado tanto!

—Las cosas van a cambiar para Constantino.

—Dios no lo quiera. Si se mantuviera apartado de la política, a veces tengo la esperanza de que un día, cuando termine su servicio, quiera volver aquí y quedarse conmigo. Ahora está casado y tiene un hijo. Yo les he preparado bien esto. Exactamente como para un coronel retirado. ¡Si se mantuviera apartado de la política!

—Es mucho pedir al hijo de un emperador.

—Oh, Cloro tiene su propia esposa pública y muchos hijos públicos. Constantino y yo somos privados.

Elena recibía frecuentes noticias de Constantino en cartas cumplidoras y solícitas desde Egipto y Siria, Persia y Armenia; recibía también numerosos regalos exóticos.

Su retrato, realizado por un griego, colgaba en el dormitorio de Elena. Se decía que Constantino era un militar atlético y serio, favorito en los campamentos y en la Corte. Todo licenciado del ejército del Este encontraba hospitalidad en casa de Elena y recompensa por sus noticias. De

Minervina, la mujer de Constantino, sabía muy poca cosa.

—Me figuro que Cloro no escribió mucho de mí. Al nieto le han llamado Crispo, nombre de familia entre los «Flavios». Creo que bien podría olvidar su vínculo moesio.

—Quizá se enorgullezca de él.

—No puede. ¡De una gente tan sosa, tan arribista!

—Es lo que más se aproxima entre nosotros a una familia real.

—También eso tiene que olvidarlo.

Elena compró más terreno, aunque los precios iban subiendo en toda la costa desde que Diocleciano empezó a construir allí. Empezó también unas obras de drenaje en una ciénaga salada:

—Constantino está acostumbrado a grandes empresas —explicó—. Querrá estar atareado.

Plantó hileras de plantitas de olivar de una clase española especial que crecía despacio pero daba mucho fruto:

—Quizá Constantino esté aquí antes de que den fruto.

Constantino era el foco de todos sus planes.

Al fin, después de trece años, llegó Constantino inesperadamente y todos los planes de Elena cayeron por tierra.

Llegó al anochecer:

—Partiremos al amanecer —dijo—. Tú también, madre.

Constantino era tal como ella se lo había imaginado, el retrato lleno de vida, grande, cariñoso y un tanto formidable.

—Hijo mío, yo no puedo ir a ninguna parte por el momento.

—Ya te explicaré después. Tengo que ocuparme de los caballos mientras haya luz. Minervina está afuera con el chico. Mira si necesitan algo.

Lo primero era lo primero; Elena fue al vestíbulo, donde encontró, acurrucada en un asiento de mármol, como la habían dejado, a una joven casi insensible y a un niño pequeño.

—Soy la madre de Constantino. Me parece que estás extenuada.

Minervina se echó a llorar.

—Mamá siempre está cansada —dijo el niño—. Yo siempre estoy hambriento —lo dijo caminando de un lado para otro tranquilo y curioso—. No tengo ni pizca de sueño.

Los criados trajeron las alforjas.

—¿Quieres comer algo ahora —preguntó Elena a su nuera—, o tomar un baño?

—Comer, no; no quiero más que tumbarme.

Elena la llevó a una habitación. Una doncella intentó ayudarla, pero en cuanto le sacaron las botas

se tendió de espaldas en la cama, se dio la vuelta para ponerse de cara a la pared y se quedó dormida. Elena la miró un momento y después sacó a Crispo de la habitación.

—¡Qué viaje hemos hecho! —dijo Crispo—. Papá dispuso que desjarretaran a todos los caballos de posta que íbamos dejando atrás. Anoche no nos acostamos. Nos tendimos un rato sobre paja en una posada.

—Vamos a ver si encontramos algo de cenar. Yo soy tu abuela.

—Mi abuelo es emperador. ¿Tú eres emperatriz?

—No.

—Entonces no puedes ser mi *verdadera* abuela. Papá dice que yo tenía otro abuelo, pero tampoco es verdadero. ¿Podemos bajar al mar?

—Mañana, tal vez.

—Mañana tenemos que seguir viaje. Cuando sea emperador voy a ser marino.

—¿Quieres ser emperador, Crispo?

—Naturalmente. Hay dos clases de emperadores: el bueno y el malo. El mal emperador trata de impedirnos llegar hasta el buen emperador, mi abuelo, pero no lo conseguirá. Hemos sido demasiado rápidos y hemos acabado con sus caballos.

—Empieza la disgregación —dijo Constantino después de comer—. Mientras estaba Diocleciano hubo cohesión, pero ahora habrá jaleos en todas partes. Tienes que venir al territorio de mi padre.

—Hijo mío, ¿quién se va a preocupar de una mujer como yo, que vive tranquilamente una vida privada?

—No entiendes de política moderna, mamá. Actualmente no hay vidas privadas. Eres mi madre, y eso le bastará a Galerio.

—Y tú eres tribuno en el ejército de Galerio. Deberías estar con tus hombres, no galopando a través de los Balcanes y dejando rengos a muchos buenos caballos.

—No tenía otra elección. Cuando los historiadores se ocupen de mí dirán que si quiero vivir debo decidirme a gobernar.

—¡Ah, la *historia*! Viviendo aquí sola año tras año he leído bastante. Mantente apartado de la historia, Constantino. Quédate y ve lo que he hecho, las talas, los drenajes y las plantaciones. Eso es mejor que la historia. Si me voy, todo se echará a perder.

—Mamá, todo el imperio se va a echar a perder. Hace ya un siglo que no nos sostenemos más que con baladronadas y suerte. La gente parece pensar que el imperio es eterno, se queda en casa, lee a Virgilio y supone que todo va a seguir como antes sin ningún esfuerzo de nadie. En la frontera he visto toda una provincia echada a perder en una temporada. Últimamente me ha obsesionado una visión de lo que podría ocurrir un día si dejáramos de luchar: un mundo polvoriento, con todos los canales de África y Mesopotamia secos y los acueductos de Europa cortados, una línea de arcos

rotos aquí y allí en un mundo muerto dividido entre mil jefes bárbaros disputando unos con otros.

—Y tú vas ahora a juntar las fuerzas bajo el divino Maximiano —dijo Elena—. ¿Eso va a salvar al mundo?

—Divino —replicó Constantino—. ¿Supones que hay alguien que cree realmente que Maximiano es un dios? ¿Hay alguien que crea en alguno de los dioses, ni siquiera en Augusto o Apolo?

—¡Tantos dioses! —dijo Elena, contagiándose del estado de ánimo de su hijo—. ¡Cada día más! Nadie puede creer en todos ellos.

—¿Sabes lo que mantiene la cohesión del mundo? No son los dioses, ni la ley, ni el ejército. Un nombre, nada más. La rancia y vieja superstición de la santidad del nombre de Roma, una ficción ya anticuada en doscientos años.

—No me gusta oírte hablar así, Constantino.

—Claro que no. Da gracias a Dios de que todavía hay millones de personas anticuadas como tú que se sienten un poco incómodas cuando se menciona a Roma. Eso es lo que mantiene la cohesión en el mundo, ese sentimiento levemente incómodo. Nadie siente eso sobre Milán o Nicomedia aunque políticamente son ahora ciudades importantes. Esa es la santidad... ¡Si pudiéramos conseguir que Roma volviera a ser santa!... En vez de eso tenemos a los cristianos. Debías haber visto algunas de las pruebas que salieron a relucir en los procesos de Nicomedia. ¿Sabes cómo llaman *ellos* a Roma? «Madre de prostitutas». Lo he visto en sus libros.

—Pero estoy segura de que ya han sido aplastados.

—Es demasiado tarde. Están en todas partes. El ejército y la burocracia están podridos de cristianos. No se les puede dispersar como dispersó Tito a los judíos. Son un estado completo dentro del Estado, con sus propias leyes y sus propios funcionarios. Mi padre no ha intentado ni siquiera aplicar el edicto en su territorio. He oído que media Corte está mezclada con ellos. Tienen sus lugares santos en la propia Roma: las tumbas de sus primeros dirigentes. Tienen su propio emperador, o algo parecido, que en este momento vive en Roma y da órdenes. Son el problema más grande en todo el imperio.

Constantino se quedó callado y se estiró con un gesto de cansado.

—¿Vendrás con nosotros mañana, mamá?

—Mañana no. No puedo dejar tan bruscamente a esta gente. Esperan más que eso de mí. Yo no me he criado en una Corte como la tuya, hijo mío. Además, dudo de que me recibieran bien en la Corte de tu padre. Vete por delante y encuéntrame algún sitio en el norte. Ya te seguiré.

Y Elena añadió después:

—Estos cristianos... ¿No será que ven en Roma, a su manera, una ciudad santa?

—Mamá, ya te lo he dicho. Sus libros...

—¡Bah, los *libros*! —replicó Elena.

VI

Ancien régime

Un mono de la India, reciente y costoso regalo de un diplomático visitante, hizo ruido en la terraza con su cadena de oro. Elena le tiró una ciruela.

—Me acuerdo de que mi difunto marido me dijo una vez —dijo— que en adelante no habría más sucesiones disputadas. Este año tenemos seis emperadores. Eso me parece un récord. A la gente le ha dado hasta por llamarme a *mí* emperatriz.

—A mí no me llaman así —dijo Minervina.

—No, querida, pero me aventuro a decir que ya llegará el día en que lo hagan. No hay razón para sentirse abatida, y menos por una cosa como ésa. También a mí me divorciaron, no sé si lo sabes, exactamente como a ti. De momento me disgustó, pero te aseguro que el resultado fue que he vivido mucho más feliz y segura. Eso no es más que política. Estoy segura de que Constantino lamenta el cambio tanto como tú. He oído que Fausta es una chica odiosa, rodeada de cristianos. De todos modos, tú tienes a Crispo. A mí me quitaron a mi hijo. Debes interesarte por la jardinería. Me gustaría mucho saber lo que ha pasado en mi jardín. Con tanto emperador por todas partes, no se puede ni pensar en viajar. Me gustaría volver a Dalmacia, y no porque este lugar no me parezca encantador.

Era ya el tercer verano que pasaban en Igel, a dos horas de coche de Tréveris. Constantino las había dejado allí cuando fue a hacerse cargo del poder, no enteramente olvidadas, pues Minervina había recibido sus documentos de divorcio y Elena, casi al mismo tiempo, las cartas-patente proclamándola emperatriz madre. Después les había hecho una breve e impresionante visita y animó la ocasión con la matanza de todo un ejército de inermes francos en el teatro.

El lugar había sido bien elegido, mejor, tal vez, para una señora de la edad de Elena que para Minervina. Cuando se había visto la prodigiosa estatua de mármol de Júpiter, el Mercurio de hierro y el Cupido pintado, ya se había visto todo lo que atraía al turista. Pero aquellas obras eran realmente notables. Mercurio, en pleno vuelo entre dos bloques de magnetita, tenía un incensario en sus dedos de mármol como si fuera un juguete y los granos de incienso que ponían en él llenaban el templo con un aroma dulce, sin consumirse ni reducirse.

—Claro está que eso tiene trampa —dijo Elena—, pero no puedo comprender cómo lo hacen y no me canso de verlo.

Además de esos fabulosos tesoros, Tréveris tenía otros muchos encantos; sus jardines descendían hasta el Mosela, trepaban por las colinas; las compuertas del río estaban adornadas con estrellas y rematadas por cuatro grandes coronas. Era un lugar encantador, con toda la opulencia y chic de Milán, agudizados por un sabor norteño que a Elena le gustaba.

También el aire era celta, lo que a Elena le gustaba aún más. Abundaban los poetas.

—No me parece que crean mucho en lo que dicen —dijo Elena en respuesta a las quejonas preguntas de Minervina—, pero son jóvenes muy agradables y están en muy mala situación

económica. Les gusta venir aquí, y cuando leen en voz alta me recuerdan mucho a mi querido padre en uno de sus estados de ánimo poéticos.

Minervina bostezaba en el salón de Elena. No era a aquello a lo que estaba acostumbrada en Oriente Medio. Lactancio la eludía. Este hombre celebrado era nominalmente el maestro de Crispo, pero las lecciones nunca fueron muy lejos y pronto cesaron. El haber sacado de la oscuridad al más grande de los prosistas para ponerle a enseñar las primeras letras al absurdo principito expresaba perfectamente el vago concepto que Constantino tenía del esplendor. Crispo acabó por pasar todo el día jugando con lanchas y catapultas y dándoselas de gran señor ante sus contemporáneos mientras Lactancio seguía sus propias inclinaciones en su propia casa. Solía presentarse cuando se lo pedía Elena para presumir ante alguien, y a veces por propia voluntad cuando hacía una visita a las damas, como las visitó aquella tarde, para recordarles, si parecía que lo olvidaban, que él continuaba existiendo en su Corte. Había dejado atrás toda ambición, pero creía que no le convenía que lo olvidaran del todo.

El puesto era adecuado para él, porque Lactancio era cristiano y había salido de Nicomedia justo a tiempo. La mitad de sus amigos habían caído en la última redada de arrestos y ejecuciones. Otros aparecían de vez en cuando en Tréveris y contaban cosas horribles. Los refugiados se dirigían naturalmente allí porque Tréveris, con un obispo e incontables sacerdotes abiertamente dedicados a su culto, era una de las ciudades más seguras del imperio. En Tréveris no se estaba hambriento de sacramentos. Lo que disgustaba a Lactancio era que faltaba una biblioteca teológica. El obispo era un hombre admirable, pero sus libros eran desdeñables. Lactancio no había podido llevar consigo más que sus propios manuscritos y así quedó, con sus inigualadas facultades de expresión, en un estado de cierta vaguedad acerca de lo que quería expresar y, aún más, en el constante miedo a caer en el error. Se deleitaba en escribir, en los enlaces y adornos de sus sentencias, en la seguridad de haber alcanzado una rara y elevada virtud al usar cada palabra en su sentido más puro y preciso, en el gatuno juego de la sintaxis y la retórica. Las palabras no podían hacer sino engendrar su propio significado.

«Si yo fuera un poco más valiente —pensaba a veces—, si me hubiera atrevido a estar más cerca del centro de las cosas, al otro lado de los Alpes, es posible que hubiera sido un gran escritor».

No era el de los cristianos el único culto que florecía en el suave aire de Tréveris; en la ciudad —occidental, más que norteña, en este aspecto— abundaban los mistagogos de una clase u otra, y Minervina, a quien en Oriente Medio se le había desarrollado el gusto por esa compañía, estaba rodeada de un grupito que Elena deploraba. Casi todo lo de Minervina era censurable, pero Elena procuraba llevarse bien con ella por Crispo, que ya tenía once años y a los cariñosos ojos de su abuela revivía la valiente infancia de Constantino.

Minervina se refería a sus amigos gnósticos cuando dijo:

—Me pondré muy contenta cuando volvamos a la ciudad. Echo de menos mis Almas.

—Creo, Lactancio, que hay aquí, en Igel, una pequeña colonia de tu credo —dijo Elena.

—Sí, tres familias a las que Su Majestad les encontró bondadosamente cabañas cuando llegaron a Tracia. Los visita un sacerdote, y yo también a veces. Parecen felices aunque éste es un país extraño para ellos; y son gente sencilla que no habla latín.

—Es curioso que ahora se hable tanto en todas partes de los cristianos. No recuerdo haber oído hablar de ellos cuando era una chica en Britania.

—También allí tenemos nuestros mártires, anteriores, claro está, al tiempo en que su marido fue emperador. Estamos muy orgullosos de Albán.

Minervina se puso un poco nerviosa y expresó su desaprobación:

—A mí me parece que se exagera mucho y espero que todo eso acabe pronto.

—Deben de ser tiempos tristes para tu gente, Lactancio —dijo Elena.

—También son muy gloriosos.

—Realmente, ¿qué gloria puede haber en caer en manos de la policía? —dijo Minervina—. Nunca oí nada más afectado. Si piensas así, ¿por qué no te quedaste en Nicomedia? Allí abunda la gloria.

—Se necesita una cualidad especial para ser mártir, como se necesita una cualidad especial para ser escritor. Mi papel es más modesto, pero no hay que pensar que menos valioso. Se podrían combinar dos proverbios y decir: «El arte es duradero y prevalecerá». Es tan posible dar buena forma a lo falso, como una forma falsa a lo bueno. Supongamos que en lo futuro, cuando las dificultades de la Iglesia hayan quedado atrás, aparece un apóstata de mi credo, un falso historiador, con la mente de Cicerón o Tácito y el alma de un animal.

Lactancio señaló con un movimiento de cabeza al mono que arrastraba su cadena de oro y gritaba pidiendo fruta, y prosiguió:

—Un hombre así podría dedicarse a denigrar a los mártires y disculpar a sus perseguidores. Se le podría refutar una y otra vez, pero lo que escribiera quedaría en la mente de las gentes cuando se olvidaran de las refutaciones. Eso es lo que hace el estilo, porque el estilo posee el secreto egipcio de los embalsamadores. No hay que despreciarlo.

—Lactancio, amigo mío, no te pongas tan serio. A ti no te desprecia nadie. Estábamos de broma. Desde luego, yo jamás te permitiré volver al este. Eres una gran compañía y aquí todo el mundo te quiere.

—Su Majestad es demasiado bondadosa.

Con el primer tiempo fresco de otoño todos los miembros de la casa se trasladaron dificultosamente a Tréveris, con vanguardia, grupo principal y retaguardia, como en una maniobra militar, consiguiendo así la demora más larga en el breve viaje. Minervina encontró a la ciudad, mejor dicho, a su camarilla particular, agitada con la perspectiva de una visita de un gnóstico distinguidísimo. Venía de Marsella y le precedía una gran fama. Era la última palabra en pensamientos elevados.

—Yo no lo recibiré en mi casa —dijo Elena—, y mi decisión es definitiva.

—No creo que quiera venir —dijo Minervina—. Estoy segura de que no le gusta nada la gran vida. Espero que cuente con una celdita en casa de una de las Almas. Esos hombres pasan a veces varias semanas sin comer o dormir.

Pero cuando al fin llegó el sabio, no rechazó la segunda casa de Tréveris en orden de importancia.

—Irás a oírle hablar, ¿verdad? —preguntó Minervina a Elena y, al fin, Elena, a quien a pesar de su plácida manera de vivir y de su resuelto modo de ser le inquietaba siempre la sospecha de que todavía tenía que buscar algo que no había encontrado, accedió.

Cuando llegó el día fue la última en llegar, como requería su posición. La dueña de la casa la recibió en las escaleras y la llevó a un salón lleno de señoras —no sólo las del grupo místico, sino toda la alta sociedad de Tréveris— y hasta su asiento, puesto por orden suya, a un lado. El conferenciante estaba ya en su sitio, saludó con una inclinación de cabeza a la emperatriz y a la dueña de la casa de una manera que sugería familiaridad con la mejor sociedad, y empezó.

Elena tuvo que hacer unas manipulaciones con sus chales, que no eran necesarios. En el salón había calefacción central y hacía mucho calor. Elena se quitó el chal de lana y, causando un pequeño trastorno con las damas de compañía y esclavos que rodeaban su silla, se puso un ligero chal asiático de seda; después miró a sus vecinos inmediatos para ver quiénes eran, saludó afablemente a algunos con una inclinación de cabeza, juntó las manos y puso su atención en el disertante.

El disertante era un hombre de cierta edad, gordo, sabiamente barbudo y con la sencilla ropa y prácticos modales de un filósofo profesional; sus ojos oscuros y escudriñadores recorrieron el auditorio en busca de simpatía y su mirada se encontró con la de Elena y la retuvo. En aquel momento pronunció el nombre de ella y a Elena le pareció que le daba una leve inflexión de reconocimiento.

—... Sofía, quien con el nombre de Astarté abandonó su vestidura carnal en Tiro y con el nombre de Helena fue compañera de Simón, el Parado; la de las muchas formas, la última y más oscura de los treinta eones de luz, con su presuntuoso amor llegó a ser madre de los siete directores materiales...

Los tonos de voz, jugosos y curiosamente familiares, transportaron a Elena a una torre casi olvidada, donde muchos años antes soplaba el viento.

«No hay duda de que es él —pensó—. No hay equivocación posible. Marcias sigue con sus supercherías de siempre».

A su alrededor las ociosas señoras estaban absortas de distintas maneras. Una o dos habían traído tablillas, pero tomaron pocas notas. Elena vio que una de sus damas de compañía arañó dos veces la palabra «demiurgo» y la borró otras dos veces. Las que intentaron seguir el sentido de lo que decía Marcias tenían cara de angustia; expresión más feliz tenían las que se entregaron sin resistencia a la inundación del grandilocuente discurso y flotaron llenas de asombro; a eso habían ido. Elena estudió la fila de inexpresivos perfiles y miró a Minervina, que estaba enfrente al lado del conferenciante y al final de cada párrafo asentía como confirmándose en una opinión de hacía mucho tiempo.

—Todas las cosas son dobles una contra otra —dijo Marcias, y Minervina asintió—. Así vienen las cosas del error; entonces interviene la gnosis. Dósito sabía que no era él el Parado, reconoció su error, y en su conocimiento se hizo uno con el veintinueve mensual y con Helena, la treinta y medio («No esta Helena», pensó Elena), que es a la vez madre y esposa de Adán el primario.

Minervina asintió profunda y gravemente incrustando la barbilla en el rollo de carne firme que tenía en la papada y Elena sintió que dentro de ella iba surgiendo y tomando forma irresistible algo

ofensivamente inadecuado para la ocasión; algo que le era propio, inalienable, descuidado mucho tiempo, extraño a su posición, a su matrimonio y a su condición de madre, al cuidado de una casa grande, a las prensas de aceite y a la cosecha de almendras; extraño a lo que le habían enseñado durante treinta años, a las perplejas y matroniles cabezas en aquel salón atestado y sofocante; algo que tenía sabor a neblina de mar, a establos y al salado regusto que sentía una joven cabeza pelirroja. Luchó contra ello. Se encogió en su silla, se mordió los pulgares, se llevó el chal a la cara, se clavó un tacón en un tobillo, intentó furiosamente concentrarse en todas las cosas tristes que conocía —el acento bitinio de Minervina, la abandonada Dido—, pero no le sirvieron para nada. Al fin, agobiada —y cuantos más esfuerzos hacía para dominarse más se le notaba—, soltó una risita.

La infección no cundió. La dama de compañía, que tenía una tablilla de cera y a quien la risita a su lado le pareció una aberración, miró a Elena, la vio con la cara tapada y con temblor de hombros, supuso que Marcias había dicho algo patético, barruntó lágrimas y, para no quedar atrás en delicadeza de sentimientos, asumió su particular expresión de aflicción.

La voz siguió rizando volutas y, cuando Elena consiguió al fin dominarse, Marcias había llegado al final. La dueña de la casa dijo unas palabras de agradecimiento: «... Estoy segura de que todas vemos mucho más claro en este importante tema... El conferenciante ha accedido amablemente a contestar las preguntas que se le hagan...».

Nadie habló inmediatamente; después:

—No estoy del todo segura de si dijo usted que el demiurgo era un eón —dijo alguien.

—No, señora. Uno de los propósitos de mi pobre discurso era demostrar que no era.

—Ah..., gracias.

Minervina asintió como para decir: «Yo le hubiera podido decir eso, y se lo hubiera dicho más penetrantemente».

Tras una pausa, Elena, con voz clara, de aula de escuela, dijo:

—Lo que yo quisiera saber es: ¿Cuándo y dónde ocurrió todo eso? ¿Y cómo lo sabes?

Minervina frunció el entrecejo. Marcias contestó:

—Estas cosas están más allá del tiempo y el espacio. Su verdad es integral a su proposición y por naturaleza trasciende la prueba material.

—Entonces, dime, por favor, cómo lo sabes.

—Por toda una vida de pacientes y humildes estudios, Majestad.

—Estudios, ¿de qué?

—Me temo que para detallar eso haría falta toda una vida.

Esa concreta respuesta fue recibida con un leve murmullo de admiración, y la dueña de la casa se levantó en la cresta del murmullo para dar por terminada la reunión. Las damas se apresuraron a correr hacia el conferenciante, pero Marcias, desdeñando su adulación, se dirigió a saludar a Elena.

—Ya me habían dicho que quizá Su Majestad me honrara viniendo.

—Apenas tenía esperanzas de que me reconocieras. Me temo que la conferencia ha sido demasiado profunda para mí, pero estoy muy contenta de ver que has prosperado. ¿Ahora puedes... viajar a tu gusto?

—Sí. Hace ya muchos años que una mujer bondadosa y un poco tonta me dio la libertad porque se encaprichó con mis versos.

—¿Estuviste en Alejandría?

—Todavía no, pero encontré lo que quería. ¿Fue Su Majestad a Troya?

—No, oh, no.

—¿O a Roma?

—Ni siquiera allí.

—Pero ¿encontró lo que quería?

—He aceptado lo que encontré. ¿No es lo mismo?

—Para la mayoría, sí. Creí que Su Majestad quería más.

—Eso era en otro tiempo. Ya no soy joven.

—Pero la pregunta que me ha hecho antes —¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo lo sabes?— era una pregunta infantil.

—Por eso es por lo que tu religión no me convencerá nunca, Marcias. Si alguna vez encuentro un maestro, tendrá que ser uno que diga a los niños que se le acerquen.

—Ése, ay, no es el espíritu de nuestro tiempo. Hoy vivimos en un mundo muy viejo. Sabemos demasiado. Para contestar sus preguntas tendríamos que olvidarlo todo y volver a nacer.

Otras damas, ávidas de ser presentadas a Marcias, los rodearon manteniéndose a cierta distancia hasta que terminó la entrevista real. Elena les entregó a Marcias y se dejó guiar a la litera. Minervina se quedó para regodearse con la nueva revelación.

Elena mandó llamar a Lactancio aquella noche y le dijo:

—He ido a la conferencia esta tarde. Me he encontrado con que el conferenciante era uno a quien conozco muy bien porque en otro tiempo perteneció a mi padre en Britania. Desde entonces ha engordado mucho. No he entendido ni una palabra de lo que ha dicho. Todo eso no es más que palabrería, ¿verdad?

—Pura palabrería, Majestad.

—Ya me lo figuraba, pero quería estar segura. En cuanto a tu dios, Lactancio, si yo te preguntara cuándo y dónde le pudieron ver, ¿qué dirías?

—Diría que, como hombre, murió hace doscientos setenta y ocho años en una ciudad de Palestina que ahora se llama Aelia Capitolina.

—Bueno, eso es por lo menos una respuesta directa. ¿Cómo lo sabes?

—Tenemos testimonios escritos por testigos. Además existe el recuerdo vivo de la Iglesia. Tenemos conocimiento transmitido de padres a hijos, lugares invisibles marcados por el recuerdo: la cueva donde nació, la sepultura donde yació su cadáver, la tumba de Pedro. Un día todas esas cosas se harán públicas. Ahora se mantienen en secreto. Quien quiera visitar los santos lugares debe encontrar al hombre informado. Él dice dónde están, a tantos pasos hacia el este desde tal y tal piedra, donde cae la sombra al amanecer en tal y tal día. Unas pocas familias saben las instrucciones. Cuando la Iglesia se libre y actúe abiertamente no habrá necesidad de recurrir a esas triquiñuelas.

—Eso es muy interesante. Gracias, Lactancio. Buenas noches.

—Buenas noches, Majestad.

—¿Nadie le ha visto a él desde hace cerca de trescientos años?

—Algunos lo han visto. Los mártires lo ven ahora.

—¿Lo has visto tú?

—No.

—¿Conoces a alguien que lo haya visto?

—Señora, le ruego que me disculpe. Hay cosas de las que no se debe hablar a nadie fuera de los de casa.

—No debiera habértelo preguntado. Toda mi vida he ofendido con mis preguntas a las personas religiosas. Buenas noches, Lactancio.

—Buenas noches, señora.

VII

La segunda primavera

Pasaron cuatro años. A Crispo lo llamaron al cuartel general de su padre y partió jubiloso. Minervina se casó con un joven belga calvo y ambicioso y perdió interés en los altos pensamientos. El mono indio envejeció prematuramente, se acatarró con la fría neblina del río y murió. Calculando bien el tiempo, en el momento oportuno y cuando las cosas habían madurado, Constantino entró en Italia.

El rumor y el correo llegaron simultáneamente de Roma. Todo Tréveris, menos la emperatriz madre, se agitó. La vida de Elena había abundado en esa clase de acontecimientos; una victoria más, un emperador menos, otro pacto de familia entre los vencedores, otra boda sin amor; todo eso lo había visto una y otra vez; la división en esferas de influencia; el comienzo de otro breve periodo de conspiraciones y espionajes; todo eso venía e iba en sus órbitas excéntricas.

El Edicto de Milán, de tolerancia de la Iglesia, fue promulgado en Tréveris.

—¿A qué viene esta excitación? —dijo Elena—. Aquí nadie ha molestado a los cristianos desde los tiempos de mi marido. Hace ya varias semanas que andas como si hubieras tenido una visión, Lactancio. ¡Tú, un historiador que piensa en términos de siglos!

—Como historiador, señora, creo que estamos viviendo en una era única. Esta batallita del puente Milvio es posible que sea comparada un día con las Termopilas y Accio.

—¿A causa de los pretorianos? Me dan pena, no puedo remediarlo, aunque estaban en el lado malo. Nunca los he visto desfilar y ésa era una de las cosas que me hubiera gustado ver.

—Hace cien años que la guardia pretoriana no tiene ninguna importancia, señora.

—Hablo en broma, Lactancio. No creas que no sé por qué estáis todos tan excitados. Confieso que me siento un poco intranquila por eso que se dice de que mi hijo se ha hecho cristiano. ¿Es verdad?

—No exactamente, señora, según lo que hemos podido averiguar. Pero se ha puesto bajo la protección de Cristo.

—¿Por qué no me habla nadie con claridad? ¿Soy demasiado estúpida? Lo único que he pedido toda mi vida ha sido eso: una respuesta concreta a una pregunta concreta; y nunca lo consigo. ¿Hubo una cruz en el cielo? ¿La vio mi hijo? ¿Cómo llegó la cruz allí? Si hubo una cruz y mi hijo la vio, ¿cómo supo lo que significaba? No pretendo entender mucho de augurios, pero no puedo concebir un signo más obvio de desastre. Lo único que quiero es la simple verdad. ¿Por qué no me contestas?

Después de una pausa, Lactancio dijo:

—Quizá porque he leído demasiado. No soy yo la persona a quien venir a hacerle una pregunta concreta, sencilla. No conozco las respuestas. Hay quienes las saben, y son la clase de personas que se han quedado detrás en el Este. Los que hayan quedado vivos pronto empezarán a salir de la cárcel. Ellos podrán contestarle, señora, pero dudo de que aun ellos sean lo concretos y sencillos que Su Majestad quiere. Todo lo que yo puedo decir es que es posible que haya ocurrido como la gente dice.

Suelen ocurrir cosas así. A todos se nos ofrece la oportunidad de elegir la Verdad, y me aventuro a decir que a los emperadores se les ofrece a veces de una manera más espectacular que a la gente humilde. Lo único que sabemos es que el emperador está portándose como si hubiera tenido una visión. Como sabe Su Majestad, ha sacado a la Iglesia a la luz.

—Poniéndola al lado de Júpiter, Isis y la Venus Frigia.

—El cristianismo no es de esa clase de religiones, señora. No puede compartir nada con nadie. Donde sea libre, conquistará.

—¡Entonces la persecución estaba justificada hasta cierto punto!

—La semilla de la Iglesia es la sangre de los mártires.

—Entonces salís ganando por los dos lados.

—Sí, por los dos lados. Tenemos esa promesa, señora.

—Cuando hablamos de religión siempre ocurre lo mismo, Lactancio. Nunca contestas mis preguntas, pero siempre me dejas con la impresión, no sé por qué, de que la respuesta estaba allí todo el tiempo esperando que nos molestáramos un poco más en encontrarla. Todo parece tener sentido hasta cierto punto, y después, más allá de ese punto. Sin embargo, no se puede pasar de ese punto... Bueno, soy una mujer vieja, demasiado vieja ya para cambiar.

Pero en aquella primavera única no se podía eludir el cambio ni siquiera en Tréveris, la más cortés de las ciudades; ni siquiera Elena, la más recluida de las mujeres. El enorme aburrimiento que desde el muerto centro del corazón de Diocleciano embebió y enloqueció al mundo, había pasado como una plaga. Una nueva vida verde se abría paso y se desarrollaba y retorció en todas partes, entre las paredes y los surcos. En aquella aurora, reflexionó Lactancio, ser viejo era el mismísimo cielo; haber vivido en la esperanza que desafiaba a la razón, que existía más bien únicamente en la razón y en los afectos, totalmente desligada de la experiencia o cálculos; ver que la esperanza tomaba cerca y por todos lados una forma sustancial y conocida, como una niebla que al disiparse puede súbitamente revelar a la tripulación de un barco que, sin ninguna habilidad por su parte, se ha deslizado silenciosamente a un seguro anclaje; vislumbrar una simple unidad en una vida que había aparecido toda vicisitud, esto, pensó Lactancio, era algo que competía con la exuberancia de Pentecostés; algo en que Navidad, Pascua y Pentecostés tenían su celebración regia.

Lactancio, más que ninguno, hubiera debido comprender lo que estaba ocurriendo a su alrededor, pero quedó sin aliento, rezagado en la carrera, agotado todo su hermoso vocabulario y sin que se le ocurrieran de pronto más que los estereotipados elogios de la Corte. Los acontecimientos no marchaban ya al rutinario paso del hombre. En todas partes había desproporción entre causa y efecto, entre el motivo y el movimiento, un ímpetu que intervenía y aumentaba más allá de todo cálculo normal. En sueños, un hombre puede probar su caballo ante un obstáculo de envergadura y, sin proponérselo, tomar carrera y salvarlo a gran altura, o tratar de mover una roca y ver que no pesa en sus manos. Lactancio no había aprendido nunca a subyugar sus simpatías como prescribían los críticos. ¿Qué le quedaba ahora, sino aceptar el misterio y glorificar a la causa próxima, al distante y ambiguo emperador?

En términos de historia documentada, Constantino había hecho poco. En la mayor parte del Oeste

el Edicto de Milán regularizó simplemente la práctica existente; en el Este implicó una precaria tregua que pronto fue repudiada. La suprema deidad reconocida por Constantino era algo mucho más amplio que la trinidad cristiana; el lábaro, una versión, muy heráldica, de la cruz de los mártires. Todo ello era muy vago, claramente ideado para complacer; el afortunado pensamiento de un hombre demasiado atareado para preocuparse de sutilezas o profundidades. Constantino pactó con un nuevo aliado de fuerza desconocida, archivó un problema. Así podía parecerles a los estrategas de Oriente que contaban legión por legión, granero por granero, el orden de la batalla; así, tal vez, le parecía a Constantino. Pero a medida que la noticia se difundió en todas partes en la cristiandad, de cada altar se elevó un fuerte viento de oración, levantó la baja y humeante cúpula del Viejo Mundo, la aventó como si fuera la tranquila y brillante perspectiva de un espacio inconmensurable.

Los abstraídos Césares siguieron combatiendo. Cruzaron fronteras, hicieron tratados y los incumplieron, decretaron bodas, divorcios y legitimaciones, asesinaron a los prisioneros, traicionaron a sus aliados, desertaron de sus ejércitos muertos o moribundos, gallearon y se desesperaron, se dejaron caer sobre sus espaldas o pidieron compasión. Todo el diminuto mecanismo del poder siguió girando regularmente como un reloj que sigue dando su tictac en la muñeca de un hombre muerto.

Muy lejos de las batallas, las mujeres reales pasaban el tiempo con sus eunucos y capellanes, adquiriendo atractivos y jóvenes sacerdotes de África, bien criados, muy leídos, que enseñaban toda clase de variaciones de credo ortodoxo. Una semana hablaban de Donato; la siguiente, de Arrio.

Constantino fue prosperando en todas partes hasta que se dio suavemente cuenta de que era invencible. Aquí y allí entre la agitación de los tiempos se vislumbraba a una figura más noble, al joven Crispo, todo audacia y lealtad, el último guerrero de la gran tradición romana en cuya rodela podían ver los imaginativos el desvaído escudo de Héctor. A Elena le llegaron noticias de él, como en otro tiempo de su padre, y las recibió con el mismo contento. Su nombre se recordaba siempre en la misa que se celebraba en el palacio de Elena. Porque Elena se había bautizado.

Nadie sabe cuándo o dónde. No se registró en ninguna parte. No se construyó o fundó nada. No hubo celebración pública. Privada y humildemente, como otros miles, descendió a la pila y cuando subió era una mujer nueva. ¿Lamentó abandonar su antigua fe? ¿La persuadieron punto por punto? ¿Se adaptó simplemente a la moda imperante, se entregó sin resistir a la divina gracia y se convirtió, sin ninguna intención, en su rebotante vehículo? No lo sabemos. Elena fue una semilla en una vasta germinación.

Seguramente, necesitaba que los últimos años que le quedaban transcurrieran sin turbaciones. La perpetua preguntona había encontrado su objeto; la desterrada, su patria. El imperio estaba unido y en paz. La fe estaba establecida. Lo único que le quedaba a la emperatriz madre era acomodarse en su lecho de respeto universal y preparar su alma para el día en que se encontrara elevada al cielo y recibida allí realmente.

Quienes hablaban así no conocían a la nueva Elena. Tenía más de setenta años cuando Constantino la invitó a la celebración de su jubileo en Roma. Y en seguida partió para su primera visita.

VIII

La gran fiesta de Constantino

Nadie había esperado realmente que la emperatriz madre iría al jubileo. La invitación se la habían mandado por pura fórmula. La aceptación turbó a los chambelanes. Ninguno de ellos la había visto nunca, pero una cosa era cierta: en la Corte había ya demasiadas mujeres. Allí estaba la emperatriz Fausta, siempre enredadora; mal día fue aquel en que Constantino le dio el palacio lateranense al Papa y llevó a Fausta con todos sus hijos al Palatino. Allí estaba Constancia, hermanastra del emperador, viuda de Licinio; su presencia y la de su hijo eran un continuo y penoso recuerdo de las circunstancias de la muerte de aquél. Allí estaban Anastasia, Eutropia y las mujeres de Julio Constancio y Dalmacio, cuatro damas que planteaban problemas de precedencia. En el palacio Palatino no había sitio para la emperatriz Elena.

Después de muchas conversaciones se les ocurrió pensar en el palacio Sesorio, espléndida casa antigua con gran jardín situada cerca del teatro real. La vecindad era de casas sórdidas, pero no se esperaba que una mujer de los años de Elena saliera mucho de casa. Los chambelanes se pusieron a llenarla con valiosos muebles.

Para llegar a aquella casa de emperatriz viuda desde la puerta Flaminia, Elena tuvo que cruzar toda Roma, subir por el Corso, pasar junto a la colina del Capitolio y por el Foro, seguir por delante del Coliseo, cruzar la antigua muralla para llegar a la colina Celia, pasar bajo los arcos del acueducto de Claudio. El camino lo despejaron el día de su llegada, pero de los balcones y de las calles laterales se elevaba el zumbido y algarabía de millón y medio de romanos, y en todas partes, detrás de las fachadas de los templos y de los edificios históricos de la república, se erguían las nuevas, enormes y deslucidas casas de apartamentos, islas-bloques de diez pisos construidos con escombros y madera, subalquiladas y subdivididas, que se tambaleaban bajo el peso de aquella humanidad.

Era primavera y las fuentes jugaban en todas partes entre el hollín que caía. Pero Roma no era hermosa. Comparada con Tréveris, a Elena le pareció tosca y destartalada. La belleza vendría más tarde. Durante siglos afluyó a la Ciudad, donde se amontonó y perdió, el botín del mundo. En los siglos venideros aquel botín se dispersaría y desfiguraría. La Ciudad padecería incendios y saqueos y quedaría desierta, y con los mármoles harían hornos. Las calles se llenarían de polvo, los gitanos acamparían bajo arcos rotos, las cabras buscarían su camino entre estatuas caídas y destrozadas. Después vendría la belleza. Ya estaba en camino, a mucha distancia todavía, cabalgando bajo el palio de estrellas en un larguísimo viaje de más de mil años. La belleza, caprichosa, adorable vagabunda, vendría a su tiempo y se instalaría por breve lapso en las siete colinas.

Entretanto, allí estaba el populacho. A la llegada, en su litera encortinada, no; pero después, cuando, contra todo lo que se esperaba, siguió incansablemente el recorrido de los turistas, Elena vio cada día más hombres y mujeres que el total de los que había visto hasta entonces.

Los romanos se echaban a la calle en cuanto amanecía y parecían vivir en la calle hasta la caída del sol. Después de oscurecer pasaban los carros de transporte y de campesinos que durante toda la

noche iban al mercado a la luz de las antorchas. La Ciudad estaba siempre atestada de gente y con el jubileo se sumaron una enorme masa de funcionarios y turistas, vendedores callejeros y maleantes que pagaban cualquier cosa por tener un techo y dormían en cualquier parte; abigarrada muchedumbre que se apoderaba de lo que podía, daba empujones y lo fisgaba todo; levantinos, berberiscos y negros entre la pálida y deforme progenie de los barrios sórdidos. Unos años antes Elena se hubiera resistido a rozarse con ellos, hubiera recurrido a su guardia para que a golpes y empujones le abriera un pequeño espacio donde poder moverse y respirar. *Odi profanum vulgus et arceo*. Eso era un eco del viejo mundo vacío. Elena ya no sentía odios y nada en derredor suyo era completamente profano. No podía prescindir de su guardia, pero mitigaba su dureza, y su corazón, por encima de las fuertes espaldas de la guardia, estaba con la muchedumbre. Cuando oía misa en la basílica lateranense —como la oía a menudo con preferencia a su capilla particular— iba sin ostentación y se quedaba simplemente entre los fieles. Estaba en Roma como peregrina, y rodeada de amigos. No había modo de saber quiénes eran. Sus caras no decían nada. Un tracio o un teutón podían detener en la calle a un compatriota, abrazarlo y hablarle de su patria en su propio idioma. Elena no podía hacer eso con los cristianos. El íntimo círculo de la familia de que era miembro no ostentaba signo alguno de parentesco. El vendedor ambulante que asaba salchichas con ajo con su carrito en el arroyo, el batanero que estaba detrás de sus ennegrecidos recipientes, el abogado o su escribiente, cada uno y todos ellos podían ser uno con la emperatriz madre en el cuerpo místico. Y los abundantes paganos podían convertirse en uno de ellos en cualquier momento. No eran un populacho, sino una vasta muchedumbre de almas, revestidas de una gran variedad de cuerpos, que se movían de un lado para otro en la Ciudad Santa, en la sede de Pedro.

Elena no había viajado con poca impedimenta. La había precedido una gran caravana y la había acompañado un numerosísimo personal doméstico. Más cosas, más muebles y una segunda y completa corte de servidores la esperaban en el palacio Sessorio. Le llevó algún tiempo el instalarse y entretanto, antes de haberlo puesto todo en orden, empezaron a llegar visitantes.

Constantino no se presentó personalmente. Primero mandó al gran chambelán a esperarla fuera de las puertas de la Ciudad y después le mandó todos los días un mensaje de solicitud y deber. Le expresó también su esperanza de que la visitaría en cuanto ella se hubiera repuesto del viaje. Pero no fue. Tampoco fue Crispo. Ni el papa Silvestre, que vivía cerca. Elena le mandó regalos y el Papa le mandó su bendición, pero se quedó en casa. Aquellos tiempos no eran fáciles para él. Si salía tenía que participar en las celebraciones, y no se podía saber con seguridad, de antemano, si las celebraciones de Constantino serían cristianas o paganas. Surgieron infinidad de augures. No existía un protocolo reconocido sobre la manera de tratar a un converso no bautizado —a uno que no había sido admitido todavía oficialmente como catecúmeno— y que al mismo tiempo era un gran bienhechor, aficionado a la teología y pontífice máximo pagano. Además circulaban absurdos y muy fastidiosos rumores acerca de que Silvestre había curado recientemente de lepra al emperador. Por eso el Papa alegaba mala salud y permanecía en casa conferenciando con sus arquitectos sobre las nuevas basílicas.

La primera que visitó a Elena fue la emperatriz Fausta. En realidad se presentó demasiado pronto, la misma noche de la llegada de Elena, y llegó cargada de frágiles y caros regalos y los ojos llenos de curiosidad. No tenía por costumbre considerar la conveniencia de los demás. Su suegra podría estar cansada del viaje, la casa podría estar en desorden, pero Fausta quiso ser la primera en ver qué

pie calzaba la anciana señora.

Elena la recibió con cierta frialdad. Circulaban muchos rumores sobre el carácter moral de Fausta, pero los rumores de ese género no llegaban a los oídos de Elena. Elena vio en ella más bien el símbolo de algo aún menos simpático: un epítome de la alta política de la época.

El abuelo de Fausta fue un analfabeto sin nombre; su padre, el odioso Maximiano. Por una hermana de Fausta, mayor que ella, se divorció Constancio de Elena. Por Fausta se divorció Constantino de Minervina. Para esa boda no hubo más que un motivo: el de solemnizar la amistad de Constantino con el padre de Fausta y su hermano Majencio. Constantino hizo estrangular a Maximiano en Marsella; un poco más tarde ahogó a Majencio en el Tíber. Y de todo aquel rito de paces sobrevivió —como una muñeca que flota en el lugar donde se hundió un barco— una reliquia: aquella mujer bajita, gorda y vulgar que era emperatriz del mundo.

Elena le llevaba una cabeza de estatura. A Fausta se le hacían hoyuelos en la cara cuando sonreía. Sin retoques hubiera sido una mujer vulgar que hubiese pasado inadvertida, pero los especialistas en belleza habían hecho su labor. Elena pensó que relucía y fruncía los labios «como un gran pez de colores». Pero Fausta le sonrió inconsciente de la impresión que producía. Estaba resuelta a ser agradable. Tenía sus ardidés y planes. Por el momento tenía una misión. La chifladura del momento era la teología y a sus protegidos no les había ido muy bien en los círculos teológicos. La emperatriz madre podía ser una valiosa ayuda. Era esencial exponerle todo el asunto a su verdadera luz antes de que se le acercaran otras personas.

—¿Silvestre? —exclamó haciendo un gesto con su mano blanca y regordeta—. Ah, sí, claro está que tienes que conocerlo. Eso es pura cortesía. Y claro está que todos respetamos su cargo. Pero no es un hombre que tenga distinción *personal*, te lo aseguro. Si un día lo santificaran deberían conmemorarlo en el último día del año. Es un hombre santo y sencillo de arriba abajo. Nadie puede decir ni una palabra contra él, excepto, francamente, hablando entre nosotras, que es un poco aburrido. Yo estoy por la santidad, naturalmente. Todos lo están ahora. Pero, al fin y al cabo, una es humana. Estoy segura de que en el cielo, cuando todos seamos santos, será para mí un gran placer pasar interminables horas con Silvestre. Aquí, en la tierra, una pide algo más, ¿no te parece? Mira, por ejemplo, lo que le pasa a los Eusebios. Son algo así como primos míos y simpatiquísimos los dos. Quiero decir que le hacen a una sentir que son de los nuestros. Nicomedes está conmigo aquí. Ha caído un poco en desgracia y tiene que estar alejado de su diócesis por el momento. Gran suerte para nosotros. Ya lo traeré aquí para que lo veas. Cesáreo no ha podido venir. De los dos, es el literato y hombre terriblemente atareado. Los dos están muy disgustados en este momento. No sé si sabrás que el año pasado todo fue mal en Nicea. Lo de Nicea tuvo una importancia terrible, no sé exactamente por qué. A Silvestre no le interesa ese género de cosas. Ni siquiera se molestó en ir, mandó unos delegados y no sirvieron para nada. Ninguno de los obispos de Occidente tiene una idea nueva en la cabeza. Se limitan a decir: «Esta es la fe que nos enseñaron. Eso es lo que siempre se ha enseñado. Y basta». No comprenden que hay que avanzar con los tiempos. No tiene objeto agujerear la clepsidra. La Iglesia no está ya arrinconada en un hoyo. Es la religión imperial oficial. Lo que les enseñaron a los obispos podría estar muy bien para las catacumbas, pero ahora tenemos que tratar con espíritus mucho más sutiles. Yo no pretendo comprender de qué se trata, pero sé que el Concilio fue una gran decepción hasta para Graco.

—¿Graco?

—Siempre le llamamos Graco, por razones de seguridad, ya puedes figurártelo. Las paredes oyen. Desde la última y estúpida proclama que estimula positivamente a los delatores no se puede ser demasiado prudente. No lo llamamos nunca por su nombre porque todos se ponen un poco nerviosos. Tú y yo podríamos usarlo, pero se pierde la costumbre... Bueno, ya sabes cómo habla Graco el griego. Para dar órdenes y cosas así —en el griego de guarnición, como lo llaman— se defiende, pero en cuanto se ponen a hablar los retóricos profesionales, está perdido. No tenía la menor idea de lo que ocurría en Nicea. Lo único que quería era un voto unánime. Medio Concilio no quería discutir ni escuchar. Eusebio, que me lo contó, me dijo que en cuanto los vio reunidos comprendió que no valía la pena razonar con ellos. «Esta es la fe que nos enseñaron», decían. «Pero eso no tiene *sentido* —dijo Arrio—; un hijo *debe* ser más joven que su padre». «Es un misterio», dijo el ortodoxo, perfectamente satisfecho, como si eso lo explicara todo. Además, estaban los del grupo de la resistencia. Claro está que todo el mundo los admira tremendamente. Es admirable lo que padecieron, pero a mí me parece que el que le sacaran a uno un ojo o le arrancaran una pierna no le califica a nadie en teología, ¿verdad? Y claro, como Graco es un soldado, sentía un extraordinario respeto por la resistencia; y entre ellos y el sólido Medio Oeste y los obispos de la frontera —no eran muchos, pero los más tercos de todos—, los estúpidos tradicionalistas ganaron con facilidad y Graco obtuvo su voto unánime y se fue muy contento. Ahora es cuando comprende que en realidad no se zanjó nada. La peor manera de afrontar un problema de ese género era un Concilio general. Lo debían haber resuelto silenciosamente en el palacio y anunciado después con un decreto imperial. Así nadie hubiera podido oponerse. Con lo que se ha hecho, al enderezar las cosas se van a presentar muchas dificultades técnicas. Todo aquel invocar al Espíritu Santo fue un mal comienzo. Se trataba de una cuestión de conveniencia práctica que debía haber resuelto Graco. Quiero decir que necesitamos progreso. Lo de que el Hijo es esencialmente como el Padre ha quedado definitivamente anticuado. *Todo* el que vale algo está conforme en que el Hijo es consustancial con el Padre, ¿o es al revés? Si Eusebio estuviera aquí nos lo podría decir. Todo lo explica clarísimamente. La teología es terriblemente interesante, pero un poco confusa. A veces siento nostalgia del antiguo taurobolio, ¿tú no?

La emperatriz estaba habituada a hablar libremente y sin temor de que la contradijeran. Eusebio le decía a menudo que en su manera de comprender los problemas tenía una mente varonil. Pero ahora, al acercarse al fin de su información, se dio cuenta de que no todo le había salido bien. La emperatriz Elena le dirigía miradas de honda desaprobación.

Después de una pausa inquietante, Elena preguntó:

—¿Y cómo está Crispo?

—Ahora le llamamos siempre «Tarquino».

—¿De veras? No te dejes influir por mí en esa cuestión, pero prefiero llamar a mi hijo y a mi nieto por sus verdaderos nombres.

—Bueno, pero verás que la gente se pone un poco nerviosa. De todos modos, de Tarquino *no* se habla mucho por el momento. Creo que tiene algunos problemas.

—Eso me parece muy poco probable.

—Bien, pero no digas que te lo he dicho yo. Nunca pregunto por esas cosas. Lo que sé es que *no se habla mucho de él* y es una lástima. Es un chico realmente muy atractivo.

—Pronto iré al Palatino y me enteraré por mí misma.

—Sí, ve. No sé exactamente a quién verás. Graco no recibe a nadie por el momento. Está malhumorado. Desde aquel terrible día de la procesión de los caballeros no le he echado la vista encima. Pero claro está que yo me alegraré mucho de verte. Me gustaría enseñarte mi cuarto de baño. Me lo instalaron por orden de Graco cuando me mudé del palacio lateranense. Es realmente muy especial. Todos los minutos que paso fuera de allí me parecen una pura pérdida de tiempo. Me moriría allí muy a gusto. Si he de decirte la verdad, allí debiera estar ahora. Si no paso dos horas en el cuarto de baño todas las tardes no sirvo para nada a la hora de comer.

Cuando Elena fue aquella noche a su cuarto encontró sobre la almohada una cosa desagradable, un rollito de papel en que decía: *Fausta es una adúltera*.

Lo quemó disgustada y mandó que despertaran a todo el personal de la casa y lo interrogaran. Nadie pudo explicarlo.

A la emperatriz Fausta no se le pasó por la cabeza que podía haber causado mala impresión. Al día siguiente volvió llevando consigo a Eusebio, el celebrado obispo de Nicomedia. «Marcias en formato mayor», pensó Elena en el instante en que lo vio. Eusebio tenía unos hermosos ojos oscuros y una voz muy agradable y sabía exactamente cómo tratar a las grandes damas.

—¿Y qué tal nuestro amigo Lactancio? —preguntó—. Dígame, señora, ¿qué opinó de sus *Muertes de los Perseguidores*? A mí no acabaron de gustarme del todo. Tenían partes que, la verdad, se me hizo difícil creer que las escribiera él. Eran un tanto bruscas. No puedo menos de pensar que cometió un error al ir a vivir en el Oeste.

—En Tréveris había muchos jóvenes poetas excelentes —dijo Elena.

—Sí, sí, claro que yo sé cuánto deben al mecenazgo de Su Majestad, pero yo me pregunto si los jóvenes poetas son la compañía que Lactancio necesita. Esos poetas retirados y serios tienen riqueza imaginativa, gran sensibilidad para la naturaleza y un sentido de las virtudes primitivas que todos aplaudimos, pero seguramente un escritor de la personalidad de Lactancio debería vivir en el corazón de las cosas.

—¿Te sientes en el corazón de las cosas aquí? ¿Los romanos te parecen gente de frontera?

Eusebio le dirigió la dulce y perpleja mirada que se ganaba todos los corazones, o casi todos; no el de Elena:

—Su Majestad es muy directa. ¿Es ésa una pregunta razonable para hacérsela a un simple clérigo? Naturalmente, el corazón de las cosas está allí donde el emperador tiene su Corte, pero (¿puedo ser directo yo también?) uno oye hablar del gran traslado, ¿verdad?

—¿De veras?

—Permítame que lo exponga de la siguiente manera. Roma tiene un pasado. Roma es lo pasado. Y del porvenir, ¿qué? ¿Es demasiado aventurado insinuar que quizá dentro de unos pocos cientos de años hará reír quien hable de Roma como del centro de la cristiandad? Un gran centro comercial, sin

duda alguna. Es posible que siga siendo la primera sede. Me atrevo a decir que, como cuestión de pura ceremonia, el obispo de Roma ocupará siempre el primer puesto. Pero cuando consideramos las grandes luminarias de la civilización cristiana, ¿adónde miraremos en lo porvenir? A Antioquía, a Alejandría, a Cartago.

—A Nicomedia y Cesárea —dijo Fausta.

—Tal vez hasta esas humildes sedes, señora. Pero, seguramente, no a Roma. Los romanos nunca podrán ser cristianos. Tienen demasiado metida en la sangre su antigua religión. Es parte de toda su estructura social. En los últimos diez años ha habido muchas conversiones, pero ¿quiénes son los conversos? Levantinos casi todos. El sólido meollo de la Ciudad, los caballeros y senadores, los auténticos italianos, son paganos en el fondo de su alma. Están esperando a que el emperador se vaya para volver a empezar con los antiguos espectáculos en el Coliseo. Dicen que se alegran de ver que los cristianos engordan. Es por eso que me da pena que se gaste tanto dinero en construir esas enormes iglesias. ¿Qué opina Su Majestad?

Sólo una vez tocó directamente el tema de la teología:

—No supongo que la controversia le haya preocupado mucho en Tréveris.

—Allí somos conservadores.

—Bien, señora, ésa es una cuestión muy especializada.

—Y los especialistas se han pronunciado últimamente por el conservadurismo; creo que tú también.

—Sí, sí, todos votamos debidamente con la mayoría. No fue una ocasión que uno pueda recordar con orgullo. Al salir de allí dije a nuestro impetuoso amigo egipcio: «A otros hombres mejores les fue así antes que a ti». No puedo decir que le consolara mucho. Al fin y al cabo, ¿qué es una mayoría? Una ola de sentimiento irracional, un montón de prejuicios impensados. La razón humana sobrevive a esos desaires. ¿Qué le ocurrió a Troya? Parecía inexpugnable y unos cuantos hombres y un caballo de madera la conquistaron. Las fortalezas de la sinrazón caerán de la misma manera. No, no estoy muy impresionado por los Príamo y los Héctor de Nicea.

Aquella noche Elena encontró un mensaje debajo de la ventana: *Eusebio es un hereje arrianizante.*

«Mi corresponsal no deja de tener cierta razón —pensó—. ¿Estaría en lo cierto respecto a Fausta?».

Otro día se presentó Constancia con su hijo Liciniano, chico tristón e intranquilo que iba para los doce años. Su vida se había visto, como un drama griego, llena de grandes acontecimientos fuera del escenario mientras un coro de niñeras, tías y maestros lo tenían constantemente confundido. En un tiempo tuvo un rutilante papá que entraba y salía en su pequeño mundo al son de las trompetas. Después hubo un gran silencio en que el nombre de su papá no se volvió a mencionar en su presencia. Ahora vivía bajo el mismo techo dorado que la persona más alarmante de su familia, una dama perfumadísima que, desconcertantemente, era tía y tía abuela suya y parecía ser así la heredera de una doble ración de malicia. A menudo, cuando Liciniano dejaba los juegos que no le interesaban

y levantaba la vista, se encontraba con los terribles ojos de pez de la tía Fausta fijos en él con una expresión tal, que se le relajaban los músculos y se orinaba en el suelo. A aquel chico no le interesaba nada; se hubiera dicho que estaba en una breve visita en un país tan extraño, que realmente no valía la pena que intentara comprender algo.

—Así que has visto a nuestro querido obispo, ¿eh? Dime qué opinas de él —dijo Constancia.

—Intimidante y rastrero.

—¡Oh!

—¿Qué le pasa al chico? ¿Por qué no se está quieto?

—Está un poco nervioso.

—¿Por mí?

—No, no. Siempre es nervioso. No sé por qué.

—Debieras llevarlo fuera de aquí a algún sitio sano.

—Oh, no podríamos separarnos de Graco. ¡Ha sido tan bueno para nosotros! En el momento en que volviéramos la espalda la gente se pondría a hablar. Tú no sabes cómo son. Y yo no podría soportar que Graco pensara mal de nosotros. Tengo la esperanza de que toda la Corte se vaya pronto al Este. No me gusta Roma, ¿y a ti?

—No es lo que yo esperaba.

—No creo que los romanos aprecien realmente a Graco. La tarde en que los caballeros tuvieron su procesión ocurrió algo desagradable. ¿Estos esclavos son tuyos?

—A la mayoría de ellos los traje conmigo.

—En ese caso podremos hablar libremente.

Pero habló con mucha cautela. Todo asunto, doméstico o público, parecía estar lleno de equívocos. Poco después Constancia se levantó para irse.

—Di a Crispo que venga a verme —le dijo Elena.

Constancia se sobresaltó:

—¿A Tarquino? Ya se lo diré si lo veo.

—¿Por qué no lo vas a ver? ¿No vive en el Palatino?

—Sí, ¡pero el palacio es tan grande, hay tanta ceremonia, tantos establecimientos distintos! A veces se pasan los días sin ver a nadie.

Aquella noche, el mensaje que Elena esperaba encontrar apareció doblado en la rendija de la puerta y decía: *Cuidado con el conspirador Liciniano.*

Todas las damas reales visitaron a Elena. Había corrido la voz de que se la debía tener en cuenta. A menudo salía a ver la Ciudad, a menudo iba a la iglesia, pero en el curso de los primeros diez días

toda la predestinada familia Flavia se las arregló para visitarla. Con cada uno de los visitantes mandaba un mensaje a Crispo, quien al fin se presentó sin avisar después de anochecer y se arrojó en los brazos de su abuela. Cuando se apartó de ella estaba llorando.

Conversaron hasta altas horas de la noche. Dos veces le pareció a Crispo que sentía pasos en la terraza y ordenó a los criados que registraran el jardín. Una vez abrió bruscamente la puerta y vio que en el pasillo no había nadie más que una vieja y leal sirvienta gala que estaba arreglando las lámparas.

—Me parece que en el Palatino estáis todos con los nervios deshechos —dijo Elena—. Absolutamente todos. Tú estás como ese pobre chico de Constancia. Tendré que hablar con tu padre.

—Hace tres semanas que no hablo con él.

—Debieras salir de casa y moverte más.

—Al principio salía mucho. Varios senadores dieron fiestas en mi honor. Fueron divertidísimas. Las fiestas romanas tienen algo especial. En Nicomedia todo es muy rígido y oficial. Aquí hay mucho más lujo y al mismo tiempo todo es más sencillo. Me figuro que es porque hace más tiempo que dan fiestas. Al principio fui un personaje y parecí gustar. Me solían recibir con vítores. Aquello era muy alegre. Ahora no me dejo ver por nadie.

—¿Qué ocurrió?

—No ocurrió nada. En palacio nunca ocurre nada. Hubo, claro está, muchos anónimos, pero uno se acostumbra a eso. Lo que le hunde a uno es lo que *no* ocurre. Nadie dice nada, pero de pronto se tiene la impresión de haber caído en desgracia y todos guardan distancia. Uno comprende que ha metido la pata en algo, pero nadie dice en qué. Yo he visto cómo les ha ocurrido eso a otros. Empieza por los eunucos, que le hacen a uno la vista gorda. Luego sigue la familia y por fin el individuo acaba por no aparecer más. Otro se muda a sus habitaciones, nadie pregunta por él y todo sigue *como* si no hubiera existido nunca. A veces el individuo aparece otra vez. Ha estado fuera, ocupado en algo que le ordenaron. Generalmente no aparece nunca... Creo que Fausta tiene algo contra mí. Una temporada fuimos muy íntimos. Hasta llegué a pensar que tenía cierto interés por mí.

—¡Crispo!

—Bah, Fausta siempre está interesada en alguien. No creo que a papá le importe. Está demasiado ocupado hablando de religión. Ahí tienes otra cosa. No puedo aguantar a tanto clérigo como hay en palacio. Son peores que los eunucos.

—Yo soy cristiana.

—Ya lo sé, abuela. Yo soy partidario del cristianismo, es decir, no es de las cosas que me interesan, pero soy partidario de que la gente profese la religión que le dé la gana. Pero tanta discusión, noche y día, sobre herejías y ortodoxia, no. Papá no se cansa y no creo que entienda ni una palabra, como me pasa a mí. Ahora les da por decir que nuestra guerra en el Este tuvo que ver con el cristianismo. Estupideces. Mis hombres no pelearon por el cristianismo. Pelearon para poner a papá a la cabeza, y ganamos y lo pusieron, y no hay nada más que decir. Uno se siente como un burro cuando después le dicen que peleó por la religión. Ahí tienes otra cosa. No me corresponde a mí

decirlo, pero creo que todos saben que me porté bien en la guerra. Cuando llega el momento de guerrear discurro bien. Creo que se me podría reconocer algún mérito. Los títulos no me importan más que a otro, pero si van a nombrar un *cesar*, ¿por qué no me nombran a mí? ¿Por qué a Constancio, que es un crío?... Y no son sólo los clérigos. El Palatino está lleno de vaticinadores: Sópater, Hermógenes y un viejo farsante que se llama Nicágoras. ¿Sabes que papá mandó a Nicágoras por la posta imperial a Egipto a un congreso de magos? Te aseguro que la vida en el Palatino es un infierno. He solicitado una docena de veces autorización para volver al ejército. No he recibido respuesta. Algún eunuco se lleva los papeles y ya no se vuelve a oír hablar del asunto.

Así volcó Crispo todas sus quejas, mantenidas mucho tiempo en silencio, y el corazón de Elena latió por el desconcertado héroe. Al fin Elena dijo:

—Estoy segura de que la mayor parte de eso son imaginaciones. Si hay algo que no está bien, una palabra lo puede enderezar. Tu padre es un *buen* hombre. Recuerda eso. Tiene toda clase de cosas en que preocuparse y es posible que tenga malos consejeros. Pero yo conozco a mi hijo. No tiene nada de ruin. Iré enseguida a verle y lo arreglaremos todo.

Así fue como Elena mandó un mensaje firme anunciando su visita al Palatino y pidiendo a Constantino que le fijara una hora para su visita.

Formó la guardia, de ocho en fondo. Tendieron tapices persas en la escalera. Las trompetas lanzaron el saludo real cuando Elena se apeó de su litera. Constantino estaba allí para abrazarla.

Hacía cerca de veinte años que no se habían visto.

Salvo por su estatura y su erguido porte, el conquistador del mundo no tenía mucho de militar. Del cuello para abajo era todo tapicería. Una sobrepelliz de púrpura imperial, con encaje de hilo de oro y adornada con perlas amorfas, le caía con la rigidez de una alfombra hasta el suelo alfombrado. Carecía de mangas y en los brazos aparecía una ondulante prenda interior de color de pavo real que terminaba en puños de encaje y unas manos toscas y cargadas de joyas. La sobrepelliz estaba coronada por un ancho cuello de oro y esmalte, macizo y adecuado al cuello de toro de Constantino; sus miniaturas pintaban con indiferencia escenas del Evangelio y del monte Olimpo. Sobre el cuello se alzaba su cara, pálida como la de su padre; se había puesto colorete, pero puramente como adorno; no había el menor intento de disimular la curtida tez de campamento. La superficie de la cara se agitó en una especie de movimiento. El emperador intentó sonreír.

Pero no fue ninguna de esas cosas la primera que le llamó la atención a Elena:

—Hijo mío, ¿qué diablos tienes en la cabeza?

La cara sobre el cuello asumió una expresión de alarma.

—¿En la cabeza? —y Constantino se llevó una mano a la cabeza para espantar a algún pájaro que se le hubiera podido posar sin que lo advirtiera—. ¿Tengo algo en la cabeza?

Los cortesanos danzaron hacia adelante. Eran más bajos que Constantino y dieron saltitos para ver lo que pudiera tener en la cabeza. Sin exceso de ceremonia, Constantino se agachó:

—Bueno, ¿qué tengo? Quitadlo, sea lo que fuere.

Los cortesanos se acercaron mucho y miraron; uno alzó un dedo y tocó. Después se miraron unos a otros y miraron consternadísimos a Elena.

—¡Esa peluca verde! —dijo Elena.

Constantino se irguió. Los cortesanos se calmaron.

—¡Ay, querida madre, cómo me has asustado! —dijo Constantino—. Esta mañana la he encontrado sobre las demás. Tengo toda una colección. Tienes que pedir que te las enseñe. Algunas son *muy* bonitas. Esta mañana tenía tanta prisa por verte que he cogido la primera que me ha venido a la mano. ¿No te gusta? —preguntó con ansiedad—. ¿Crees que me hace parecer pálido? ¿No estás demasiado cansada después del viaje?

Y tomándola de una mano la condujo hacia adentro.

—No vengo más que de casa.

—Me refería a tu viaje desde Tréveris.

—Llevo tres semanas en Roma.

—¡Y no me lo habían dicho! ¿Por qué no me lo dijeron? Hasta que recibí tu carta ayer no tenía la menor idea de que habías llegado. Tenía verdadera ansiedad por verte. Dime sinceramente, nadie me dice nada sinceramente, ¿qué cara tengo?

—Estás pálido.

—*Exactamente*. Ya me lo figuraba. Siempre me dicen que tengo buena cara y después me cargan de trabajo.

Constantino llevó a su madre, a paso lento y ceremonioso, a través de antesalas. Pasaron por entre figuras que se inclinaban. Elena había esperado tener una conversación en privado, pero se veía que no era ése el plan de Constantino, quien la llevó al salón del trono, se sentó y le señaló a su derecha un asiento un poco menos majestuoso que el suyo. Fausta, que se les había unido en el camino, se sentó a la izquierda de Constantino. Los cortesanos ocuparon sus puestos alrededor y detrás, siguiendo la adecuada gradación de obediencia.

—A trabajar, a trabajar —dijo el decimotercer apóstol.

—Quiero hablar contigo —dijo Elena.

—Y yo también, mamá. Pero primero el deber. ¿Dónde están esos arquitectos?

A diferencia de Diocleciano, fuente y origen de toda aquella ceremonia, a Constantino le gustaba decidir los asuntos en presencia de la Corte. Para Diocleciano el esplendor había sido un punto de respiro, tiempo para pensar en los intervalos de la exigente rutina. Sus verdaderas consultas y decisiones las hacía o tomaba en un despacho no mayor que una tienda de campaña, sin testigos, para que sólo una vida precaria guardara cada secreto de Estado. Para Constantino la liturgia de la Corte era la mismísima sustancia de la realeza. Y sus secretos eran más oscuros.

—Éstos son los individuos que han estado construyendo mi arco —explicó mientras los chambelanes llevaban a su presencia a tres hombres descalzos y vestidos sencillamente, pero que sin

embargo se mantenían con cierta prestancia en aquella esplendorosa reunión—. Hace once años —dijo Constantino— que ordené, lo que el Senado votó graciosamente en mi honor, la construcción de un arco triunfal. ¿Por qué no está terminado?

—La dirección de obras públicas se llevó la mano de obra, señor. Ahora escasean los albañiles. Se llevaron todos los que pudieron para los templos cristianos. A pesar de eso, la obra está prácticamente terminada.

—Ayer fui yo mismo a verla. No está terminada.

—Ciertos adornos decorativos...

—*Ciertos adornos decorativos*. ¿Os referís a las esculturas?

—Nos referimos a las esculturas, señor.

—De eso es precisamente de lo que quiero hablar. Son atroces. Un niño las haría mejores. ¿Quién las hizo?

—Tito Carpicio, señor.

—¿Y quién es Tito Carpicio?

—Yo, señor —dijo uno del trío.

—Querido —dijo Fausta a Constantino—. Debes de acordarte de Carpicio. Te lo he mencionado muy a menudo. Es el escultor más distinguido que tenemos.

Al parecer, Constantino no la oyó y miró fijamente al artista con una mirada que no era la de ningún jovencuelo, sino la de un hombre entrado en años que tenía una frente maciza y un ceño ante el cual temblaban los gobernadores y los generales. Carpicio miró a Fausta para asegurarse que no se sentía ofendido y al emperador con una mansa paciencia.

—¿De modo que eres tú el responsable de las monstruosidades que vi ayer? Quizá puedas explicarme lo que quieren representar.

—Lo intentaré, señor. El arco, tal como fue concebido por mi amigo el profesor Emolfo, aquí presente, tiene, como lo vio Su Majestad, las líneas tradicionales modificadas para ajustarlas al convencionalismo moderno. Es, se podría decir, una gran masa rota por aberturas. Ahora bien, esa masa comprende ciertas superficies que ajuicio del profesor Emolfo tienen cierta monotonía. No *retenían* la mirada, si me entiende Su Majestad. En consecuencia, sugirió que la aliviara yo con los detalles decorativos que menciona Su Majestad. Yo estaba contento del resultado. ¿Las sombras le parecen a Su Majestad demasiado pronunciadas? ¿Privan de cualidad estática al conjunto? Ya he oído esa crítica.

Constantino, que fue perdiendo la paciencia con esa explicación, replicó glacialmente:

—Has oído esa crítica, ¿eh? Tus figuras son muñecos que carecen de vida y expresión. Tus caballos parecen juguetes. A todo ello le falta gracia y movimiento. He visto obras mejores hechas por salvajes. Hasta, maldito sea, hay algo que parece un muñeco y que se supone que soy yo.

—Yo no intenté hacerle un retrato exacto, señor.

—¿Y por qué no?

—No era ésa la función del detalle.

Constantino se volvió hacia la izquierda:

—¿Este hombre es el mejor escultor de Roma?

—Lo dicen todos —contestó Fausta.

—¿Eres tú el mejor escultor de Roma?

Carpicio se encogió levemente de hombros. Hubo un silencio. Después intervino con cierta valentía el profesor Emolfo:

—Si Su Majestad nos diera una idea de lo que quiere exactamente, quizá pudiéramos adaptarla al conjunto.

—Os diré lo que quiero exactamente. ¿Conoces el arco de Trajano?

—Naturalmente.

—¿Qué te parece?

—Bueno, dentro de su periodo —dijo el profesor—, excelente. No el mejor, tal vez. Prefiero, por muchas razones, el que está en Benevento. Pero el de Trajano es indudablemente atractivo.

—Estoy pensando en el arco de Trajano. No he visto nunca el que está en Benevento y no me interesa absolutamente nada.

—Su Majestad debería realmente tenerlo en cuenta. El arquitrabe...

—*Me interesa el arco de Trajano.* Quiero un arco como aquél.

—Pero aquél lo hicieron hace mucho tiempo, más de doscientos años —dijo Fausta—. No puedes esperar hoy uno como aquél.

—¿Por qué no? —exclamó Constantino—. Dime por qué no. El imperio es más grande, más próspero y más pacífico que nunca. Así me lo dicen en cada discurso que oigo. Pero cuando pido una cosita como el arco de Trajano decís que no se puede hacer. ¿Por qué no? ¿Podrías hacerme tú —preguntó volviéndose hacia Carpicio— una escultura como aquélla?

Carpicio le miró sin asustarse absolutamente nada. Dos formas de orgullo se oponían allí irreconciliablemente; dos pedantes se afrontaban cara a cara.

—Supongo que se podría lograr cierta clase de pastiche —dijo Carpicio—. Pero no tendría nada de significativo.

—¡Al diablo con lo significativo! —replicó Constantino—. ¿Puedes hacerla o no?

—¿Precisamente como aquélla? Es un tipo de obra representativa que requiere virtuosismo técnico y que a uno puede parecerle atractiva o no. A mí, personalmente, me gusta, pero el artista moderno...

—¿Puedes hacerla?

—No.

—Bien, ¿quién puede? Encontrad alguien que pueda, por Dios. Profesor Emolfo: lo que yo quiero es una batalla con soldados que parezcan soldados, y diosas, me refiero a las tradicionales figuras simbólicas, que parezcan tradicionales figuras simbólicas. En Roma debe de haber alguien capaz de hacer eso.

—Es cuestión de visión tanto como de virtuosismo —dijo el profesor—. ¿Quién puede decir que, de dos personas, las dos vean el mismo soldado? ¿Quién puede decir cómo se imagina Su Majestad un soldado?

—Yo sé ya lo que quiere decir —dijo Fausta.

—En el arco de Trajano veo yo soldados tal como son. ¿No hay en todo mi imperio nadie que pueda hacerme soldados así?

—Lo dudo mucho.

—En ese caso, maldita sea, arrancad las tallas del arco de Trajano y pegadlas en el mío. Inmediatamente. Podéis empezar esta tarde.

—Has hablado como un hombre, hijo —dijo Elena.

Después se trató de otros asuntos oficiales de un género menos humano. A Constantino le gustaba tener público en su trabajo. Elena empezó a impacientarse.

—Hijo mío, yo he venido a verte a *ti*, no al procurador fiscal de Moesia.

—Dentro de un momento, mamá.

—Quiero hablarte de Crispo.

—Sí —dijo Constantino—. Habrá que ocuparse de Crispo. Pero no ahora. Ahora vienen los rezos. Es una costumbre que acabo de instituir. Estoy seguro de que la aprobarás.

Se oyó el tintineo de una campanita y la Corte se colocó automáticamente. Varios dignatarios, un poco confusos, salieron. «Los paganos», explicó Constantino. Cerraron las puertas. De una sacristía salieron unos diáconos con luces, incensarios, un facistol y unos enormes devocionarios de tapa repujada y adornada con esmaltes. Cuando todo estuvo dispuesto, Constantino, siempre con su peluca esmeralda, descendió del trono y lo condujeron al facistol entre nubes de incienso. Primero cantaron un salmo. Luego, en un tono especial de voz, adquirido recientemente para la ocasión, Constantino les exhortó: *Oremus*, y en una detallada autobiografía dio las gracias a Dios por todas las bendiciones derramadas en su reinado. Mencionó su elevada alcurnia y sus eminentes cualidades para el poder supremo, a la divina providencia que le había protegido de varios males en su infancia, y su preservación a través de las audaces hazañas de su carrera militar. Bosquejó su irresistible subida al poder y la extinción de sus muchos rivales. Dio gracias por su sagacidad como general y estadista, poniendo ejemplos de ambas cualidades. Refiriéndose a hechos recientes detalló los acontecimientos de aquella tarde sin olvidar la presencia de su madre, el satisfactorio informe del procurador fiscal de Moesia y la conclusión de los planes para su arco triunfal... *per Christum Dominum nostrum*. La Corte cantó: «Amén». Constantino leyó a continuación un pasaje de una de las epístolas de san Pablo, explicó brevemente su significado y, en un silencio roto únicamente por el ruido de las cadenas de los incensarios, avanzó con la cabeza baja y las manos juntas hacia el trono y

salió por una puertecita que había detrás. Fausta se escurrió detrás de él.

Elena casi no se dio cuenta de que se habían ido.

—¿Adónde va? —preguntó a Constancia.

—A sus habitaciones privadas.

—Tengo muchas cosas que decirle.

—No creo que lo volvamos a ver hoy. Qué sermón más hermoso, ¿verdad? Ahora nos dice uno casi todos los días. Son una verdadera fiesta.

Las habitaciones privadas carecían de ventanas y estaban situadas en el centro del palacio. En su despacho, alumbrado con lámparas, Constantino y Fausta tenían una entrevista con dos nuevas brujas recientemente enviadas de Egipto con una carta de recomendación de Nicágoras: una vieja y una chica, las dos negras. La chica estaba en trance, rígida como una estatua sobre la mesa y musitando palabras ininteligibles.

Fausta, que ya había presenciado antes la misma exhibición, actuó de explicadora:

—Está completamente insensible. Se le puede clavar un alfiler. Prueba.

Constantino le clavó uno. La histérica continuó murmurando sin dar la menor señal de molestia.

—Muy divertido —concedió Constantino, pinchándola otra vez con el alfiler.

—En la vida ordinaria no sabe más idioma que el suyo. En sus trances habla griego, egipcio y latín.

—¿Y por qué no habla ahora? —preguntó petulantemente el emperador—. No le entiendo ni una palabra.

—Hazla hablar —dijo Fausta a la vieja.

La vieja agarró a la médium de la nariz y le movió suavemente la cabeza de un lado para otro.

—Me figuro que quiere un regalo —dijo Constantino—. Siempre lo esperan.

—Ya se le ha pagado.

—Bueno, dile que se vaya si eso es todo lo que puede hacer. Yo puedo clavar alfileres a la gente cuando me da la gana. A gente que, además, da un salto. Es mucho más divertido.

De pronto la chica se incorporó para quedar sentada y dijo en voz muy alta en latín:

—El gran emperador corre gran peligro.

—Sí —dijo Constantino, cansado—. Ya lo sé, ya lo sé. Todas dicen lo mismo. ¿Quién es esta vez?

—Kiss Crip Cris Kip Crip —farfulló la bruja tendiéndose otra vez en la mesa.

—¿Cómo se la despierta? —preguntó Constantino.

—Kipriscipiscripsip.

—Despiértala —dijo Fausta a la vieja.

La vieja se agachó y sopló con fuerza en una oreja de la joven. Emergieron los globos de los ojos, que estaban ocultos; se le cerraron los párpados y se puso a roncar. La vieja le sopló en la otra oreja. La joven se incorporó, se puso en pie y quedó otra vez postrada.

—Llévatela —ordenó Fausta.

Las dos negras salieron tambaleándose.

—No es tan buena como el que tuvimos en Nicomedia —dijo Constantino.

—Pero aquél resultó ser un simulador.

—¿Y ésta no?

—¿Qué has pensado hacer?

—Retenía un poco. Vete a verla de vez en cuando. Infórmame si dice algo interesante.

—Creo que estaba tratando de pronunciar Crispo.

—¿Y por qué no lo ha pronunciado? Ahora nadie me contesta con sentido común.

Fausta fue a su cuarto de baño, el más lujoso del mundo, un tanto desalentada. Y cuando se tendió envuelta en el balsámico vapor intentó concentrar su mente en *homoousion* y *homoiousion*. Esas palabras mágicas tenían a menudo la virtud de calmarla. Pero no aquel día.

—Bueno, muy bien, Liciniano también —dijo Constantino, y exhaló un suspiro—. ¿Alguien más?

—Constancia —dijo Fausta, fría como un pez—. Constantino, Dalmacio, Anibabiano, Dalmacio César, Dalmacio Rex, Constancio Flavio, Basilina, Anastasia, Basiano, Europia, Nepociano, Flavio Popilio Nepociano.

—¿Todos estaban metidos en eso? ¡Si a Flavio Popilio Nepociano lo bautizaron ayer! Yo le elegí los nombres.

—Más te vale mandarlos juntos a Pola. A la larga se evitarán problemas.

—Problemas —dijo Constantino, enojado—. Desde que llegué a Roma no he tenido más que problemas. Tú me empujas demasiado. Además tengo que preparar mi sermón sobre la regeneración. Todos lo esperan con gran avidez. Ya he trabajado bastante por hoy. Crispo y Liciniano pueden irse. Los demás tienen que esperar.

Garabateó su nombre en la orden, se puso una peluca y se dirigió a su oratorio privado.

La circular de la Corte decía en pocas palabras que Crispo y Liciniano habían salido de Roma en misión especial. Todos sabían lo que eso significaba. En el Palatino nadie mencionó el asunto. En el mundo exterior, más libre, unos cuantos patricios meditaron mientras tomaban vino: «¿Por qué Liciniano? ¿Quién va a ser el siguiente?».

En las calles circulaba una copla:

¿Quién añora la antigua era dorada de los héroes?
Preferimos los diamantes y rubíes de la de Nerón.

Pero había poca curiosidad. Los romanos llevaban ya mucho tiempo acostumbrados a la sucesión de familias adustas y hábiles que emergían en los Balcanes y se destrozaban unas a otras. El jubileo, gracias al cielo, casi había pasado ya. Pronto la Corte haría sus maletas y dejaría la Ciudad abandonada a sus propias preocupaciones.

En el Palatino la pregunta inexpresada: «¿Quién va a ser el siguiente?» estaba en el corazón de todos más viva que la de: «¿Por qué Liciniano?»; pero pasaron los días y, al mirar a su alrededor, los cortesanos vieron que todos seguían en sus puestos habituales, y vieron que aquel asunto era puramente familiar.

Constantino no se dejó ver. Se sabía que estaba en una de sus rachas de murria. No hubo más sermones. La única persona que tenía acceso era Fausta. Los funcionarios tenían que actuar a través de ella, le entregaban papeles y Fausta se los devolvía de vez en cuando firmados. Era la única persona que conocía el estado del emperador.

Constantino y ella habían pasado juntos muchas rachas parecidas, pero aquélla fue más negra y profunda que ninguna de las anteriores. Se le había manifestado de pronto. Los primeros días siguientes a la partida de Crispo estuvo del mejor talante, sus sermones adquirieron tonos más elevados que nunca. Luego, sin ninguna advertencia, canceló todas las audiencias y se encerró en su cuarto, donde pasó hora tras hora tendido, sin mudarse de ropa, a la mortecina luz de la lámpara, sin peluca, sin pintarse, lleno de miedo y en un intermitente estupor de melancolía. Fausta se quedó con él. No era el momento de dejar que diera rienda suelta a sus caprichos.

Tres días después de sentirse de mejor humor, cuando el barco-prisión ya había llegado a Pola, dio la orden de que volviera. Dijo que quería hablar con Crispo y preguntó por él repetidas veces hasta que Fausta se vio absurdamente obligada a darle la noticia de que su hijo había muerto. ¿De qué? Fausta improvisó un cuento de una plaga en la costa dálmata. Crispo había insistido en bajar a tierra, murió doce horas después y lo incineraron allí mismo por temor a una infección.

Constantino, en un paroxismo de dolor, pidió más detalles. ¿Cuáles fueron los síntomas? ¿Qué remedios se le habían aplicado? ¿Cómo se llamaban y que títulos tenían los médicos que lo asistieron? ¿No se sospechaba alguna maldad?

Fausta le hizo saber que no había sido Crispo el único. También habían sucumbido su primo Liciniano y varios de su círculo más íntimo. La peste había sido muy virulenta.

Aquello pareció consolar por cierto tiempo a Constantino, que estuvo inmóvil musitando: «Inflamación en las ingles... vómito negro... coma... putrefacción», hasta que unas horas después dijo:

—No era ésa la forma en que yo quería que murieran. Di órdenes muy distintas y explícitas para que los asesinaran.

—No fueron asesinados. Los ejecutaron por traidores. Era necesario.

—No era absolutamente nada necesario —dijo severamente Constantino—. ¡Ojalá no hubiera ocurrido!

—Era una cuestión de: tu vida o la de ellos.

—¿Y cuál es la diferencia?

No era una pregunta fácil de contestar. Constantino repitió:

—Dime la diferencia. ¿Por qué es *necesario* que viva yo en vez de vivir ellos?

—Tú eres el emperador.

—También lo era tu padre, y no por eso salvó la vida. Yo lo maté. De todos modos, era una mala bestia.

La bestialidad del emperador Maximiano resultó ser un tema consolador. Constantino se explayó sobre él y Fausta asintió mansamente. Después Constantino se quedó callado toda la noche y todo el día siguiente, y cuando habló fue para volver al tema anterior:

—Todos me dicen que es necesario que yo viva. Me figuro que lo es. La unanimidad parece absoluta en esa cuestión. Pero no veo las razones.

Así prosiguieron los días de mal humor y al fin preguntó:

—¿Mi madre sigue en Roma?

—Creo que sí.

—¿Por qué no ha venido a verme? Ha debido de oír que yo estaba muy indispuerto. ¿Crees que estará enojada conmigo por algo?

Ésta era la pregunta que Fausta más quería evitar. La emperatriz madre, muy enojada, se había presentado en palacio diariamente desde la muerte de Crispo, para ver a su hijo. Le habían dicho que Constantino se había ausentado de Roma para sofocar un motín; que había partido súbitamente para Benevento con objeto de recoger ideas para la terminación de su arco. Elena no creyó ni una palabra de lo que le dijeron. Verdadera hija de la casa de Boadicea, recorrió en tromba el palacio, habitación por habitación, llevando por delante un tropel de eunucos y prelados. Pero lo impenetrablemente intrincado del palacio la había desconcertado. Un día encontraría la entrada a las habitaciones de Constantino, y entonces no se le resistiría ningún centinela.

—Quería mucho a Crispo —se aventuró a decir Fausta.

—Sí, naturalmente. Lo crió ella. Era un chico muy simpático.

Entonces fue cuando Fausta cometió su más egregio error.

—No puedo menos de preguntarme si tu madre estaría enterada de la conspiración.

El tono con que lo preguntó resonó en la trastornada mente de Constantino. Era familiar y peculiar. ¿A cuántos había destruido Fausta con aquel mismo tono? Constantino escuchó con atención y oyó el doblar a muerto por sus viejos compañeros de armas —unos canallas en su mayoría—, descuartizados, estrangulados, envenenados uno tras otro en los altibajos de veinte años de su vida de casado. No dijo nada, y Fausta prosiguió:

—Sabemos que Crispo la visitó en el palacio Sesorio. En el momento en que ella llegó a Roma fue cuando la conspiración maduró.

Constantino no dijo nada. Fausta estaba acostumbrada a aquellas pausas y poco después, para mantener vivo el tema, preguntó:

—¿De dónde es tu madre? Nadie parece saberlo.

—De Britania. Ese era uno de los pocos secretos de mi padre —contestó Constantino.

Y como si hubiera olvidado el tema de la conversación se puso a hablar de aquella remota isla, de las blancas murallas de York y las ricas leyendas poéticas de aquel país, y dijo que esperaba visitarlo algún día.

Fausta tuvo la primera impresión de que su intento había fracasado. Era como sembrar, pensó, como el sembrador de la Biblia. A veces la semilla caía en tierra pedregosa Intentaría otra vez. Así razonó aquella tarde mientras Constantino yacía silencioso mirándola, pero después del baño, refrescada y de vuelta al buen estado de ánimo, al ver la misma dura mirada de Constantino, se alegró de que su insinuación hubiera pasado inadvertida. La anciana dama no podía ser un peligro serio. Pronto se volvería a Tréveris y no la verían más. Nunca hay que hacer daño más que por ventajas positivas, inmediatas. Para Fausta, más allá de esa simple norma acechaba el desastre y quizá la condenación.

Fausta volvió del baño untuosa y aromática, y al ver que Constantino parecía notar su presencia más que antes, se preguntó si no sentiría deseo de amar. A veces su mal humor terminaba de aquella manera. Se le insinuó, y Constantino no hizo caso. Otra vez terreno pedregoso. Constantino tenía algo en qué pensar. Pensaba que *Fausta había ido demasiado lejos*.

Constantino llamó a las brujas al anochecer. Fausta, embebida en el espíritu de cálculo inducido por el baño, había decidido que la utilidad de las brujas había concluido. Aquella actuación sería la última. Lo fue.

La chica cayó en trance con unos cuantos pases. Se retorció, gruñó, farfulló, como otras muchas veces en sesiones decisivas, bajo la observadora mirada de Constantino, y acabó por decir:

—El sagrado emperador corre gran peligro.

Todo iba ocurriendo con arreglo a la rutina. La negrita estaba, como la habían visto muchas veces, rígida en su asiento, casi sin aliento, con los dientes apretados y los ojos en blanco. De pronto hubo en ella un cambio y rompió a sudar tranquila, sonriente, moviendo con facilidad los ojos, y a balancearse de un lado a otro y a dar golpecitos. La vieja puso cara de preocupada y susurró unas palabras a Fausta.

—Algo le pasa. La vieja dice que es mejor despertarla. Esta noche no habrá profecía.

En el corazón de la brujita sonó una música que los tres que la observaban no oían y que venía de más allá de las pirámides y gemía en el *bistro* donde giraba el disco de jazz. La chica había descendido del terraplén del tiempo y lugar a una ciénaga sin huellas. Era ahora la criatura de

cualquiera, atrapada, por decirlo así, fuera de su concha y totalmente inerte. Errando a tientas, la histérica cayó de pronto en poder de un demonio que la poseyó. De sus labios jóvenes y carnosos salió, en tonos suaves, rítmica como el batir de *tom-toms*, dulce y grave como una canción de amor, la antigua y torturada voz de la profecía:

¡Zivio! ¡Viva! ¡Arriba! ¡Heil!

Gran jefazo desde el Nilo hasta el Rin.
Tuvo dos dioses y tuvo dos mujeres
y fichas por valor de un millón de seres.

Se jugó a los dados el mundo y la Capital
y en una sola tirada ganó todo el platal.
Devora su comida de muy fina manera,
para la isla de Elena es un jefe de primera.

Hombre del destino, hombre de dolor,
jefazo que a nadie le inspiró amor.
El mundo era suyo pero el mundo se enojó
y el mundo y muchas vidas perdió.
A perderlo todo le llevó su destino fatal,
en la isla de Elena le llegó el momento final.

Contemplando el océano, en su soledad,
no vio jefe más triste la humanidad.
Milla tras milla nada más que el mar,
la astucia britana le supo engañar.
Soportando vilezas allí se quedó
y en la isla de Elena se pudrió.
Ave atque vale! Heil!

La negrita se calló y la vieja bruja miró abyectamente a sus patrones, sopló en las orejas de la chica, la sacudió y le dio órdenes perentorias en su idioma.

—Creo que ya hemos oído bastante —dijo Constantino—. Vámonos —y por primera vez en varias semanas salió de sus habitaciones privadas.

—Ésta ha sido su actuación más notable —dijo Fausta.

—Muy notable.

—¿Te has fijado en cómo ha mencionado la astucia britana?

—Sí.

—Nadie sabe lo de tu madre, ¿verdad?

—Nadie más que tú y yo, querida.

—Eso me parece la prueba positiva de que la chica es sincera.

—Positiva —dijo Constantino.

Constantino fue al gran salón donde atendía sus asuntos. Pidió una peluca. Pidió papeles. La Corte se congregó a su alrededor. Constantino despachó con rapidez varios asuntos pendientes. Por todas partes corrió la voz de que al emperador se le había pasado la racha de murria.

El gran chambelán le llevó una lista de las personas que habían solicitado audiencia.

—¿La emperatriz madre ha venido todos los días?

—Todos los días.

—La veré mañana. Mañana inspeccionaré también el arco. Di a los arquitectos que me esperen allí. Hoy no hay rezos.

Después se retiró con un funcionario a quien empleaba de vez en cuando en asuntos confidenciales.

—A esas dos brujas negras que mandó Nicágoras no las necesitaré más.

—Muy bien, señor.

—¿Hasta ahora las has tenido encerradas?

—Sí, señor; desde que llegaron.

—Bueno, di que las destruyan.

—Muy bien, señor.

—¿No han visto a nadie?

—Sólo a la emperatriz.

—Ah, sí, a la emperatriz. También de ella quiero hablarte. ¿En dónde está, exactamente, en este momento?

—Me figuro que en su baño. Es su hora habitual.

A la hora habitual, la buena hora, en la tórrida habitación, Fausta, sola y desnuda, se miraba en el espejo, que no estaba empañado porque el calor era tan seco como en el desierto, y estudiaba su cara redonda, mojada y serena, y meditaba.

Veinte años casada, rodeada de espías, y jamás la habían atrapado en un pecadito; madre de seis hijos y aún —¿verdad?— muy deseable; sin cumplir los cuarenta, y dueña del mundo.

Hacía poco tiempo que los tapiceros habían completado la comodidad de aquella pequeña habitación con un colchón y almohadas de una delicada piel de cabra africana que, suaves como la seda, impermeables, con el olor del cuero hábilmente sofocado en aceite de madera de sándalo, eran un triunfo del curtidor.

Aquel cuarto seco y caliente era, por su naturaleza, el más sencillo. En la piscina había objetos artísticos. En el cuarto seco hasta la puerta tenía que ser sencilla. El bronce se calentaba demasiado y la marquetería de marfil y carey, parte del primer plano trazado, se caía a pedazos. La puerta era una simple tabla de cedro pulido. Pero las paredes, el suelo y el techo eran de dibujos de Emolfo, complicados y deslumbrantes como un tapiz persa. Los lapidarios del mundo habían contribuido a su construcción con sus colores más vistosos y piedras con las vetas más raras.

Fausta se contempló mientras el sudor le corría por entre los pechos y le rebosaba el ombligo. Estaba contenta. Sobrevivir a los enemigos que tuvo en el mundo; tener siempre a mano al querido obispo para que la recomendara, si era necesario, a la inmediata y eterna felicidad en el otro mundo; ¿qué otra heroína de la Antigüedad disfrutó de los privilegios de Fausta?

Pero, indudablemente, los fogoneros se estaban excediendo en el calor aquel anochecer.

Fausta recordó en detalle el imprevisto drama de la sesión con las brujas. No había realmente una explicación racional. Sin que se lo dijeran, sin ensayar, se hubiera dicho que inspirada, la negrita había salido con lo que Fausta titubeaba en decir, y había dicho precisamente lo que se necesitaba. ¡Y Fausta había estado antes a punto de hacerla estrangular! Eso mostraba simplemente la primordial importancia de lo sobrenatural. Todo lo que el obispo describía, el fantástico y benéfico mundo de Querubín, Serafín y los ángeles de la guarda, era cierto. El cielo había hablado a Fausta como habló a Constantino en el puente de Milvio.

Pero indudablemente iba haciendo demasiado calor. Fausta llamó con la campanilla.

Aguardando al esclavo que debía haberse presentado inmediatamente y que inexplicablemente se retrasaba, meditó en aquel alborozante misterio. ¿Por qué era ella la única tan privilegiada entre todas las mujeres? No podía ser por un tributo a la gran posición que ocupaba en el mundo. En realidad, si se ponía a pensar, la Divina Providencia parecía descuidar ostensiblemente a la familia imperial. No; era por sí misma, por alguna rara idiosincrasia de alma. Indignamente, tal vez, pero muy convenientemente, ella era la elegida de Dios; su favorita y consorte especial. Eusebio le había insinuado más de una vez algo parecido. Ahora tenía la prueba palmaria.

Nadie acudió a su llamada. El calor se hizo desagradabilísimo, intolerable.

Cuando Fausta se incorporó para quedar sentada, su movimiento pareció abanicar el aire ardiente y el corazón le latió atropelladamente. Puso un pie en el suelo, que ardía, y se apresuró a levantarlo. Agitó con furia, llena de miedo, la campanilla. Algo extraño pasaba. Nadie se presentó y la sangre le zumbaba en los oídos al ritmo de la bruja: *El mundo era suyo, pero el mundo se enojó.*

No había que dar más de tres pasos en el suelo de malaquita y pórfido. Pero había que darlos. Fausta, cautelosa hasta el fin, utilizó los almohadones como protección para no quemarse los pies; llegó a la puerta, agarró resueltamente el ardiente picaporte y empujó, pero la puerta no cedió. Fausta sabía que no iba a ceder. Lo había comprendido en uno de los momentos en que pasó de un almohadón a otro, y después vio por la mirilla el pestillo echado por fuera. No tenía objeto empujar, llamar o golpear. La buena hora había pasado. Fausta resbaló, dio unos tumbos y acabó por quedar quieta como un pez sobre una tabla.

IX

Retirada

—Ya lo sé, ya lo sé. Todo lo que dices es perfectamente cierto, mamá. Pero no es lo cariñoso que uno espera en momentos como éste, especialmente de su madre. Últimamente me he sentido muy cambiado. De vez en cuando tengo estas rachas. No te imagines ni por un momento que me gustan. Son un verdadero tormento. He visto a médicos, he oído las mejores opiniones del mundo. No pueden hacer nada por mí. Todos me dicen que ése es el precio que hay que pagar por facultades superiores. También otros tienen que pagar ese precio. No pueden esperar que se les haga todo porque sí. Aquí estoy yo matándome en trabajar, acabando con todos sus enemigos y administrándoles el mundo. Y si a veces me entra la murria hablan de mí como si fuera un monstruo... Sí, ya sé lo que dicen en toda Roma. Odio a Roma. Me parece una ciudad repugnante. Nunca me ha sentado bien. Ni siquiera después de mi batalla en el puente Milvio, cuando todo eran flores y banderas y aleluyas y yo era el salvador, ni siquiera entonces me encontré del todo a gusto. ¡Que me den el Este, donde un hombre puede sentirse único! Aquí no es uno más que una figura en un interminable desfile histórico. La ciudad espera que uno pase... Además cunde la inmoralidad. No podría repetir las cosas que he oído. Y todo se está cayendo, y los desagües son horribles. Te digo que odio a Roma.

—En otro tiempo decías que era la Ciudad Santa.

—Sí, mamá, pero eso fue antes de mi ilustración. Antes de que viera la gran aurora en el Este. Odio a Roma. Me gustaría quemarla.

—¿Como Nerón?

—¿Por qué has dicho eso? Será que has visto el odioso verso: *Preferimos los diamantes y rubíes de la de Nerón*. Esas cosas dicen de mí los romanos. ¿Cómo se atreven? ¿Cómo pueden ser tan estúpidos? En Nicomedia me llaman el decimotercer apóstol. La culpa de todo la tiene aquella mujer. Ahora que ha muerto, las cosas irán mejor, serán distintas. No creerías lo que he sabido de ella en las últimas veinticuatro horas. Todo era culpa de Fausta. Ahora empezaremos de nuevo. Va a haber una completa renovación.

—Hijo mío, no hay más que una manera de renovar las cosas.

—Ya sé a lo que te refieres —dijo Constantino, que tenía expresión de estar calculando. De pronto habló el político—: Fausta me daba constantemente la lata con el *bautismo*; hasta Constancia la imitó. ¡Mal rayo me parta! —exclamó en un estallido de indignación—. A Constancia no le ha pasado nada, ¿verdad? No le he hecho nada. Y sin embargo me comparan con Nerón. ¿La hubiera dejado Nerón tranquila y sonriente?

—Sonriente no está, Constantino.

—Pues debería sonreír. Te aseguro que de buena se escapó. Pero eso es típico. No encuentro gratitud en ninguna parte. ¿Por qué no sonrío Constancia?

Elena no dijo nada y Constantino repitió furioso:

—¿Por qué no sonrías Constantia? Yo le... Mamá, ¿estoy loco?

Y como Elena siguió sin decir nada, añadió:

—Déjame que te hable de mis murrias, como las llaman. Te explicaré por qué es tan injusto compararme con Nerón. Te voy a explicar, de una vez para siempre, lo de mis murrias. Quiero que lo entiendas... Nerón tenía murrias. Yo lo he leído. Era un tipo brutal, un esteta neurótico. Gozaba realmente destruyendo cosas y viendo padecer a la gente. Yo soy lo contrario. No vivo más que para otros, para enseñarles, para evitar que hagan tonterías, para construirles edificios. Mira lo que he hecho hasta en Roma. Mira las iglesias y las fundaciones. ¿Tengo favoritos? Ni siquiera tengo un amigo. ¿Doy orgías? ¿Bailo, canto y me emborracho? ¿Disfruto de alguna manera? Yo diría que mis recepciones son las fiestas más aburridas que se han dado en el Palatino. No hago más que trabajar. A veces siento que el mundo entero, todos menos yo mismo, se ha detenido, como si todos los demás estuvieran con la boca abierta esperando a que haga algo por ellos. Apenas son seres humanos; son cosas que estorban, que están donde no deben estar y que hay que mover y utilizar o tirarlas. Nerón creyó que era Dios, idea blasfema e indecente. Yo sé que soy humano. En realidad, a menudo siento que soy el único ser humano en toda la Creación. Y eso no tiene nada de agradable, te lo aseguro. ¿Comprendes, mamá?

—Sí, perfectamente.

—¿Qué es eso, entonces?

—El poder sin la gracia —dijo Elena.

—Ahora vas a empezar tú a darme la lata con lo del bautismo.

—A veces —continuó Elena— tengo un terrible sueño del futuro. No ahora, pero pronto, la gente olvidará su lealtad a los reyes y emperadores y se adueñará del poder. En vez de dejar que una víctima soporte esta espantosa maldición, la tomará a su cargo cada uno de ellos. Piensa en la desgracia de todo un mundo poseído de poder sin gracia.

—Sí, sí. Todo eso está muy bien; pero ¿por qué he de ser yo la víctima?

—Hace unos años hablamos de eso, ¿te acuerdas?, cuando ibas camino a Britania a ver a tu padre. Siempre he recordado tus palabras. Tú dijiste: «Si quiero vivir debo decidirme a gobernar».

—Y sigue siendo verdad.

—Pero no sin gracia, Constantino.

—¡El *bautismo*! Al fin siempre se vuelve a eso. Bien, me voy a bautizar, no tengas cuidado. Pero todavía no. Yo mismo elegiré el momento. Antes de eso tengo que hacer otras cosas. ¿Crees de veras en todo lo que dicen los sacerdotes?

—¡Claro que sí!

—También yo. Y *eso* es lo único importante. En África hay unos locos que dicen que el que se convierte bien no puede volver a pecar. Yo sé que eso no es cierto. Mira a Fausta. Pero el bautismo se le lleva a uno por el momento todos los pecados de su vida, ¿verdad? Eso es lo que dicen. Eso es lo que nosotros creemos, ¿verdad?

—Sí.

—Se vuelve a empezar completamente de nuevo, completamente inocente, como un niño recién nacido. Pero al minuto siguiente se puede volver a caer en el pecado y condenarse por toda la eternidad. Esa es la buena doctrina, ¿verdad? Pues bien, ¿qué hace el hombre discreto, el hombre que está en una posición como la mía, en que es imposible no cometer de vez en cuando unos cuantos pecados? Espera. Lo demora hasta el último momento. Deja que se acumulen los pecados cada vez más negros y más graves. No importa. El bautismo le lavará de todos ellos y lo único que tiene que hacer después es seguir siendo inocente por un poco de tiempo, tener al diablo a raya una o dos semanas, quizás unas cuantas horas nada más. Eso es estrategia. Lo tengo todo planeado. Claro está que interviene el azar. Le pueden sorprender a uno y hacerle caer en una emboscada antes del golpe final. Por eso es por lo que tengo que poner mucho cuidado. No puedo permitirme el lujo de correr riesgos. Para eso existen la policía secreta y los adivinadores. La mayor parte de lo que dicen es una sandez, ya lo sé, pero nunca se puede estar seguro. Es posible que acierten en algo. Hay que actuar con arreglo a la información que dan. Eso es táctica. Ya ves que lo que está en juego no es mi vida, sino mi alma inmortal. Y eso es *infinitamente* importante. *Infinitamente* importante en su sentido literal. Los sacerdotes lo admiten así. Ya ves que no importa mucho si realmente Crispo era inocente o no. ¿Qué son unos años más o menos en la vida de Liciniano? Ahora estamos midiendo las cosas en otra escala de valores... ¿Me he explicado bien? ¿Ves ahora lo cruel que es compararme con Nerón?... Lo único que necesito es que se me entienda y aprecie. Ya sé lo que voy a hacer —prosiguió Constantino animándose—. Si me prometes no enojarte te enseñaré algo muy especial.

Constantino llevó a su madre a la sacristía, en la que se entraba por el gran salón de palacio, pidió las llaves y abrió él mismo un armario. Dentro había un paquete envuelto en seda. Un sacristán ofreció su ayuda.

—¡Largo de aquí! —le dijo Constantino—. Nadie más que yo está autorizado para tocar esto. Muy pocos lo han visto.

Con torpeza, en su precipitación, abrió el paquete y luego se apartó y adoptó una postura grandiosa con el objeto en la mano derecha.

El objeto tenía el tamaño y la forma de un estandarte militar. Su cabeza formaba una cruz latina de chapa de oro. Sobre la cruz había una enjoyada corona de dibujo complicado y en el centro de la corona un monograma de joyas con las sagradas letras XP. De la transversal de la cruz pendía una bandera de seda purpúrea ricamente adornada con bordados y gemas, que ostentaba el lema *TOYTOI NIKAI* y una serie de retratos en medallones finamente cosidos.

—¡Por todos los santos! ¿Qué tienes ahí?

—¿No lo ves? Mi lábaro.

Elena estudió con creciente asombro la magnífica obra de arte y artesanía.

—No me vas a decir que tú llevaste *eso* a la batalla del puente Milvio.

—¡Claro que lo llevé! Con este signo vencí.

—La versión que yo he oído siempre es que la víspera de la batalla tuviste una visión en la cueva

y que en el acto cambiaste las marcas en los escudos de los soldados y encargaste al armero que te hiciera un estandarte con la forma de la cruz.

—Efectivamente. Esto es.

—¿Y esto te lo hicieron en el campamento?

—Sí. ¿No es interesante que lo hicieran allí?

—Tuvieron que tardar varios meses.

—Te aseguro que lo hicieron en dos o tres horas. Los joyeros estaban inspirados. Todo fue milagroso aquel día.

—¿Y esos retratos de quiénes son?

—El mío y los de mis hijos.

—Pero, hijo mío, todavía no habían nacido.

—Te digo que fue un milagro —dijo Constantino confuso—. Si no te interesa lo guardaré.

—Tome la posesión de esto —dijo Constantino al papa Silvestre—. Todo es suyo. Me voy de aquí y no pienso volver jamás. En mi sarcófago puede meter a quien quiera. Cuando yo me muera..., si muero, dejaré mis huesos en el Este. Pero ya sabe que nunca se puede estar seguro. Últimamente he pensado y leído mucho sobre esas cosas y he visto que hay varios casos auténticos, ¿verdad?, en que Dios, con sus buenos motivos, ha dispensado de todo ese degradante asunto de enfermar, morir y pudrirse. A veces pienso que quizá en Su infinita bondad tenga dispuesto para mí algo parecido. No acabo de imaginarme del todo a mí mismo muriendo en la forma corriente. Quizá me mande El un carro como se lo mandó al profeta Elías... A mí no me sorprendería nada, y me atrevo a decir que no sorprendería a nadie.

Elena atrapó la mirada de Silvestre y se comprendieron mutuamente.

El emperador dejó de fantasear y continuó más prácticamente:

—Pero en todo caso, no va a ocurrir hasta dentro de muchos años. Hay mucho que hacer. Cuando llegue el momento, mi sarcófago, vacío u ocupado, debe yacer en un ambiente cristiano. Roma es pagana y lo será siempre. Sí, ya sé que aquí están las tumbas de Pedro y Pablo. Espero no haberme mostrado insensible a esa distinción. Pero ¿por qué están aquí? Simplemente porque los asesinaron los romanos. Esa es la sencilla verdad. ¡Si hasta pensaron en asesinarme a mí! Roma es impía y se la cedo de buena gana a Su Santidad... Tengo que empezar algo *nuevo*. Ya tengo el sitio, muy central; hará un puerto sublime. Los planes están trazados. Enseguida empezará la construcción de una gran capital *cristiana* en el centro mismo de la cristiandad; una ciudad construida en torno a dos grandes iglesias nuevas dedicadas a (¿a quién cree Su Santidad?) la sabiduría y a la paz. La idea se me ocurrió de pronto el otro día, como se me ocurren siempre las buenas ideas. Algunos podrían decir que es «inspiración». A mí me parece simplemente natural. Ya puede Su Santidad quedarse con su vieja Roma, con su Pedro y Pablo y sus túneles llenos de mártires. *Nosotros* empezamos sin nada que nos recuerde cosas desagradables; en la inocencia, con la divina sabiduría y la paz. Yo pondré mi

lábaro —añadió Constantino mirando severamente a su madre— donde lo aprecien. En cuanto a Roma, es suya.

—Para citar al juicioso Gayo —observó un prelado doméstico a otro—, nos hace «un legado ruinoso».

—De todos modos, me gustaría tener eso por escrito.

—Ya lo tendremos, monseñor, ya lo tendremos.

—Los recuerdos desagradables son la semilla de la Iglesia —dijo el papa Silvestre.

—Lactancio solía decir algo parecido.

—Oh, no hay nada nuevo en eso. Nunca intento ser original. Eso de la originalidad es mejor dejárselo a los levantinos.

—No me gustan las cosas nuevas —dijo Elena—. En el país de donde yo soy no le gustan a nadie. No me gusta la idea de Constantino de una Nueva Roma. Suena a algo vacío y limpio, como la casa recién barrida del Evangelio que estaba llena de demonios.

Los dos admirables ancianos se entendían de maravilla. Elena se quedó cuando Constantino partió, y el Papa pareció haber esperado que se quedara.

—No se puede mandar llamar a la paz y la sabiduría —continuó Elena— y construir casas para encerrarlas en ellas. No existen más que *en la gente*, ¿no le parece? A mí, que me den verdaderos huesos.

Elena y el Papa estaban en una pequeña logia que daba a lo que en otro tiempo fue el parque y ahora estaba casi lleno con la nueva iglesia de Constantino.

—Se hace raro pensar que la pobre Fausta vivió aquí.

En tiempos de Fausta las limpias oficinas de los clérigos estaban festoneadas de seda. Nada de aquello sobrevivió. Aquí y allí, en el palacio, se podía recordar a los lateranenses por un trozo de cornisa o un sátiro cubierto de hiedra en el parque. Pero de Fausta no quedaba nada. Había pasado con un movimiento de aletas doradas, dejando una estela de burbujas. Hasta los dos Eusebios habían borrado su nombre de las oraciones.

Elena siguió el hilo de desdichados recuerdos recientes y dijo:

—Y no es que Roma sea todo lo que yo esperaba.

—Eso lo oigo muy a menudo. No puedo juzgar. Yo soy romano por los cuatro costados. No puedo imaginarme lo que sería venir aquí por primera vez.

—Yo conocí hace mucho tiempo a un hombre, mi maestro en casa, que solía hablarme de las ciudades santas de Asia. Son tan santas, decía, que sus murallas dejan afuera todas las malas pasiones del mundo. No hay más que poner el pie dentro para ser como los santos.

—¿Había estado él en aquellos lugares?

—No, era un esclavo.

—No supongo que le hubieran parecido muy distintas de otras. A los esclavos les gusta imaginar ciudades así. Creo que siempre seguirán imaginándose las. Para un romano no puede haber más que una Ciudad, y aun ésa muy imperfecta.

—Es imperfecta, ¿verdad?

—Sí, naturalmente.

—¿Va empeorando?

—No, creo que va mejorando un poco. Ya miramos atrás a los tiempos de la persecución como si hubieran sido una era heroica, pero ¿ha pensado alguna vez en cuán poquísimos fueron los mártires, en comparación con los muchos que debieron haber sido? La Iglesia no es un culto sólo para unos cuantos héroes. Es la redención de toda la humanidad caída. Naturalmente, en este momento vienen a nosotros muchas personas turbias, nada más que para ponerse al lado del ganador.

—¿En qué creen esas personas turbias? ¿Qué tienen en la cabeza?

—Sólo Dios lo sabe.

—Ésa es la pregunta que me he hecho toda la vida —dijo Elena—. No logro una respuesta directa ni siquiera en Roma.

—Hay gente en esta ciudad —dijo Silvestre en un tono un tanto alegre— que cree que el emperador se estaba preparando un baño en sangre de niño para curarse sus paperas y que en vez de eso lo curé yo y por eso ha sido tan generoso conmigo. La gente cree eso ahora que el emperador y yo vivimos y nos ven pasar ante sus caras. ¿Qué creerán dentro de mil años?

—Algunos parecen no creer absolutamente nada —dijo Elena—. Todo es un juego de palabras.

—Ya lo sé —dijo Silvestre—, ya lo sé.

Elena dijo entonces algo que no parecía congruente:

—¿Dónde *está* la cruz, de todos modos?

—¿Qué cruz, hija mía?

—La única. La verdadera.

—No lo sé. No creo que alguien lo sepa. No creo que nadie haya preguntado eso hasta ahora.

—Debe de estar en alguna parte. La madera no se disuelve como la nieve. No tiene ni trescientos años. Los templos de aquí están llenos de vigas y paneles de doble número de años. La razón dice que Dios cuidaría más de la cruz que de esas vigas y paneles.

—Respecto a Dios, nada dice la razón. Si Él hubiera querido que tuviéramos la cruz, sin duda nos la habría dado. Pero no es eso lo que ha decidido. Ya nos da bastante.

—Pero ¿cómo sabe Su Santidad que El no quiere que la tengamos? Apuesto a que está esperando que uno de nosotros vaya y la encuentre, precisamente en este momento, cuando más necesaria es. En este momento en que todos olvidan y hablan de la unión hipostática, hay un sólido pedazo de madera

que les está esperando para que se den contra él un golpe con la cabeza. Yo voy a ir a encontrarlo.

La emperatriz madre era una anciana, casi de la misma edad que el papa Silvestre, pero él la miró cariñosamente como si fuera una niña, como a una impetuosa princesa joven que iba contenta a cazar con podencos, y le dijo con la ironía más suave:

—Ya me lo contará si tiene éxito, ¿eh?

—Se lo contaré al mundo —dijo Elena.

X

La inocencia del obispo Macario

Elena emprendió su peregrinación a principios del otoño del año 326. El punto de partida fue Nicomedia. Allí, en aquel tiempo, convergían las comunicaciones del imperio. Allí pusieron a su disposición los ilimitados recursos de la tesorería. La maquinaria oficial le allanó el camino y equipó su caravana.

Avanzó a paso cómodo, saliéndose de su ruta para detenerse en Drepanum y ordenar la construcción de una iglesia dedicada a san Luciano, doblando luego tierra adentro para seguir la carretera que pasaba por Ancira, Tarso, Antioquía y Lida. Dondequiera que fue con su fuerza de guardia y su oro en barras, la recibieron el clero, los funcionarios y el populacho postrándose y aplaudiendo. Hizo donaciones a conventos, puso en libertad a presos, dotó a huérfanos y dirigió la construcción de templos y basílicas. Vio lo que había que ver y veneró los escenarios de la historia cristiana. Dio grandes propinas a la jerarquía. Se movía envuelta en un dorado halo de mercedes y, al parecer, todos estaban contentos de su presencia y la querían mucho. No sabía la congoja que su próxima llegada causaba en un pecho inocente.

Porque Macario, obispo de Aelia Capitolina, era, con toda certidumbre, inocente. Sabía bien que a Dios le disgustaban tanto las falsas acusaciones como los subterfugios y ocultaciones. Había analizado el asunto detalladamente una y otra vez y no encontraba en toda su conducta el menor rastro de motivos impuros.

Cuando examinaba su conciencia la examinaba siguiendo el método y la estudiada manera de observar que en pocas épocas posteriores seguiría un naturalista al estudiar la vida en un pantano. Los penitentes menos científicos no veían más que los pocos peces grandes; los remilgados se echaban atrás ante las malezas y la suciedad de la superficie y con los ojos cerrados prorrumpían en una emotiva e inexacta declaración de autorreproches. Pero durante toda su larga vida el obispo había refinado su conocimiento del alma hasta el punto de que toda opacidad, todo germen microscópico tenían para él un peculiar significado. Sabía lo que era nocivo, lo que era inocuo y lo que era valioso. Así, ahora, en el gran asunto del santo sepulcro miraba a través de varias brazas de limpia agua dulce y se proclamaba a sí mismo irreprochable.

Sin embargo, era objeto de reproches, entre ellos del prefecto. Fue el prefecto el primero que le dio la noticia al visitarlo una cálida mañana de septiembre y estropearle un día que prometía tranquilidad.

—Vea usted lo que ha hecho —dijo el prefecto—. Espero que esté contento.

El mero hecho de que el prefecto lo visitara indicaba lo mucho que habían cambiado las cosas para Macario en los últimos dieciocho meses. Dos años antes, el prefecto lo hubiera llamado a la casa de gobierno. Unos pocos años antes hubiera negado rotundamente conocer la existencia de Macario o lo hubiera metido en la cárcel.

—¿Cómo cree usted que voy a poder alojar a la emperatriz madre? —preguntó el prefecto—. Ya era esto un lugar lamentable antes de que usted se entrometiera con sus cosas. Ahora, con

constructores y peregrinos y la mitad de las calles obstruidas, es simplemente inhabitable. ¿Cómo voy a proteger a la emperatriz madre? Lo único que no han aumentado es *mi* establecimiento.

—Créame que lo siento muchísimo —dijo Macario—. Yo no me proponía que ocurriera nada de eso.

La cosa había empezado en Nicea el verano anterior. La oportunidad era única. Por primera vez en la historia la Iglesia se mostró en toda su majestad: legados papales, el emperador, la conjunta jerarquía de la cristiandad. Muchos miembros del alto clero habían presentado, unos contra otros, quejas de herejía, traición y magia. Constantino las quemó, ostensiblemente sin leerlas. Pero Macario tenía una petición de otro orden. Hombres de espíritu estrecho podrían imputarle que la presentaba por ambición, pero Macario sabía que sus motivos eran otros. No deseaba nada más que la mayor gloria de Dios, y ese alto propósito se lo frustraba la vejatoria anomalía de la posición de su propia sede.

Porque su Aelia Capitolina era nada menos que la antigua y santa ciudad de Jerusalén, punto umbilical de la devoción cristiana. En aquella pequeña guarnición y sus alrededores cumplió su destino el pueblo elegido de Dios. Allí nacieron, murieron y ascendieron al cielo Nuestro Señor y Su Bendita Madre. Allí cayó el Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre la Iglesia recién nacida. A Macario le deprimía cada hora su propia indignidad para instalar su trono en el escenario de aquellos acontecimientos. Hubiera dejado gustosamente su puesto a un hombre más poderoso si con eso hubiese podido conseguir que se honrara debidamente a la ciudad santa. Pero en realidad casi no la honraban. Un capricho de la administración civil la había convertido en sede sufragánea, y, lo que era aún más amargo, sufragánea de Cesarea, lugar de poca historia, y aun esa poca, mala; creación de Herodes, puerto comercial que exudaba idolatría, oficialismo y vicio. Tarde o temprano había que corregir aquella anomalía. Pero si no hubiese habido una razón de extremada urgencia, Macario no se habría resuelto a insistir en sus reclamaciones y habría confiado la cuestión al tiempo. Eusebio, el de Cesarea, no era hombre a quien Macario podía servir con la conciencia tranquila. Era un político y hombre de letras, altanero, poco escrupuloso, natural aliado de su homónimo de Nicomedia, y, como aquél, estaba metido hasta el tuétano en la negra conspiración de Arrio. Había veteranos lisiados en la persecución en Cesarea que, cuando veían al obispo ir de un lado para otro ocupado en sus altos asuntos, decían que lo habían visto entrar y salir en la cárcel de la misma manera, elegante, poseído de sí mismo y llevando unos rollitos de manuscritos cuando ellos estaban encadenados; es decir que era un apóstata, quizás un delator.

Macario no podía exponer a su clero y a su pueblo a aquella maligna influencia. Pero la reclamación que presentó en Nicea la fundó únicamente en las primeras consideraciones.

El Concilio se mostró bien dispuesto y aprobó una resolución que no lo comprometía a nada. A Macario le concedieron el palio y una audiencia privada. El emperador estuvo positivamente afable. Macario le recordó las glorias de Sión y el emperador pareció quedar cautivado. ¿Fue entonces, tal vez, cuando entre las sombras de su mente vislumbró por primera vez los rostros opuestos de la historia y el mito? La nueva religión de que se ocupaba tenía muchos atractivos; inculcaba una conveniente ética de fraternidad, paz y obediencia; ofrecía poderosas y mágicas recompensas de protección, perdón e inmortalidad. Pero ¿había hecho Constantino alguna vez una distinción entre lo

que se contaba del Galileo y lo que se contaba del Olimpo? Ahora, por primera vez, conversó cara a cara con un hombre que manejaba y tenía a su cargo una corona de espinas idéntica a la que trescientos años atrás coronó al Dios agonizante.

—¿Estás seguro?

—Naturalmente, señor. Desde aquel día la ha guardado la Iglesia de Jerusalén. La propia María la recogió y se la llevó a casa. La corona fue con ellos a Pella y volvió con ellos cuando las leyes se suavizaron. Tenemos también una lanza, la que le abrió una herida en un costado, y otras muchas cosas más de ese género.

—¡Extraordinario! —dijo el emperador, y añadió su eterna protesta contra la falta de atención a su autoridad—. ¿Por qué no me lo habían dicho hasta ahora?

Macario le habló de todo lo de Jerusalén; de cómo, a través de todas las vicisitudes, en ruinas o reconstruida, la habían vigilado los cristianos, manteniendo así constante y viva la secreta tradición de los santos lugares; del jardín de Getsemaní, de la habitación de la Última Cena, del doloroso camino desde el juzgado hasta el calvario.

Así, con toda naturalidad, inevitablemente, Macario acabó por hablar del proyecto más caro a su corazón. Había ido a Nicea con la esperanza de que alguien se interesara, pero jamás hubiera esperado llegar en un momento tan propicio para las confidencias.

—Y además está, naturalmente, el más santo de los santos lugares: el sepulcro.

—¿Sabes dónde está?

—Unas varas más acá o más allá, sé. El emperador Adriano lo enterró hace doscientos años cuando edificó la ciudad nueva. El pueblo dijo que lo enterró deliberadamente para suprimir el culto y que construyó encima el templo a Venus como un insulto. Pero dudo mucho de que Adriano estuviera enterado de su existencia. Los cristianos solían ir allí de uno en uno o de dos en dos después de oscurecer. No se hablaba del sepulcro por temor a que las autoridades lo destruyeran, pero lo que éstas hicieron en realidad fue preservarlo. Me figuro que los ingenieros trazaron sus planes mirando al mapa y sin considerar para nada el sepulcro. Fue providencial que lo cubrieran. Pudieron haberlo partido. No sería nada difícil el ponerlo de nuevo al descubierto.

¡No sería nada difícil! ¡Cuántas veces había mirado Macario a aquella amplia terraza llena de gente, con dolor en el corazón por lo que había debajo! Los árboles del jardincillo estaban retorcidos, al pavimento lo habían desgastado, renovado y vuelto a desgastar; hasta la estatua, suavizando sus líneas en doscientos años, había perdido algo de su impudor. Todo el lugar proclamaba su perennidad. ¡Oh, la fe que movía montañas! Aquello era algo que estaba más allá de lo que el hombre puede esperar realizar. Tal vez hasta el fin del mundo no saliera a la luz aquel tesoro.

Así pensaba Macario en los días de la persecución. Pero ahora las trompetas sonaban en todas partes a victoria y él estaba hablando con el emperador, fuente de todo poder material. La cosa era muy fácil. No había más que sacar a paladas un poco de tierra. Así lo veía Constantino, quien dio la orden como un ama de casa que dice que vacíen un armario.

—Sí, por cierto —dijo—. Empieza enseguida de llegar. Yo me encargo de que cuenten con los obreros que hagan falta. Hazlo bien. Haz un trabajo decente.

¿Era un trabajo decente? Ésa era la pregunta que le llevaba de nuevo a Macario a verse frente a su conciencia para comprender por qué las cosas no habían salido bien. Había pasado ya un año desde la entrevista de Nicea. Se habían hecho maravillas, pero Macario no estaba contento.

Las primeras excavaciones fueron fáciles. El sitio que los cristianos habían dicho siempre que era el de la escena de la Crucifixión y Resurrección yacía casi en el centro de la nueva ciudad. En la superficie no se veía ni rastro de la muralla que en otro tiempo quedaba cerca. En una mitad, Aelia Capitolina se extendía por encima de ella, fuera de la que había sido la ciudad vieja, en un rectángulo trazado entre colinas, valles, ruinas y acueductos secos. Por su aspecto podía estar situada en Britania o África; era una ciudad *estándar*, de guarnición militar, del siglo II. El templo de Venus, el jardín y el cruce de carreteras quedaban en lo que había sido una hondonada entre colinas rocosas. Los ingenieros de Adriano la habían llenado con escombros —que no faltaban— y la habían nivelado. No hubo ninguna dificultad en distinguir la roca natural en cuanto dieron con ella. En unos cuantos meses quedó al descubierto todo ello y se notaban perfectamente las dos colinitas y la hondonada. La colina más baja era el Gólgota. A treinta varas de distancia, a mitad de la ladera opuesta, estaba la tumba; un paso hacia abajo, un frente perpendicular de roca cortada en la ladera, una puerta baja, un vestíbulo y una cámara interior donde yació el cuerpo sagrado; todo como Macario se lo había imaginado.

Macario había recorrido incontables veces en sus meditaciones el camino al Gólgota deteniéndose en cada triste estación. Había permanecido extático junto a las tres cruces y, cuando los demás se habían vuelto a casa, se había detenido con María Magdalena y María la Madre de Dios en la tumba bloqueada. Aquel terreno rocoso le era familiar, era un patrimonio reclamado. Se sentía muy a gusto rezando de rodillas en la pequeña cueva.

La noticia del resultado se la comunicaron a Constantino con señales luminosas de torre a torre de la cadena de puestos de señales que corría desde Cesarea hasta Nicomedia. Llegó en el momento oportuno. Constantino acababa de llegar de sus vacaciones en Roma, enojado, deprimido y sintiéndose muy solo. Necesitaba algo como aquello, una nueva y resonante victoria, otro milagro. Y allí lo tenía como prenda segura de que todo lo adverso que había ocurrido en el Palatino quedaba olvidado y perdonado y de que él volvía a disfrutar de nuevo del claro resplandor de la merced divina.

Enseguida escribió exuberante a Macario:

¡Cuánto nos ama Dios! Faltan palabras. Victoriosos en la guerra, con la conciencia tranquila, Nos somos los beneficiarios de una estupenda revelación oculta durante varias generaciones: el sepulcro mismo, el monumento original de la Pasión y Resurrección. La mente se turba, pues eso indica cuán en lo cierto estuvimos al aceptar la religión cristiana. Ocúpate de que no vuelvan a poner el templo idólatra. En su lugar erigiremos una iglesia nueva, la más hermosa del mundo, mejor que ninguna otra en cada detalle. Tú, el gobernador y Draciliano tenéis que

ocuparos de eso. Pedid todo lo que necesitéis. ¿Cuántas columnas tendrá? ¿Cuánto mármol más hará falta? Hacedla sólida y espléndida. Escríbeme diciendo lo que tengo que mandar. Ese es un lugar único y hay que hacer algo único. ¿Prefieres un techo plano, o con cúpula? En el segundo caso debe ser dorada. Haz tus cálculos cuanto antes. ¿Qué te parece que si es de techo plano tenga las vigas del techo al descubierto y la revistamos de madera? Dímelo. ¡Dios te bendiga, querido hermano!

Ésa fue la carta, rebotante de benevolencia, que sacudió al obispo cuando estaba plácidamente contento. En el entusiasmo del emperador había algo desconcertante. Macario sabía que las cosas no quedarían como estaban. El lugar no podía ser conservado únicamente para sus propias meditaciones o edificación de su congregación local. Llegarían peregrinos. Algo había que hacer para proteger los santos lugares; algo, también, para alojar a los visitantes. Pero aquello de «la iglesia más hermosa del mundo, mejor que ninguna otra en cada detalle», aquellas palabras dichas por un hombre que sólo en Roma había gastado la soldada de un ejército, que estaba ahora planeando prodigiosas construcciones en Bizancio, aquellas palabras en un hombre como aquél eran exorbitantes. ¿Qué sabía de pórvido y hoja de oro un clérigo provinciano como Macario, que se había pasado la mayor parte de su vida esquivando a la policía?

Todo el mundo se mostró extraordinariamente cortés con él. El gobernador, el arquitecto Draciliano y todos los contratistas y empleados de las obras parecían ceder ante él, y sin embargo Macario tenía la irremediable impresión de que todo estaba estropeado.

¡Si a los arquitectos imperiales no los hubiera consumido su pasión por la simetría! Draciliano, en cuanto tomó las medidas, habló de nivelaciones y orientaciones. No pudo disimular su desagrado por el hecho de que el sepulcro no estuviera francamente al oeste del calvario y hasta insinuó que eso se podía remediar, pero en eso, al menos, Macario se puso terco. Pero lo que Draciliano acabó por hacer fue casi tan malo. Mostraron a Macario los planos y las elevaciones, le hablaron con muchos términos complicados, y accedió sin saber lo que le proponían. Instantáneamente los santos lugares se llenaron de obreros. Por todas partes se veían carretillas, plataformas y andamios; todo el terreno quedó obstruido a la vista, y, aunque Macario tenía entrada libre, se sintió perdido entre el polvo y la actividad.

Unos meses después se reveló el plan de Draciliano. Lo transformó todo. Donde Adriano había nivelado levantando terreno, Draciliano lo niveló bajándolo. Tomando como base el piso del sepulcro creó una nueva y perfecta plataforma. La colina donde estuvo el sepulcro la hicieron desaparecer dejando una delgada y geométrica masa de piedra a su alrededor, de modo que lo que fue una cueva era ahora una casita. La colina del calvario la redujeron a un cubo y quedaba fuera de la basílica, que estaba estrictamente orientada en la dirección del eje de la tumba. Por todos lados había palos, líneas y zanjas que marcaban los edificios proyectados. La basílica no iba a contener ninguno de los dos santos lugares, sino que se erguiría en un gran espacio rectangular, con columnas en quinientos pies de longitud. Al este de ella habría un edificio separado y semicircular que contendría la tumba. Ese edificio requeriría, según el arquitecto, ochenta columnas y grandes cantidades de mármol y madera de cedro. Draciliano creía estar seguro de lo que quería el emperador. Había dejado muy pequeña a la basílica lateranense.

Pero a Macario le faltaba visión para esas futuras glorias arquitectónicas. Se había imaginado con bastante claridad a las mujeres de duelo en la solitaria ladera; no conseguía imaginarse las ochenta columnas. No veía más que un terreno de desfiles obstruido con dos incongruentes protuberancias, una especie de cabaña y un pedestal vacío. En aquella locura de medidas se sentía perdido, muy lejos de lo suyo. Le parecía que lo que Adriano preservó descuidadamente lo destruyó Constantino celosamente.

Y ahora llegaba la noticia de que la emperatriz madre estaba en viaje de visita.

—Ahora ve usted lo que ha hecho —dijo el prefecto—. Espero que esté contento.

XI

Epifanía

Allí, como en cualquier otra parte, se sabía poco de la emperatriz madre. Era una leyenda dorada. Aguardaban a una persona muy vieja y muy lujosa y tenían ciertas esperanzas de que fuera amable. En vez de eso se encontraron con una chiflada; más que chiflada, santa. Eso era demasiado. Estaban preparados para satisfacer las demandas de platos finos en la mesa y de muebles complicados. Se habían asegurado en Alejandría una orquesta pasable. Pero lo que Elena quería era algo muy distinto. Quería la Verdadera Cruz.

El día de su llegada les hizo saber paladinamente que habían errado en sus previsiones. Salieron a recibirla el obispo, el prefecto y toda la ciudad en una gran cabalgata, rodearon su litera con una masa coral y la llevaron a la casa de gobierno, indescriptible montón de edificios que comprendían la vieja Torre de Antonio, parte del palacio de Herodes y unas oficinas militares más recientes. Con las fachadas no se pudo hacer gran cosa, pero las habitaciones superiores las habían tapizado ricamente. Elena, al apearse, pareció mirar todo aquello con ojo crítico. El mayordomo —traído de Egipto con la banda de música— trató de poner buena cara diciendo que aquello había sido originalmente el pretorio de Pilatos. Es posible que lo fuera. Nadie estaba del todo seguro. En conjunto, a la mayoría de la gente le parecía así aunque había sido objeto de muchas alteraciones. Elena quedó francamente impresionada. El mayordomo fue más allá y explicó que los peldaños de mármol eran los de la escalera que Nuestro Señor descendió en su camino a la muerte. El efecto de la explicación superó lo esperado por el mayordomo. La anciana emperatriz se arrodilló tal como estaba, con su manto de viaje, y penosamente y rezando subió de rodillas los veintiocho peldaños. Aún más: hizo que todo su cortejo siguiera su ejemplo. Al día siguiente ordenó a su cohorte privada de zapadores que desmontaran toda la escalera, numeraran los peldaños, los metieran en cajas y los pusieran en carros.

—Se los mando al papa Silvestre —dijo—. Una cosa como ésta debería estar en Letrán. Vosotros no le dais la debida importancia aquí.

Luego, después de haber hecho inhabitable la casa de gobierno, dispuso que su Corte encontrara alojamiento donde pudiera y se instaló en un cuartito entre las monjas del monte Sión, donde ella misma hizo las labores de casa y sirvió en turno a la mesa.

Los santos peldaños partieron para la costa en un tren de carros. Macario y su capítulo los vieron partir asombrados. Se sabía que anteriormente los colectores reales se llevaban todas las obras de arte de provincias enteras. La iglesia de Jerusalén tenía tesoros únicos: la corona de espinas, la lanza, la mortaja y otros muchos. ¿Iban a perder ahora, en la hora de la liberación, todo lo guardado tan devotamente en los años de persecución? Conversaron entre ellos y decidieron hacer un gran regalo. Así expresarían su lealtad al trono y al mismo tiempo recalcarían su derecho a la posesión de todo lo que tenían. Dieron a Elena el santo manto que un soldado ganó a los dados y después vendió a un discípulo. La emperatriz lo agradeció, pero no era aquello lo que realmente quería. No quería más que una cosa. Entretanto, puso a una cuadrilla a trabajar cargando unas toneladas de tierra. Se había encaprichado en construir una iglesia en el palacio Sesoriano de Roma y en que sus cimientos

fueran de tierra de Tierra Santa. Macario contempló aquellos trabajos sin alarma.

Pronto se vio que el cambio de residencia de la emperatriz no presagiaba un régimen de piadosa reclusión. La anciana señora salía todos los días e iba a todas partes. Fue en coche a Belén. Una pequeña comunidad estaba allí a cargo de la cueva de la Natividad, que utilizaban para decir misas, y a la entrada habían construido una casita. Allí iban por Navidad todos los cristianos de Jerusalén, con su obispo, a velar. «Es exactamente el sitio para una basílica», dijo Elena, y pocas semanas después empezaron las obras. Empezó también a construir una iglesia en el monte de los Olivos, que, según le dijeron, había sido una finca propiedad de la familia de san Joaquín y santa Ana. Todavía existían unos viejos árboles de cuya fruta habían gozado. Allí estaba su sepultura familiar. Nuestra Señora había rezado allí cuando era niña y su cuerpo, amortajado y ungido, yació allí brevemente. Allí estaban los jardines adonde fue Jesús y la cueva donde se refugió con sus apóstoles; allí había pasado la noche en agonía antes de su arresto y de allí ascendió al cielo. Era un lugar tan santo como cualquiera de los de Jerusalén. «Exactamente el sitio para una basílica».

Elena visitó a menudo los sitios, vio abrir las primeras zanjas e hizo *picnics* entre los cimientos. Y a medida que Draciliano lo redujo todo a la simetría y cubrió con placas de mármol la tosca y verdadera piedra, Macario fue viendo que su pequeña diócesis crecía en riqueza e importancia hasta el punto de que casi no la reconocía.

Aquella expresión de un hechizo, aquellas cúpulas y columnatas que parecían una materialización de las nubes, eran como una máscara de magia oriental. Elena dijo la palabra y, cuando la compleja maquinaria de la ingeniería imperial se puso en movimiento, se volvió a lavar platos en el fregadero del convento. Toda aquella actividad constructiva era más bien parte de la inexplicable fecundidad que la rodeaba; de aquella segunda primavera de infaltable clemencia en que la semilla germinaba de la noche a la mañana, echaba profundas raíces y para el mediodía ostentaba unos sólidos brotes y un ondulante cúmulo de flores y hojarasca. La variada cosecha aromaba el aire y calmaba las horas de inquietud de la emperatriz, pues a veces estaba inquieta porque buscaba algo muy distinto; no la plantita en flor, sino madera vieja y curada.

Prosiguió la búsqueda sin cejar en su propósito y haciendo preguntas a todos. Había en la ciudad madereros que se presentaron con ofertas para las obras, muchos de ellos de empresas locales con varias generaciones de antigüedad. Pero ninguno de ellos decía tener experiencia en la construcción de cadalsos. Dijeron que estaban dispuestos a ensayar. ¿Qué clase de madera se usaba para cruces trescientos años atrás? Esa cuestión no se les había ocurrido. El distrito estaba entonces tan arbolado como ahora, según dijeron. No había más que elegir. Todos estaban de acuerdo, con seguridad profesional, en que como duradero no había nada como la buena madera de construcción. Todos podían citar ejemplos de obras de madera que habían durado más que las de mampostería o albañilería.

«Con el tiempo sólo se endurece» —dijeron—, «Si no se quema y no la atacan los insectos, no hay ninguna razón para que no dure eternamente. En estos parajes no hay muchos insectos, pero siempre ha habido muchos incendios».

Elena mandó llamar a historiadores y anticuarios. Unos habían llegado ya a la ciudad al enterarse de la chifladura de la emperatriz. Otros —cristianos, judíos y paganos deseosos de ayudar— llegaron de Alejandría y Antioquía por invitación de Elena.

Los cristianos estaban informadísimos.

—Se cree generalmente —dijo a Elena un copto de cierta edad— que la cruz se componía de todas las especies de madera para que todo el mundo vegetal pudiera participar en el acto de la redención.

—¡Qué bobada! —dijo Elena.

—Eso es —replicó el copto muy satisfecho—. Así lo he sostenido siempre. Eso es dar un tinte demasiado naturalista y cuantitativo al asunto.

—¿Por qué debía participar en ese acto el mundo vegetal? —preguntó un clérigo italiano—. No fue redimido ni era susceptible de redención.

—Seguramente, la mera carpintería de una cruz tal —dijo simplemente Macario, a quien Elena le gustaba tener a mano en aquellas ocasiones— hubiera sido tan complicada que se habría tardado años en hacerla. Todos sabemos que algunos especímenes de madera no se encuentran más que en remotos bosques del sur de África, y otros vienen de la India.

—Exactamente —dijo el copto—. Yo he demostrado que la verdad es mucho más sencilla. Un brazo era de boj, otro de ciprés, otro de cedro y otro de pino. Estas cuatro maderas simbolizan...

Otro clérigo sostuvo que la madera era de álamo temblón y que por esa razón temblaban ahora continuamente de vergüenza esos árboles.

—Tonterías —dijo Elena.

Un erudito de tez oscura, procedente del Nilo superior, propuso una explicación aún más complicada. Según él, cuando Adán cayó enfermo su hijo Set fue al paraíso en busca de aceite de la merced. El arcángel Miguel le dio, en vez de aceite, tres semillas que llegaron demasiado tarde para salvar a Adán de la muerte. Set se las puso en la boca y de ellas crecieron tres varitas que más tarde llegaron a poder de Moisés. Moisés las empleó en diversos fines mágicos, incluso el de blanquear negros, hasta que en tiempos de David se convirtieron en un solo árbol. (Aquí Elena empezó a dar señales de impaciencia). Salomón taló el árbol y quiso utilizarlo en el techo del templo, pero no servía para ningún fin. Una dama llamada Maximilla se sentó accidentalmente en el tronco y la ropa le ardió en llamas, por lo que Salomón le dio una zorra que la mató, y utilizó la madera como pasarela, que la reina de Saba, en el momento de cruzarla, advirtió lo que era.

—Basta, por favor —dijo Elena—. A desmentir esa clase de cosas he venido yo.

—Hay mucho más —dijo el moreno en tono de reproche—. Al final flota en el centro de la laguna de Bethesda.

—¡Qué majadería! —dijo Elena.

Los judíos, alejandrinos muy eruditos, se mostraron más cautelosos. Según ellos, la crucifixión era una barbaridad romana extraña a lo mejor de la tradición judía. Los judíos, muy adecuadamente, lapidaban a los malhechores. Era cierto que los gabaonitas crucificaron a siete descendientes de Saúl, pero eso ocurrió en las circunstancias más excepcionales —para lograr que creciera la cebada— y mucho tiempo antes. En el periodo que interesaba a la emperatriz no podía haber ocurrido una

cosa así. La emperatriz debía consultar a los historiadores militares romanos.

Estaba presente uno. Dijo que la madera más barata y más fácil de trabajar era el pino. No había duda de que ésa era la que habían utilizado. Probablemente, el montaje de la cruz era algo más o menos permanente. El tronco que la víctima llevaba a su ejecución sería el transversal, que elevaban con la víctima colgando y encajaban y fijaban en su sitio. Sin duda alguna, utilizaban incontables veces la misma cruz.

Ahí intervinieron los judíos. Dijeron que eso no era posible. La ejecución fue una decisión romana pero se cumplió en territorio judío en una época en que todavía imperaba la ley judía. Y la ley era muy clara en esa cuestión. Todo lo relacionado con una muerte violenta era inmundo y capaz de contaminar a la vecindad. Los instrumentos de la ejecución, aunque no fueran más que un montón de piedras o la soga de la estrangulación, había que quitarlos de la vista el mismo día.

¿A quién le incumbía eso?

El romano dijo que a la guardia del templo. A ellos no les interesaba el cumplimiento de ritos de ese orden.

Los judíos dijeron que a los amigos y a la familia de la víctima. Al parecer, en este caso les encomendaron el cadáver, decisión muy desacostumbrada.

Los cristianos dijeron que a los soldados. No había sido una ejecución ordinaria. La ciudad estaba agitada. Había habido portentos alarmantes. Se tomaron precauciones especiales para sellar y vigilar la tumba. Se tomarían precauciones especiales para disponer de todas las reliquias.

De todos modos, dijo el romano, aquélla era una de esas intrigantes lagunitas que ocurren en la historia sagrada o secular, y que no se llenan nunca. No había ya modo de averiguar exactamente lo ocurrido entonces.

Pero a pesar del pesimismo de los técnicos, Elena se mantuvo en sus trece.

Macario habló poco en esas conferencias. Cuando Elena le pidió después su opinión, se la dio tímidamente.

Se podía tener la certidumbre de que no fueron los discípulos quienes ocultaron la cruz, dijo. Si la hubieran ocultado ellos, su Iglesia habría conservado el recuerdo en su memoria. Nunca se había sabido nada acerca de la cruz. Eso lo podía asegurar él. Judío o romano, quien la ocultó se llevó su secreto al morir.

—Muy bien —dijo Elena—. Vamos a partir de eso. Lo que se sabe, por lo tanto, es que destacaron un grupo, guardas del templo o legionarios (no lo sabemos con exactitud), para que se desembarazaran de dos vigas de madera rápida e inadvertidamente. ¿Qué hicieron ellos? Evidentemente, no llamar la atención ni perder el tiempo llevándolas demasiado lejos. Todo el terreno de los alrededores es rocoso. Allí no podían cavar una zanja bastante grande para ocultarlas. ¿Qué fue lo que buscaron? Una cueva o una casa en ruinas o cosa parecida. El lugar está lleno de ellas. Las he visto por dondequiera que he ido. Lo único que tenemos que hacer es buscar sitios como éstos en torno al calvario, y no podemos menos que encontrarlos.

—Mi querida señora, Su Majestad —dijo Macario—. ¿ha examinado el terreno alrededor del

calvario?

—No mucho. Siempre estaba lleno de obreros y gente.

—Exactamente. Vamos a verlo ahora.

Fueron juntos al extremo este de aquel lugar, donde la elevación del terreno permitía una vista general de las obras. Era cerca de la caída del sol y los hombres estaban preparándose para dar por terminada la jornada. A los pies de Elena y Macario yacía el vasto espacio llano flanqueado por dos bultitos rodeados de cercas y cubiertos con arpillera. Por todas partes se veían los comienzos de muros y estribos y más allá y a su alrededor se extendía el campo de las obras. Allí se veían los escombros y la roca que habían extraído, la piedra de construcción y el mármol acumulado, hornos de ladrillos, caleros y mezcladoras de argamasa, enormes cajones de cabrias; carros y carretillas, establos de caballos de tiro y barracones para obreros, cocinas de campaña y letrinas; oficinas de delineantes y contables; el fuerte pabellón custodiado donde se guardaba el dinero para pagos; cascarones de casas evacuadas y semidemolidas y cascarones de casas provisionales en construcción. Había una red de pasajes y cortes; había toda una calle de puestos donde los vendedores ambulantes exponían su mercadería para atraer a los hombres antes de que llegaran al mercado el día en que cobraban. Todo eso lo habían producido las palabras: «Vamos a tener una basílica».

Con el tiempo, sin duda, volverían el orden y la reverencia, pensó Macario, pero cuando estaba al lado de la emperatriz mostrándole lo que se estaba haciendo, se limitó a decir:

—¿Cree Su Majestad, realmente, que entre todo eso podrá encontrar un hoyo y un pedazo de madera?

—Oh, sí; creo que sí —contestó Elena alegremente.

Todo Jerusalén se dio cuenta del vigor de Elena. La anciana señora es positivamente incansable, decían todos. Pero la verdad es que estaba cansada. El invierno se había asentado. El convento, expuesto a los vientos, era húmedo y frío. No era así como ella había planeado su vejez cuando estaba en Dalmacia. Parecía que las preguntas se le habían acabado. Nadie la ayudaba. Por Navidad no tuvo fuerzas para ir en procesión a Belén. Aquel día comulgó en la capilla del convento, permitió a las monjas que la mimaran y pasó la fiesta acurrucada cerca del fuego de leña que le hicieron en su cuarto.

Para la Epifanía recuperó fuerzas y la víspera partió para emprender en litera el accidentado camino de cinco millas hasta el templo de la Natividad. No había una gran muchedumbre de peregrinos. Macario y su gente celebraban la Epifanía en su propia iglesia. Sólo la recibió la pequeña comunidad de Belén y la llevó al cuarto que le habían preparado. Allí descansó dormitando hasta que una hora antes del amanecer la llamaron y la llevaron bajo las estrellas a un establo-cueva donde le hicieron sitio en el lado de las mujeres de la pequeña y apretada congregación.

La baja cámara estaba llena de lámparas y el aire se había enrarecido. Unas argentinas campanadas anunciaron la llegada de tres monjes barbudos y revestidos que, como los reyes de otro tiempo, se postraron ante el altar. Entonces empezó la larga liturgia.

Elena sabía poco griego y sus pensamientos no estaban en las palabras ni en ninguna otra parte de la escena inmediata. Olvidó hasta su búsqueda y estaba como muerta para todo excepto el niño en pañales, de hacía mucho tiempo, y los tres reyes magos que llegaron de tan lejos para adorarlo.

«Éste es mi día —pensó— y ésta es mi gente».

Tal vez percibía que su fama, como la de aquéllos, viviría en un histórico acto de devoción; que también ella había emergido de una especie de οντοπια o reino innominado y se esfumaría como ellos en el fuego encendido en un cuarto de niños y entre libros ilustrados y juguetes.

«Como yo —les dijo a los reyes magos—, tardasteis en venir. Los pastores, y hasta el ganado, llevaban ya mucho tiempo aquí y se habían unido al coro de ángeles mientras vosotros estabais en camino. Para vosotros se relajó la primordial disciplina de los cielos y brilló entre las desconcertadas estrellas una nueva luz desafiante... ¡Cuán laboriosamente vinisteis, tomando vistas y calculando, mientras que los pastores corrían descalzos! ¡Qué aspecto más raro teníais en el camino atendidos por libreas de tierras extrañas, cargados con regalos absurdos!... Al cabo llegasteis al fin de vuestra peregrinación y la gran estrella se detuvo sobre vosotros. ¿Y qué hicisteis? Os detuvisteis para visitar al rey Herodes. En vuestro fatal intercambio de cumplidos empezó aquella guerra no terminada del populacho y de magistrados contra el inocente... Con todo, vinisteis, y no os hicieron volver. También vosotros encontrasteis sitio ante el pesebre. Vuestros regalos no eran necesarios, pero fueron aceptados y puestos cuidadosamente porque fueron traídos con amor. En aquella nueva orden de caridad que acababa de surgir a la vida, también para vosotros hubo sitio. A los ojos de la Sagrada Familia no erais menos que el buey o el asno... Vosotros sois mis patrones especiales y los patrones de todos los que llegan tarde, de todos los que han tenido que hacer un tedioso viaje para llegar a la verdad, de todos los confundidos con el conocimiento y la especulación, de todos los que a través de la cortesía comparten la culpa, de todos los que están en peligro a causa de su talento... Orad por mí, primos míos, y por mi pobre hijo sobrecargado. ¡Que también él encuentre antes del fin sitio para arrodillarse en la paja! Orad por los grandes, para que no perezcan del todo. Y orad por Lactancio, y Marcias, y los jóvenes poetas de Tréveris, y por las almas de mis salvajes y ciegos antecesores; y por su astuto adversario Ulises, y por el gran Longino... Por Él, que no rechazó vuestros curiosos regalos, orad siempre por los hombres cultos, oblicuos y delicados. ¡Que no se les olvide del todo en el trono de Dios cuando los simples entren en su reino!».

XII

La invención de Elena

Pronto pasaron las semanas y los constructores trabajaron bajo un cielo más benigno y los ciclámenes se abrieron en las colinas de los alrededores. Pero Elena no encontró consuelo en la vuelta de la primavera; no le quedaban más preguntas.

La Cuaresma se ajustó mejor a su estado de ánimo. Era un periodo cuya austeridad no era todavía *estándar*. En Jerusalén, donde guardaban fiesta el sábado, además del domingo, las semanas de ayuno eran siete de cinco días cada una. Y cuando Macario decía «ayunar» significaba simplemente «morirse de hambre». Otras diócesis eran más indulgentes en mitigaciones —vino, aceite, leche, unas cuantas aceitunas, queso— que permitían a los fieles estar todo el día mordisqueando como los conejos. En Jerusalén, el hombre que quería alcanzar la recompensa por el ayuno, vivía de agua, una papilla poco espesa y nada más. Algunos cumplían los cinco días de esta dieta; otros tomaban vacación el miércoles y comían copiosamente; otros, más débiles aún, comían los martes y jueves. Se permitía que cada uno fuera juez de su propia capacidad. Pero si ayunaba debía ayunar a conciencia; ésa era la norma de Macario.

Elena, por su edad, estaba exenta de toda obligación, pero así y todo decidió ayunar. Le pareció que era lo más práctico que podía hacer. Sus interrogatorios habían acabado en la nada. Había agotado todos los medios naturales de encontrar lo que buscaba.

—Muy bien —dijo—. Voy a ver lo que consigue el ayuno.

Las monjas le suplicaron en vano que tuviera en cuenta sus años. Tenían buenas razones para ello porque a medida que fueron pasando lentamente las semanas fue debilitándose y a veces desvariaba. Cuando llegaban los sábados y domingos no se sentía inclinada a comer mucho. Para cuando empezó la Semana Santa casi no se podía reconocer en ella a la formidable mujer que había interrogado a los arqueólogos.

El Domingo de Ramos fue un día de verdadera prueba. Misa al amanecer, una procesión al monte de los Olivos, todo el día caminando por la ladera de un santo lugar a otro. Finalmente reprodujeron la entrada en Jerusalén, con Macario caminando sobre una alfombra de hojarasca. Después, vuelta al sepulcro para las vísperas. Al terminar el día, Elena estaba demasiado cansada para comer la cena preparada en el convento y se metió tiritando en la cama.

Durante la Semana Santa no se trabajó en la construcción. Toda la población cristiana se entregó a devociones que cada día eran más fatigosas. El martes se celebró al anochecer otra procesión al monte de los Olivos y sus contornos. Elena cumplió la rutina a pie, con una vela firmemente sujeta en la mano, pero en un estado en que a menudo le daban vahídos y su mente estaba ausente de la lectura a trozos del evangelio y de la salmodia. Terminaron la noche en Getsemaní, donde cantaron el evangelio que narra la agonía y el arresto de Cristo. Al final toda la multitud rompía en una lamentación, en parte acostumbrada, en parte espontánea, que se extendió como una gran onda de gemidos y quejidos. Las velas se habían consumido ya y empezó a romper el día. La triste procesión volvió sobre sus pasos y cruzando las puertas de la ciudad se dirigió lentamente a celebrar el largo

funeral en el sitio del calvario.

Al fin del servicio religioso del Viernes Santo, Elena se retiró a la soledad de su habitación. La tragedia había pasado. Habían hecho rodar la piedra para tapar la boca de la tumba. Los discípulos se habían retirado, cada uno con su dolor y su vergüenza. Pilatos dormía a pierna suelta. Después de todas las alarmas del día la ciudad yacía tan silenciosa como el dios muerto y amortajado. Elena estaba de todo corazón junto a las apesadumbradas mujeres de tiempos pasados.

Las monjas le llevaron unas papillas que dejó sin tocar. Hablaron entre ellas en voz baja de su mirada fija y febril, de cómo le temblaban todos los miembros. Una le llevó un jarabe de opio y Elena lo aceptó. Había dormido poco la semana anterior. Ahora descansaba al fin como el cadáver de la tumba.

Toda su vida Elena había soñado mucho cuando dormía, y siempre, todos los días, hasta en las lejanas mañanas de las cacerías de su juventud, al abrir los ojos sentía la impresión de haber perdido algo, se le encogía momentáneamente el corazón con la pena de una despedida y luego bruscamente se calmaba. Ahora, en la noche más desolada del año, como si estuviera despertando a un día claro cuando en realidad iba hundiéndose en un sueño más profundo, tuvo un sueño que comprendió que le venía de Dios.

Soñó que estaba despierta y deambulando sola en la senda que bordeaba el muro del templo de Salomón. El lugar no estaba lleno de gente, como solía hallarse de día, ni había nubes de polvo, sino desierto y silencioso y reluciente como el pico de una montaña. Elena sabía que era joven de nuevo y saludó a un hombre que venía por el camino, como si fuera uno de los súbditos de su padre y ella se dirigiera a cazar. Cuando él le contestó: «Buenos días, señorita», las palabras le parecieron naturales y adecuadas en aquella mañana intemporal.

Parecía ser de cierta edad y tenía la vestimenta y la barba de un judío ortodoxo.

—¿Has venido a lamentarte al muro del templo?

—No, señorita. No me juzgue por esta ropa. No me la pongo más que de vez en cuando al venir a ver cómo andan las cosas en esta vieja ciudad. He pasado mucho tiempo fuera de aquí viajando de un sitio para otro. Los viajes me han ensanchado el espíritu. Los judíos que uno encuentra aquí son muy estrechos de mollera. Yo debería saberlo porque fui uno de ellos. Entonces tenía un pequeño comercio allá abajo. No era gran cosa, pero nunca me hubiera ido si los romanos no hubieran removido la ciudad. Créame, señora, que les estoy agradecido.

Elena comprendió que aquel día de su encuentro no estaba señalado en ningún calendario.

—Debes de ser muy viejo.

—¡Ya lo creo que lo soy! No adivinaría usted nunca los años que tengo.

Elena lo miró fijamente y vio que, en aquella mañana de renovación, el hombre no tenía juventud. Con su tez tersa como el basalto, con pocas canas, era fuerte, robusto, pero, a pesar del alegre descaro con que hablaba, su mirada era tan cansada y fría como la de un cocodrilo.

—Primero fue el viejo Tito quien lo removió todo y me arruinó el negocio. Conseguí levantarlo

poco a poco y luego volvieron a las andadas y yo me cansé. Dos veces eran demasiadas para este su seguro servidor. Entonces me puse a viajar y desde aquel día he tenido mis altibajos, pero nunca he mirado atrás. Cuando vuelvo aquí me visto de esta manera porque ésa es mi manera de ser. Siempre pongo cuidado en hacer lo que hagan los demás allí donde yo esté. He vestido pantalones amarillos en Burdeos y pieles de lobo en Alemania. ¡Debía usted haberme visto en Persia, en la Corte! El secreto de un negocio personal como el mío es la adaptabilidad... Me dedico al incienso. Con nada se establecen mejores relaciones. Todos los templos más importantes figuran en mis libros. Lo compro en Arabia y yo mismo me ocupo del transporte. Además, a todos les gusta tratar conmigo porque soy reverente, adoren lo que adoren: monos, serpientes. Le aseguro que en Frigia he visto muchas cosas raras, pero siempre respeto la religión. Es mi pan y manteca... Mi negocio es muy especial. Hay que tener el oído bien despierto en estos días en que siempre empieza un nuevo culto, construyen una nueva iglesia. Por eso estoy aquí hoy. En los mercados de Hadramaut se hablaba de Jerusalén y de que los romanos estaban erigiendo un nuevo templo, ¡a quién, al Galileo! Eso me hizo retroceder un poco en el tiempo, trescientos años, para ser exacto. Si estoy aquí hoy es por el Galileo.

—¿Lo conociste?

—En cierto modo, no. Yo estaba entonces muy metido en el sanedrín y no hubiera sido bueno para mi comercio el mezclarme con el Galileo. ¡Cómo cambian las cosas!... Pasó por delante de mi comercio el día en que lo ejecutaron. Dio un traspie frente a mi puerta. Tuvieron que encontrar un hombre para que lo ayudara a cargar con la cruz. No vaya a creerlo, yo no fui partidario de que lo crucificaran. Mi lema es: vivir y dejar vivir. Pero, claro está, no me gustó ver que podía quedarse frente a mi comercio y procuré que se largara cuanto antes. «Vamos, vamos —le dije—, déjese de esas cosas. Aquí no pintan nada los individuos como usted». Él me miró, no exactamente con una mirada fea, sino como si hubiera querido estar seguro de reconocerme si me volvía a ver, y me dijo: «Espera hasta que vuelva». Cuando lo dijo no di gran importancia a sus palabras, pero desde entonces he pensado mucho en ellas, y, créame, señora, he tenido mucho tiempo para pensar. Entonces no tenía yo todavía cincuenta años y desde aquel día no me he sentido ni un día más viejo. ¡Qué raro!, ¿eh? Se podría pensar que, teniendo el negocio que tengo, sé todo lo que se puede saber de religión, pero no es cierto. Hay cosas que siguen pareciéndome raras... Desde los ciento cincuenta años dejé de contar mis cumpleaños. Hasta entonces era emocionante ver que todos los demás se iban muriendo, pero de pronto, no sé por qué, perdí interés. Nadie me creería y además nadie se sentiría a gusto en tratos comerciales con un hombre de mi edad. Pensarían que yo sabía demasiado. Con el tiempo se deja de tener en cuenta todo; primero a las mujeres, después hasta al dinero.

—Dame más detalles de aquel día.

—No me gustó —dijo el comerciante—. Si he de ser franco, no me gustó absolutamente nada. Oscureció. Hubo un terremoto, no muy fuerte, pero después de todo lo demás la gente estaba llena de miedo. Decían que veían fantasmas. Fue un día rarísimo. Nadie compró nada. Al cabo de cierto tiempo cerré mi comercio y salí para ver lo que ocurría, pero para cuando llegué había acabado todo. Estaban descendiendo los cadáveres.

Mientras conversaban, la emperatriz y el comerciante fueron al lugar donde estaban construyendo la basílica.

—¡Hay que ver! ¡Después de tanto tiempo gastan tanto dinero en Él! Lo que hace que mi negocio sea tan interesante es que siempre hay sorpresas.

—¿Qué fue de la cruz?

—Tiraron las tres. Tenían que tirarlas según la ley.

—¿Dónde las pusieron? ¿Lo recuerdas?

—Sí.

—Quiero aquella cruz.

—Sí; si se para uno a pensar comprende que va a haber una gran demanda de todo lo relacionado con el Galileo, ahora que de pronto se ha hecho tan popular y respetable.

—¿Podrías señalarme dónde está?

—Creo que sí.

—Soy rica. Dime tu precio.

—De usted no tomaría nada, señora, por un servicio tan pequeño como ése. Ya me lo pagarán con el tiempo. En mi negocio hay que ver lejos. Tal como yo la veo, es posible que esta nueva religión del Galileo dure mucho. Nadie sabe cómo empieza una religión, pero pronto surgen por todas partes hombres santos y lugares santos, viejos templos cambian de nombre, hay apariciones y peregrinaciones. Habrá señoras que quieran otras cosas aparte de la cruz. Lo único que uno quiere es iniciar bien la cosa. Se necesitan unas cuantas reliquias en manos absolutamente respetables. Luego seguirán los demás y no habrá suficientes materiales auténticos para satisfacer toda la demanda. Entonces me llegará el turno y me pagarán. A usted no le aceptaría nada, señora. Me alegraré de que se quede con la cruz. No le costará nada.

Elena, escuchándole, vio en su mente, tan claro como todo lo demás en aquella mañana intemporal, lo que ocurriría en el porvenir. Vio los santuarios de la cristiandad convertidos en ferias, puestos de venta de abalorios y medallas; sustancias, aún desconocidas, transformadas en emblemas sagrados; y oyó una algarabía de conversaciones en idiomas que todavía no se hablaban. Vio llenarse de falsificaciones e imposturas los tesoros de la iglesia. Vio a los cristianos peleándose por poseer aquella quincalla y robándola. Elena vio todo eso, lo consideró y dijo:

—El precio es muy alto —y añadió—: Muéstrame la cruz.

—La tiraron a una vieja cisterna subterránea muy cercana a la puerta de la ciudad —dijo el comerciante—. Es muy grande. Hay que bajar unos escalones. Fue en un tiempo la principal fuente de suministro de agua para esta parte de la ciudad pero, no se sabe por qué, se había secado unos años antes.

—¿Dónde está?

El judío la llevó sin titubear al extremo oeste de la nueva plataforma y de allí pasando por encima de escombros.

—Es difícil decir exactamente dónde. Todo esto lo han cambiado mucho.

Para orientarse miró con sus ojos cansados y sabios a los dos puntos fijos en aquel lugar donde eran muchos los cambios: la tumba y la cumbre del Gólgota, calculó cuidadosamente la distancia, hincó al fin un tacón en el suelo, y dijo:

—Excave aquí. No estará muy lejos. Excave hasta encontrar la escalera.

En ese momento se despertó Elena y se encontró con que era una mujer vieja, sola y abotargada por la droga en la oscuridad, y aguardó al amanecer musitando oraciones de esperanza y gratitud.

Cuando se hizo el día fue al sepulcro. Ya se iba reuniendo la gente para la primera función religiosa del Sábado Santo. Elena, que era allí una figura familiar, no suscitó ningún comentario.

Siguió la senda que había seguido en su sueño, subió al montón de escombros y se plantó en el sitio donde había estado con el comerciante. Donde le había visto hincar un tacón había en el polvo una marca como de pezuña de una cabra. Elena la borró suavemente y puso en su lugar su propia marca: una crucecita de guijarros.

La nueva excavación empezó enseguida después de Pascua. Elena se presentó para ver la obra y ella misma llenó ceremoniosamente el primer cesto de tierra. Su autoridad era absoluta, pero a nadie le gustó que se interrumpiera la rutina. El encargado de las obras pensó que la demora que impondría aquella caprichosa anciana no tendría límites, y hasta los peones se disgustaron. Se hubiera dicho que les tenía sin cuidado el saber lo que estaban haciendo, y por qué, mientras sudaban y se esforzaban para cumplir las órdenes sin dejar de mirar al suelo. Pero la obra llegó a una etapa en que fue inteligible; se vio claramente el trazado de los macizos muros y los hombres empezaron a enorgullecerse de su participación en aquella histórica tarea. Entonces les dijeron que llevaran a otra parte la tierra que habían depositado laboriosamente y que buscaran un pozo seco. Se oyeron gruñidos en los barracones donde vivían los obreros y en la oficina de los delineantes. Hasta Macario se entristeció porque la confusión se prolongaba y la vuelta al culto regular se posponía de nuevo. Sin embargo, lo que había que hacer se hizo, no alegremente, pero con el método romano y la disciplina romana.

Empezaron a excavar al pie de la ladera occidental del Gólgota. Entre la tierra y los pedruscos que extrajeron encontraron grandes trozos de la vieja mampostería de la muralla de la ciudad que habían arrojado allí. Bajo la mampostería yacía la roca original y, exactamente donde había señalado Elena, dieron con los escalones y el arco bajo adonde en tiempo de los Macabeos iban las mujeres a llenar sus cántaros y las caravanas se detenían antes de entrar en la ciudad. La entrada estaba bloqueada hasta arriba y, por orden de Elena, prescindieron de picos y palas y les dieron unas palas de madera para que estropearan menos la madera si daban con ella. Examinaron cuidadosamente todo lo que extraían, según iban metiéndolo en cestos, y apartaron todos los pedacitos de madera. Siguieron así abriéndose camino más al fondo hasta que a fines de abril, con sorpresa de todos, menos de Elena, llegaron al pozo. La luz de antorchas reveló un gran espacio en ruinas donde los restos de la bóveda caída les llegaban hasta la cintura. Aquélla parecía ser la cámara que buscaban, y la cuadrilla de obreros mostró instantáneamente gran interés. Elena hizo que le bajaran una silla y, sentada, atendida por una monja, pasó hora tras hora entre humo y resplandores, viendo trabajar a los hombres.

Tardaron muchos días. El techo amenazaba con venirse abajo y trabajaron como mineros apuntalándolo a medida que avanzaban. Los escombros fueron saliendo en cesto tras cesto, que vaciaron y tamizaron. Elena, sentada en su tronito, contemplaba y rezaba. Dos días antes de terminar se vio claramente que ya no quedaba ningún sitio donde pudieran estar ocultos los grandes leños que la emperatriz buscaba. Cuando al fin toda la cámara quedó vacía y barrida, Elena se puso a rezar.

La monja dijo:

—¿No le parece, señora, que podríamos ir a casa?

—¿Por qué? Todavía no hemos encontrado lo que hemos venido a buscar.

—Pero, señora, no está aquí. Ya sabe que no siempre se puede confiar en los sueños. Algunos nos los manda el diablo.

—Mi sueño fue bueno.

El encargado de las obras se presentó a pedir permiso para despedir a los obreros:

—Afuera está ya completamente oscuro.

—Eso no me importa aquí abajo.

—Pero señora, ¿qué tienen que hacer aquí?

—Buscar.

La anciana dama se levantó de la silla y, asistida por el que sostenía la antorcha, inspeccionó detenidamente la cueva y en uno de sus rincones golpeó con su bastón en la pared.

—Mira. Aquí hubo una puerta y alguien la tapió apresuradamente.

El encargado de las obras examinó el rincón y dijo:

—Sí, indudablemente aquí debió de haber algo.

—Me parece que puedo adivinar quién hizo eso. Después que hicieron rodar la piedra de la tumba, los grandes sacerdotes se aseguraron de que nada más podría escapar de ella. En mi país llamamos a eso echar el cerrojo a la puerta del establo después que han robado el caballo.

—Es una suposición muy interesante, señora. Quizá mañana...

—Yo no salgo de aquí hasta haber visto lo que hay detrás de esa pared —dijo Elena—. Haz llamar a voluntarios. Para esto bastan unos cuantos. Y mira que todos sean cristianos, no queremos ningún pagano por aquí en este momento.

Elena se quedó rezando hasta que rompieron la pared. Fue una tarea sencilla y las piedras rodaron hasta perderse de vista en la oscuridad. Aquel pasaje tenía una pendiente y estaba completamente limpio de escombros. Los hombres se detuvieron titubeando.

—Seguid —les dijo Elena—. Ahí encontraréis una cruz. Quizá más de una. Yo me quedaré. Tengo que rezar unas cuantas oraciones más.

El grupo, alumbrado por la antorcha, desapareció. Elena sintió que descendían cautelosamente hasta que sus pasos fueron apagándose, y poco después volvían.

En la entrada apareció el de la antorcha, al que le seguían los otros dos hombres que traían un montón de madera.

—Hay muchos trozos más, señora.

—Traedlos todos y dejadlos aquí. El obispo los verá por la mañana. Da a esos hombres mucho dinero —dijo casi en un vahído al encargado de las obras—. Pon un guardia que custodie la madera —y buscando apoyo y guía tomó de una mano a la monja y le dijo—: Ya está terminado.

Al día siguiente, 3 de mayo, el obispo Macario y Elena examinaron el hallazgo. Después hicieron llevar las maderas al suelo de la nueva basílica. Lo encontrado comprendía, por orden de importancia, los miembros de tres cruces, sueltos pero bien conservados, una tabla con la inscripción, partida en dos, cuatro clavos y un bloque triangular. En uno de los postes más largos estaba todavía clavada la mitad de la tabla que ostentaba, con mala letra en las tres grandes lenguas del mundo antiguo, el título supremo.

—Por lo menos de éste podemos estar absolutamente seguros —dijo Elena muy animada.

Ahora que había satisfecho su deseo se le apagó todo sentimiento y se mostró en sus disposiciones tan práctica como si hubiera recibido unos muebles en su casa.

—Los clavos irán con la Santa Cruz, y esto me lo llevo para que me sirva de escabel.

—Es muy adecuado, señora.

—Ahora, las transversales. Tenemos que ver a cuál de las cruces pertenece cada una. Llame a uno de los carpinteros. Nos puede ayudar.

El carpintero dijo que no había modo de saberlo. Aquello lo habían trabajado mal. Nada ajustaba.

—Sólo Dios sabe dónde ajusta cada pieza.

—Entonces Dios nos lo dirá.

—Majestad, señora, querida señora —dijo Macario—. No debe esperar milagros todos los días.

—¿Por qué no? —dijo Elena—. No tendría sentido que Dios nos diera la cruz y no quisiera que la reconociéramos. Busque a alguien que esté enfermo, muy enfermo, y pruebe las transversales en él.

La prueba dio resultado, como se lo dio todo a Elena en aquel notable viaje. Llevaron las transversales al cuarto de una mujer que se estaba muriendo y las pusieron, una tras otra, al lado de su cama. Con dos de ellas no se notó nada. La tercera la curó completamente.

—Ahora ya lo sabemos —dijo Elena.

Después se puso a dividir aquellos bienes. La mitad para Macario, la otra mitad para el resto del mundo. Elena se llevó la transversal de la Verdadera Cruz y le dio a Macario el montante. Le dio también la parte del título inscrita en hebreo. Los cuatro clavos los reservó para Constantino. El valor del bloque triangular era más dudoso. Podía ser el subpedáneo, si es que pusieron uno. Por otra parte, podía ser un simple bloque de madera. Pero Elena lo añadió a su equipaje y el mostrarlo a los chipriotas, que carecían de sentido crítico, le proporcionó un placer sin límites. Las otras cruces resultaron indistinguibles. Una era la del ladrón arrepentido y la otra la del blasfemo, pero ¿cuál fue

la de uno y cuál la del otro? Varios enfermos menos graves, personas aquejadas de pequeños trastornos nerviosos, desfilaron sucesivamente, tocaron las maderas y se fueron sin ningún alivio. Sólo un britano podía haber resuelto el problema como lo resolvió Elena. Llamó al carpintero y le ordenó que cortara los cuatro trozos y construyera un par de cruces compuestas, cada una de las cuales debía tener la mitad de cada original. Cuando estuvieron terminadas dio una a Macario y retuvo la otra.

Entretanto las luminarias de señales llevaron la noticia del descubrimiento a la capital y los jinetes de postas la difundieron en toda la cristiandad. Se cantaron tedeums en las basílicas. Nadie que vio aquel día a la emperatriz dividir tranquilamente su tesoro hubiera podido discernir su alegría. Su tarea estaba terminada. Había conseguido lo que sólo los santos consiguen, lo que constituye su patente de santidad. Se había conformado totalmente a la voluntad de Dios. Otros, años atrás, habían cumplido gloriosamente su deber en los circos. La tarea de Elena, más fácil, había consistido en recoger madera. Ésa era la humilde tarea particular para la que ella fue creada. Y ahora estaba concluida y pudo embarcarse alegremente con su precioso cargamento.

Se embarcó, y se escapó de la historia auténtica. Los pescadores del Adriático dicen que cuando llegó y su galera corría peligro de naufragar, calmó al mar furioso arrojando uno de los clavos sagrados y que desde entonces aquellas aguas han sido buenas para los marinos.

Los pescadores de Chipre dicen que hizo eso cerca de su peligrosa costa en el golfo de Satalia. Después desembarcó —todos los chipriotas están de acuerdo— y encontró a la isla agonizando de una sequía que duró diecisiete años. Desde el martirio de santa Catalina no había llovido en Chipre. La tierra estaba agostada y pelada; los hombres emprendedores se habían ido a vivir a otra parte. Los que quedaban de la población, en otro tiempo abundante, se habían vuelto brutales con las privaciones y asesinaban a los viajeros que se aventuraban a llegar, suponiendo que eran judíos. Los demonios rondaban la isla y la poseían en las horas de oscuridad hasta el punto de que era imposible enterrar a los muertos, pues en cuanto los deudos los cubrían de tierra decentemente, los demonios los desenterraban y los arrojaban a las puertas de sus antiguas casas para que se pudrieran allí.

Para aquella gente plantó Elena una de las cruces compuestas de los ladrones e inmediatamente cesó la sequía; y Elena se vio obligada a construir un puente, que todavía se puede ver, con objeto de atravesar por lo que a su llegada era una hondonada seca. Mandó aserrar el subpedáneo —si era un subpedáneo— e hizo con él dos crucecitas que dio a los isleños, e instantáneamente los demonios se fueron girando en una ruidosa bandada que al poco tiempo parecía de estorninos que desaparecieron en las alturas. Elena hizo después venir una nueva población de las islas vecinas, principalmente de la de Telos, y la instaló en la nueva tierra fértil. La cruz que dejó la pusieron en una iglesia donde estuvo erguida sin ningún soporte durante varios siglos hasta que los sarracenos conquistaron la isla. Después, Elena siguió su viaje haciendo escalas nadie sabe dónde, pues la gente de aquellas abandonadas islas le tomó verdadero cariño y la identificó con todas las grandes y bienhechoras damas del mito y del recuerdo. En su poesía el cargamento de Elena se multiplicó y enriqueció con todos los tesoros del país de las hadas.

Al fin llegó hasta donde estaba Constantino, a quien encontró en su nueva ciudad. Grandes ministerios de pacotilla surgían por todas partes a gran velocidad. Por el momento Constantino

estaba ocupado con un gran monumento a sí mismo, una columna de pórfido de altura sin precedentes, sobre un enorme pedestal blanco. En su pináculo se proponía erigir el colosal Apolo de bronce de Fidias que recientemente había importado de Atenas. Los santos clavos llegaron oportunamente, pues Constantino había decapitado la gran estatua, le había puesto en el cuello un gran retrato suyo y en aquel momento estaba vigilando la construcción del halo que iba a rodear a todo ello. Uno de los clavos lo puso a modo de reluciente rayo que salía del cráneo imperial.

Constantino había demostrado últimamente interés por las reliquias. El mismo llevó a Roma el Paladio y lo incrustó en los cimientos del monumento.

—Me alegro de que empieces con una parte de Troya —le dijo Elena—. Tu abuelo Coel se pondrá contento.

—Tengo otras muchas cosas igualmente importantes —dijo Constantino—. ¡Qué suerte he tenido! En el momento en que estaba poniendo la primera piedra apareció un traficante de Palestina con una colección de primera clase. Cosas importantísimas. Naturalmente, le compré todo el lote. Comprendía la azuela de Noé (la misma que utilizó en el arca), la caja de alabastro de María Magdalena y toda clase de cosas.

—¿Y qué has hecho con ellas, hijo mío?

—Allá están en la base de la columna. Ahora nada la puede sacudir.

Se puso contentísimo con los clavos. El segundo se lo puso en el sombrero. El tercero lo utilizó en algo más característico de él. Lo mandó al herrero y el herrero se lo forjó en forma de freno de caballo. Elena se sobresaltó al pronto cuando lo supo. Pero acabó por soltar una risita y se le oyó pronunciar una sola palabra enigmática: «*stabularia*».

Se le iban acabando las fuerzas y pronto se vio en la necesidad de hacer testamento. Dispuso de todo con muchos detalles. Mandó a su casa de Tréveris el santo manto, a su nueva iglesia en el palacio Sessorio un gran trozo de la cruz y el título, y dividió y dispersó su tesoro sin olvidar a ninguno de sus amigos. Hizo que los cuerpos de los magos, que no se sabe cómo aparecieron en su equipaje, los mandaran a Colonia. Al fin vació toda su cornucopia y no le quedó por legar sino su propio cuerpo cansado. Éste lo quería Constantino para su iglesia de los Apóstoles, donde los cenotafios, que formaban un gran círculo, estaban vacíos y sin adoradores. Pero Elena había decidido dónde yacer y su último acto fue legarse a sí misma a Roma. Murió el 18 de agosto de 328. Su cadáver lo llevaron a Roma y fue depositado en el sarcófago que Constantino había hecho para sí mismo en el mausoleo que construyó a tres millas de la Ciudad en la carretera de Palestrina. Allí estuvo tranquila hasta el reinado del papa Urbano VIII, en que sus huesos fueron trasladados a la iglesia de Ara Coeli, donde yacen hoy. A pocos metros de ella, en las escaleras de esa iglesia estuvo sentado años después Edward Gibbon premeditando su historia.

Las muchas oraciones de Elena recibieron respuestas diversas. Constantino se bautizó al fin y murió en la esperanza de una inmediata y triunfal entrada en el paraíso. Britania se convirtió al cristianismo por cierto tiempo y dedicó a Elena ciento treinta y seis iglesias parroquiales, gran parte de ellas en el viejo país de los trinovantos. Los santos lugares pasaron, a lo largo de los siglos, por alternativas de ser honrados y profanados, perdidos y ganados, comprados y objeto de transacciones.

Pero la madera ha durado. En astillas y trocitos encerrados en cajas egregias ha recorrido todo el mundo y encontrado en todas las razas una gozosa bienvenida.

Porque expresa un hecho.

Se cuentan los perros, que cazan excitados. En la espesura se oye claramente el son de un cuerno. Elena les hace seguir otra vez el rastro.

Por encima de todo el parloteo de su época y la nuestra, Elena hace una afirmación paladina. Y sólo en ésta yace la esperanza.

Índice

[Prefacio](#)

[I Recuerdos de la Corte](#)

[II La renuncia de la bella Elena](#)

[III Nadie más que mi adversario será mi guía](#)

[IV La carrera abierta al talento](#)

[V El puesto de honor es un puesto privado](#)

[VI Ancien régime](#)

[VII La segunda primavera](#)

[VIII La gran fiesta de Constantino](#)

[IX Retirada](#)

[X La inocencia del obispo Macario](#)

[XI Epifanía](#)

[XII La invención de Elena](#)